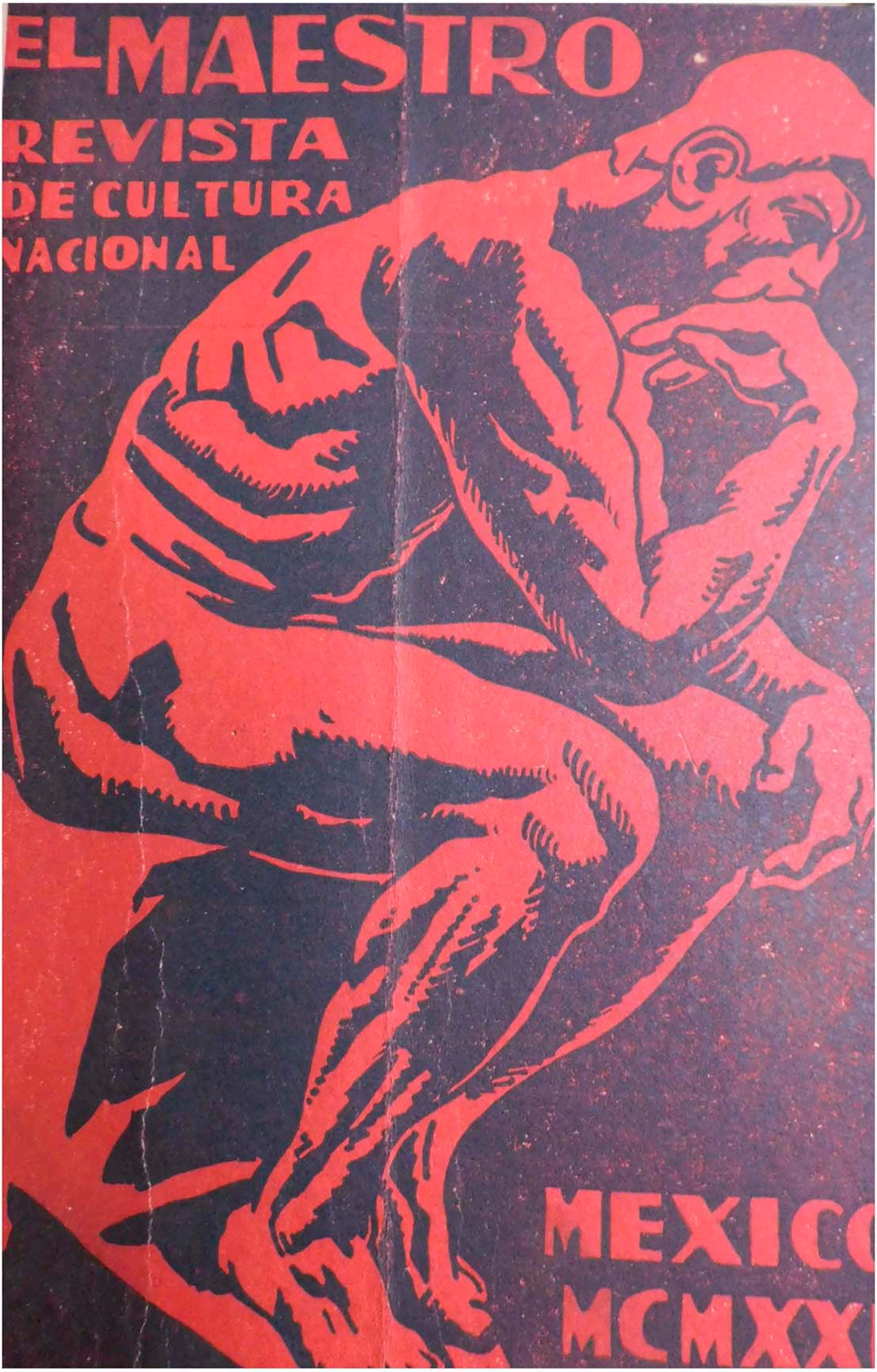
EL MAESTRO

REVISTA DE CULTURA NACIONAL



MEXICO
MCMXX

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE, 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Ner

Registrado como articulo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

HISTORIA Y GEOGRAFIA

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA — LIC. ANTONIO CASO
DISPOSICIONES POSTUMAS DE CRISTOBAL COLON
HISTORIA DE GRECIA — WILLIAM SWINTON
BOSQUEJO HISTORICO DEL PERU — PAULINO FUENTES CAST
REPUBLICA ARGENTINA.—LOS PROCERES MILITARES
NUEVA ORIENTACION DE ARQUEOLOGIA E HISTORIA — RAMON MENA

DIVERSOS TEMAS

UN MAESTRO — EUGENIO D'ORS
LA EDAD DE LA TIERRA — CARLOS R. GIBSON
¿QUE ES LA GRAVITACION? — CARLOS R. GIBSON
LA MUERTE Y LA VIDA — MANUEL GONZALEZ PE
CONTRA EL ALCOHOLISMO — LIC. EZEQUIEL PADIL
EL DR. MONARDES, SUS LIBROS Y SU MUSEO — CARLOS PEREYRA
FEDERICO NIETZSCHE — GIOVANNI PAPINI
DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA

CONOCIMIENTOS UTILES

HIGIENE DE LA BOCA
LOS LOGARITMOS PARA LOS NIÑOS
EL ARTE DE TRADUCIR — LUDWIG LEWISOHN

ALADINO.—SECCION DE LOS NIÑOS.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
EL LORO PELADO — HORACIO QUIROGA

POESIA

POEMAS — E. ALLAN POE

Con el presente número va la primera entrega de nuestro folletín "RECREACIONES GEOGRAFICAS" (Versión de Fernando Baz)

REVISTA DE CULTURA
NACIONAL - Tomo III - Num. 2
MÉXICO ≈ MCMXXII

121

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

DIRECCION DE TALLERES GRAFICOS

México.—1922

122

Historia y Geografía

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

(12 DE OCTUBRE DE 1492)

I el gran navegante, cuya magna proeza conmemoramos hoy, no cambia el día 7 de octubre de 1492 la dirección de su ruta, que era de Este a Oeste, dirigiéndose al Sur-Oeste, habría encontrado la Gulf-Stream, llevándolo ésta hacia La Florida, y acaso desde allí al Cabo Hateras y a Virginia, incidente de inmensa importancia porque hubiera podido dar a los Estados Unidos, en vez de una población protestante inglesa, una población católica española."

Así son los grandes sucesos históricos. Dependen muchas veces del acaso. Colón va del Este al Sureste y nace la América española; si se hubiera dirigido hacia el Oeste, quizá los puritanos ingleses hubieran fundado sus colonias en la América Central, y la que fué Nueva España habría sido Nueva Inglaterra. Con razón opinaba Pascal que los atributos de la nariz de Cleopatra han sido de incalculable trascendencia en los destinos de la humanidad. Un golpe de timón, dado al azar, ordena la Historia. El acaso es una ley suprema que generalmente no toman en cuenta los historiadores de la civilización. Mas el rumbo de las carabelas del genovés decidió de la Historia en aquel día de octubre de 1492, y España emprendió la epopeya de la Conquista.

Ningún pueblo más apto para realizarla. Tenía todos los caracteres de las razas conquistadoras: el espíritu aventurero y heroico templado en la lid, la codicia incoercible, la imaginación exaltada, el entusiasmo, la fe. Durante siete siglos fueron los españoles los primeros adalides cristianos frente al mundo musulmán. Las cruzadas—simples episodios rítmicos de la historia de Europa—convirtiéronse en el ambiente genuino de la vida nacional. Caía puntualmente Bizancio bajo el yugo de Islam cuando ellos, en Occidente, contenían el ímpetu de las aguerridas mesnadas sarracenas, alcanzando, sobre la religión del Profeta, una victoria secular.

A partir de entonces, los reinos españoles, consagrados a la Iglesia Católica, mezclaron a los principios eternos del Cristianismo la mayor dosis de violencia y dolor; y enérgicos y personales en su concepción de la fe, haciendo de la religión y de la patria una sola idea y del Cristo de las bienaventuranzas el Cristo inflexible de la Inquisición, recibieron, como premio de sus hazañas—así lo creyó al menos su exclusivo misticismo patriótico armado de la espada del cruzado y el anatema del inquisidor,—junto con la consecución de la unidad política, merced a la feliz alianza dinástica de Castilla y Aragón, el Nuevo Mundo que el genio puso a las plantas de ambos reyes ilustres; el astuto Fernando, príncipe según la doctrina sutil que desarrollaría Maquiavelo, y la gran Isabel, una de las mujeres más veneradas de la Historia; símbolo perdurable de la unidad de España y la América que habla español.

Pero la cruzada sempiterna no terminó. Antes se hacía en el propio suelo y contra los moros invasores; después iba a prolongarse en el Nuevo Mundo en contra de otros infieles que, fuera de la verdad del Evangelio, habían realizado su misión histórica viviendo su pausada existencia misteriosa dentro de la conciencia colectiva de recias monarquías bárbaras, tan grandes e ilustres como las de Nínive y Babilonia, que evoca el Antiguo Testamento con sublime estupor.

Aquí, en la Mesa Central del Anáhuac, y en las encumbradas planicies del Perú, dos grandes imperios opulentos regían su propia vida ignorándose mutuamente, como si cada uno pudiera reivindicar, sin contradicción, para su propio orgullo, la leyenda de su origen celestial. Y en la Península, que, como avanzada de la cultura autóctona, hunde y baña la frente en las aguas del Mar Caribe, el arte predilecto de los mayas, la revelación hierática por excelencia de la Arquitectura, levantaba sobre el asombro de la tierra, monumentos enigmáticos dignos de rivalizar con las construcciones ciclópeas de Menfis y de Tebas, en los que la majestad del conjunto no ahorró ciertamente el complejo primor de la decoración.

Naciones osadas y discretas que levantaron, a veces, como ha dicho un diserto orador, sus instituciones hasta la República, su poesía hasta la Epopeya, su culto pagano hasta erigir al dios desconocido de Netzahualcóyotl pirámides de adoración, y "su ciencia hasta encerrar los días del año y las estaciones en un círculo de pórfido, desde cuyo centro el sacerdote revelaba la expedición misteriosa del Sol por el Zodíaco." Incipientes repúblicas o grandes imperios feudales, en los que la guerra, como para los españoles era el culto común del dios y de la patria, y que, aislados de la vida occidental, mostraban, no obstante, que sin auxilios extraños ni civilización europea puede la humanidad cumplir su destino y emprender su obra eterna bajo la paz de Dios.

Unos cuantos soldados españoles, de esos que capitanearon Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria y Alejandro Farnesio en las guerras de Europa; es decir, unos cuantos soldados invencibles, bajo las órdenes de Pizarro o Cortés, se lanzaron a la aventura sin rival. Camoens y Ercilla, épicos de la raza, han dicho, en la pompa de sus reales octavas —brillantes como escudos de héroes—la audacia, el temor y la esperanza del alma ibérica abriéndose camino sobre el tiempo y el espacio con la punta de su acero triunfal. Mares y tierras nuevas salían al paso de los conquistadores; América mostraba, ante sus ojos absortos, la grandiosidad de su próvida naturaleza; los bananos y las palmeras de los llanos ardientes que apenas si se elevan sobre el nivel del mar. En la pendiente de las cordilleras, en lo alto de los valles o en grietas húmedas y sombrías, los helechos arbóreos y el quino que produce la corteza antifebril. Los geométricos cactus espinosos que el sílice yergue y tuesta el sol. La rosa alpina de los Andes, magnífica befaria que forma, como dice Húmboldt, un cinturón purpurino en torno de los salientes picos. Los páramos fríos que azotan los huracanes. Los lagos silenciosos abiertos como pupilas a miles de metros sobre el mar y la blancura de la nieve en la cima de las montañas ungidas en la gloria del sol.... Sobre esta naturaleza opulenta el cruzado de la Historia plantó su Cruz.

Es decir, impuso, con la nueva creencia, la patria nueva. El pendón morado de Castilla es tanto raza como fe. Hernando Cortés y Francisco Pizarro traían no sólo una fuerza intacta, sino una religión, o, lo que es igual, un espíritu nuevo. Ellos pudieron haber exclamado con el Apóstol: "Las cosas viejas pasaron y he aquí que todas son hechas nuevamente." Los ídolos americanos, fetiches, que dijeron los portugueses de los dioses africanos, habrían de doblegarse y desaparecer. Hombres de América y dioses de América debían ser vencidos. Principiaba la lucha pavorosa, la destrucción sistemática del pasado. Sobre el teocalli, la iglesia; sobre el indio, el español; y en las hecatombes de Cholula y Tenoxtitlán se engendró, con el estruendo de un derrumbamiento mitológico, la raza nueva, nuestra raza hispana americana, que recibió el bautismo cristiano sobre un mar de sangre y de horror.

¿Por qué será preciso que en el origen de todo lo grande esté un sacrificio? ¿Por qué el martirio anunciará la redención? Tú lo sabes acaso, inca Atahualpa. Cuauhtémoc, héroe, padre, señor, ¿por qué para la gloria de tus hijos te abrasó las plantas y al fin te ahorcó, indefenso, el capitán castellano? Han dicho prudentes historiadores en su descargo, y los poetas lo dijeron también: "el crimen fué del tiempo que corría, no de España." Profunda razón. ¿Permitiréis, sin embargo, que un moralista sin sentido histórico, un moralista cristiano condene en el glorioso aniversario del Descubrimiento el frenesí de la Conquista? ¡Ah! nosotros los ameri-

canos amamos a España; sabemos que la Conquista fué todavía más implacable para el espíritu del indio que para su poderío material; sabemos que poco, muy poco queda de nuestra cultura autóctona, y no vamos a perder el tiempo en deplorarlo; pero aquella vieja lágrima que ha cantado un poeta melancólico y sutil, la lágrima ardiente de la raza vencida, todavía cae silenciosamente sobre nuestro corazón y lo hace estremecer al recordar cómo se rompieron las entrañas palpitantes de nuestros abuelos bajo los cascos del caballo de Cortés.

Hay quienes, en frases amargas y desconsoladoras, se han atrevido a negar el alma colectiva de la raza hispanoamericana, declarando asunto de imaginación o escolástico devaneo su afirmación histórica. Hay quienes, escépticos o pesimistas, pretenden negar tan alta realidad decidiendo que tal espíritu colectivo no acierta a aparecer, al fin, con caracteres peculiares por ninguna parte. El escepticismo y el pesimismo no sólo ésta, sino otras varias realidades augustas han negado, para obligarnos a caer de rodillas ante fetiches pequeños e inadmisibles, ante sombras desprovistas de personalidad, ante individuos menos reales, menos individuales, diría yo, para marcar, dentro de tan exclusivo individualismo anarquista, mi pensamiento y mi convicción enteros.

Yo en cambio creo, como creeis sin duda vosotros, en la realidad de las intuiciones que proporcionan la llave de la explicación del universo y el norte firmísimo de la conducta humana; en esas formas substanciales de la vida, en esas síntesis arcanas de la humanidad; pueblos, patrias, nacionalidades o razas; sacrosantas afirmaciones que solidarizan a cada instante el pasado y porvenir con el presente, y que simplifican con verdadera simplificación la Historia, la cual pensaba dentro de ellas, y no sólo al través del choque o la alianza de las actividades individuales, deja de ser un caótico y desproporcionado drama interminable, y se convierte en una tragedia luminosamente compleja y desconcertante en un principio; pero reducible, en suma, a la diafanidad metafísica de la ley y del orden, harmoniosa y divina como una obra de arte.

Cuando los hombres se unen entre sí por los vínculos de la lengua, la fe y las costumbres; cuando al través de los siglos arrastran su cadena de dolores, a la vez que confunden sus ideales inextinguibles y hermanan y unifican sus esperanzas inmortales, y lo que es más fundamental aún que todo eso, su aspiración incoercible por la justicia y el bien, entonces poco a poco se engendra y perfecciona el prodigio inefable: nace un alma colectiva suprema, en la que se animan conjuntamente los espíritus, en la que se continúan tradicionalmente las generaciones, en la que la vida de los padres se infunde a los hijos, en la que los heroísmos se enlazan y se entrechan como un círculo de amor las esperanzas recónditas, en la que, finalmente, la muerte se aniquila, y de donde, como por ampli-

simo cauce de fecundante y silencioso río, fluyen milagrosamente la civilización y la vida. Esta alma de mil almas es la Raza, realidad que no alienta la efímera duración de la materia, sino que se perpetúa en el decurso del tiempo, creciendo y desarrollándose desde un principio y siempre en perenne evolución.

Ya comprenderéis cómo tal realidad reclama un culto propio. Comprenderéis toda la intensidad humana de los triviales epítetos que llaman a la Patria abnegada, santa, maternal; comprenderéis, también, todo el alcance de la insigne fórmula moral que exige el sacrificio como ofrenda de filial gratitud, porque acaso penséis conmigo que el culto es algo espontáneo del espíritu, que se exterioriza sensiblemente en forma de acciones, ritos e imágenes, para afirmar la evidencia de seres que efectiva y racionalmente nos dominan.

Toda cosa noble y alta que sentimos nuestra, pero no porque la poseamos o abarquemos por completo, porque entonces la consideraríamos como accesorio o prolongación de nuestra personalidad; toda cosa de la cual participamos, pero que nos excede tanto, tantísimo como exceden las cosas religiosas a las demás que no lo son por completo, hace conmoverse el fondo de nuestro sér, obliga a nuestros labios a prorrumpir en alabanzas, mientras graban nuestras manos su símbolo religioso y cantan nuestros corazones con ritmo solemne la grandeza milagrosa de su significación ideal.

Así la Patria, la Raza, de las cuales participamos todos, pero que nos subyugan por dictamen de nuestro íntimo sentimiento de dependencia, como diría el místico Tolstói, nos obligan, por prescripción irrefragable, a prestarles culto, imponiéndonos su severa liturgia y consagrándonos en la ternura de su amor, definitivamente fieles....

¡La Patria!.... Yo la he visto en estas claras noches de octubre vagando en la penumbra del inmenso valle al pie de las altas montañas. Atribulada como las vírgenes de la antigua tragedia. Sueltos al aire sus cabellos, sus amplias vestiduras desgarradas y el ceño milagroso agobiado de pesadumbre. Ennegrecida su frente con el humo de la pólvora homicida, el seno amantísimo salpicado de sangre, crispados sus brazos y exánimes por sostener, ellos solos, en la desgracia de los hijos, el tesoro de humanidad que creían suyo, y en su rostro divino el pálido temor de perder en un día la herencia secular de las generaciones. Yo la he visto, después, erguida sobre sus tribulaciones infinitas, firmes sus rodillas, indómitas sus manos y el corazón inflamado de ira sagrada, "calzados los divinos talares que la llevan, como a la inmortal Athenea, por encima del mar y de la tierra inmensa con la rapidez del viento, asiendo su lanza fornida, de punta de bronce, poderosa, luenga, robusta, con que destruye filas enteras de hombres siempre que contra ellos monta en cólera;" y airada y magnífica nos lleva la de-

lantera de la victoria, mientras que en el seno lúgubre de campos y ciudades retumbaba el cañón.

Que la conciencia de nuestra propia patria y de la raza hispanoamericana nos lleve de nuevo a honrar a Colón. El fué la idea que se volvió realidad, el sueño que se hizo mundo, el anhelo que cuajó en la humanidad..... ¡Maravillosas equivalencias del Destino! Honremos al navegante esforzado, al vidente, al inmortal. Los griegos lo habrían hecho un dios. Hagamos de él un padre los americanos. Ellos habrían cantado su leyenda, como fueron cantando las leyendas de Prometeo—robador del fuego divino,—de Aquiles homérico, del ingenioso Ulises, que tantas veces lanzó su nave sobre la líquida llanura del mar. Colón, profundo como Ulises y audaz como Prometeo, robó al viejo dios Océano la Atlántida y la entregó a los hombres estupefactos de su siglo y de todos los siglos, para hacer de ella una morada próspera y feliz. Inclinémonos ante su gloria, y que cada año, al volver octubre, se decore la proa de las milagrosas carabelas con las palmas simbólicas y las coronas de laurel.

ANTONIO CASO.

(De "Discursos a la Nación Mexicana.")

DISPOSICIONES POSTUMAS DE CRISTOBAL COLON

TESTAMENTO Y CODICILIO DEL ALMIRANTE D. CRISTOBAL COLON, OTORGADO EN VALLADOLID A DIEZ Y NUEVE DE MAYO DEL AÑO MIL QUINIENTOS SEIS.

(*Testimonio autorizado en el Arch. del D. de Veragua.*)

En la noble villa de Valladolid, á diez y nueve dias del mes de Mayo, año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil é quinientos é seis, por ante mí Pedro de Hinojedo, Escribano de Cámara de sus Altezas y Escribano de provincia en la su Corte é Chancilleria, é su Escribano é Notario público en todos los sus Reinos y Señorios; é de los testigos de yuso escritos: el Sr. D Cristobal Colon, Almirante, é Visorey é Gobernador general de las islas é tierra-firme de las Indias descubiertas é por descubrir que dijo que era: estando enfermo de su cuerpo, dijo, que por cuanto él tenia fecho su testamento por ante Escribano público, quél agora retificaba é retifica el dicho testamento, é lo aprobaba é aprobó por bueno, é si necesario era lo otorgaba é otorgó de nuevo. E agora añadiendo él dicho su testamento, él tenia escrito de su mano é letra un escrito que ante mí el dicho Escribano mostró é presentó, que dijo que estaba escrito de su mano é letra, é firmado de su nombre, quél otorgaba é otorgó todo lo contenido en el dicho escrito, por ante mí el dicho Escribano, segun é por la via é forma que en el dicho escrito se contenia, é todas las mandas en él contenidas para que se cumplan, é valgan por su última é postrimera voluntad. E para cumplir el dicho su testamento que él tenia y tiene hecho é otorgado, y todo lo en él contenido, cada una cosa é parte dello, nombraba é nombró por sus testamentarios é complidores de su ánima al Sr. D. Diego Colon, su hijo é á D. Bartolomé Colon, su hermano, é á Juan de Porras, Tesorero de Vizcaya, para que ellos todos tres cumplan su testamento, é todo lo en él contenido é en él dicho escrito, é todas las mandas é legatos é obsequias en él contenidas. Para lo cual dijo que daba, dió todo su poder bastante, é que otorgaba é otorgó ante mí el dicho Escribano todo lo contenido en el dicho es-

crito; é á los presentes dijo que rogaba é rogó que dello fuesen testigos. Testigos que fueron presentes, llamados y rogados á todo lo que dicho es de suso, el Bachiller Andres Mirueña é Gaspar de la Misericordia, vecinos desta dicha villa de Valladolid, é Bartolomé de Fresco é Alvaro Perez, é Juan Despinosa é Andrea é Hernando de Vargas, é Francisco Manuel e Fernan Martínez, criados del dicho Sr. Almirante. Su tenor de la cual dicha escritura, que estaba escrita de letra é mano del dicho Almirante, é firmada de su nombre, *de verbo ad verbum*, es este que se sigue:

Cuando partí de España el año de quinientos é dos yo fice una ordenanza é mayorazgo de mis bienes, é de lo que entonces me pareció que cumplia á mi ánima é al servicio de Dios eterno, é honra mia é de mis sucesores: la cual escritura dejé en el monesterio de las Cuevas en Sevilla, á Frey D. Gaspar con otras mis escrituras é mis privilegios, é cartas que tengo del Rey é de la Reina, nuestros Señores. La cual ordenanza apruebo é confirmo por esta, la cual yo escribo á mayor cumplimiento é declaracion de mi intencion. La cual mando que se cumpla ansí como aqui declaro é se contiene, que lo que se cumpliera por esta, no se faga nada por la otra, porque no sea dos veces.

"Yo constituí á mi caro hijo D Diego por mi heredero de todos mis bienes é oficios que tengo de juro y heredad, de que hice en el Mayorazgo, y non habiendo el fijo heredero varon que herede mi hijo don Fernando por la misma guisa, é non habiendo él fijo varon heredero, que herede D. Bartolomé mi hermano por la misma guisa, é por la misma guisa si no tuviere hijo heredero varon, que herede otro mi hermano; que se entienda así, de uno á otro el pariente mas llegado á mi línea y esto sea para siempre. E no herede mujer, salvo si no faltase no se fallar hombre, é si esto acaesciese sea la mujer mas allegada á mi línea."

E mando al dicho D. Diego, mi hijo, ó á quien heredare, que no piense ni presuma de amenguar el dicho Mayorazgo, salvo acrecentalle é ponello: es de saber que la renta que él hubiere sirva con su persona y estado al Rey é la Reina nuestros Señores é al acrescentamiento de la Religion Cristiana.

El Rey é la Reina nuestros Señores, cuando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios Nuestro Señor se las dí como cosa que era mia, puédolo decir, porque importuné a SS. AA. por ellas, las cuales eran ignotas é abscondido el camino á cuantos se fabló dellas, é para las ir á descubrir allende de poner el aviso y mi persona. SS. AA no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedis, é á mí fué necesario de gastar el resto: ansí plugo á SS. AA que yo hubiese en mi parte de las dichas Indias, é tierra-firme, que son al Poniente de una raya que mandaron marcar sobre las Islas de los Azores y aquellas del Cabo Verde, cien leguas, la cual pasa de Polo

á Polo; que yo hubiese en mi parte el tercio y el ochavo de todo, é mas el diezmo de lo que está en ellas, como mas largo se amuestra por los dichos mis privilegios é cartas de merced.

Porque fasta agora no se ha habido renta de las dichas Indias, porque yo pueda repartir della lo que della aquí abajo diré, é se espera en la Misericordia de Nuestro Señor que se haya de haber bien grande; mi intencion seria y es, que D. Fernando, mi hijo, hobiese della un cuento y medio en cada un año, é D. Bartolomé, mi hermano, ciento y cincuenta mil maravedis, é D. Diego, mi hermano, cien mil maravedis, porque es de la Iglesia. Mas esto no lo puedo decir determinadamente, porque fasta agora non hé habido ni hay renta conocida, como dicho es.

Digo, por mayor declaracion de lo susodicho, que mi voluntad es que dicho don Diego, mi hijo, haya el dicho Mayorazgo con todos mis bienes é oficios, como é por la guisa que dicho es, é que yo los tengo. "E digo que toda la renta que él toviere por razon de la dicha herencia, que haga él diez partes della cada un año, é que la una parte destas diez, las reparta entre nuestros parientes, los que parecieren haberlo mas menester," é personas necesitadas, y en otras obras pias. E despues destas nueve partes tome las dos dellas é las reparta en treinta y cinco partes, é dellas haya D. Fernando, mi hijo, las veintisiete é D. Bartolomé haya las cinco é D. Diego, mi hermano, las tres. E porque, como arriba dije, mi deseo seria, que D. Fernando, mi hijo, hobiese un cuento y medio é D. Bartolomé ciento y cincuenta mil maravedis é D. Diego ciento; é no se como esto haya de ser, porque fasta agora la dicha renta del dicho Mayorazgo no está sabida ni tiene número; digo que se siga esta órden que arriba dije fasta que placerá á nuestro Señor que las dichas dos partes de las dichas nueve abastarán y llegarán á tanto acrecentamiento que en ellas habrá el dicho un cuento y medio para don Fernando é ciento y cincuenta mil para don Bartolomé é cien mil para D. Diego. E cuando placerá á Dios que esto sea ó que si las dichas dos partes, se entienda de las nueve sobredichas, llegaren contia de un cuento e setecientos é cincuenta mil maravedis, que toda la demasia sea é la haya D. Diego, mi hijo, ó quien heredare; é digo é ruego al dicho D. Diego, mi hijo, ó á quien heredare, que si la renta deste dicho Mayorazgo creciere mucho, que me hará placer acrecentar á D. Fernando, é á mis hermanos la parte que aquí va dicha.

Digo que esta parte que yo mando dar á D. Fernando, mi hijo, "que yo fago della Mayorazgo en él, é que le suceda su hijo mayor, y ansí de uno en otro perpetuamente, sin que la pueda vender ni trocar ni dar ni enagenar por ninguna manera, é sea por la guisa y manera que está dicho en el otro Mayorazgo que yo he fecho en D. Diego, mi hijo."

Digo á D. Diego, mi hijo, é mando que tanto que él tenga renta

del dicho Mayorazgo y herencia, que pueda sostener en una Capi
lla, que se haya de facer, tres Capellanes que digan cada dia tres
Misas, una á honra de la Santa Trinidad, é otra á la Concepcion
de Nuestra Señora, é la otra por ánima de todos los fieles difuntos
é por mi ánima é de mi padre é maãre é mujer. E que si su facultad
abastare que haga la dicha Capilla honrosa, y la acreciente las
oraciones é preces por el honor de la Santa Trinidad, é si esto pues
ser en la Isla Española que Dios me dió milagrosamente, holgaría
que fuese allí donde yo la invoqué, que es en la Vega que se dic
de la Concepcion.

Digo y mando á D. Diego, mi hijo, ó á quien heredare, qu
pague todas las deudas que dejo aquí en un memorial, por la forma
que allí dice, é mas las otras que justamente parecerá que yo deba
E le mando que haya encomendada á Beatriz Enriquez, madre d
D. Fernando, mi hijo, que la provea que pueda vivir honestamente
como persona á quien yo soy en tanto cargo. Y esto se haga por m
descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima. L
razón dello non es lícito de la escrebir aquí. Fecha a veinticinco d
Agosto de mil y quinientos y cinco años: sigue *Christo Ferens*. Te
tigos que fueron presentes é vieron facer é otorgar todo lo susodich
al dicho Señor Almirante, segun é como dicho es de suso: los dicho
Bachiller de Mirueña, Gaspar de la Misericordia, vecinos de la di
cha villa de Valladolid, é Bartolomé de Fresco é Alvar Perez
Juan Despinosa é Andrea é Fernando de Vargas é Francisco Ma
nuel é Fernan Martinez, criados del dicho Señor Almirante. E y
el dicho Pedro de Hinojedo, Escribano é Notario público susodich
en uno con los dichos testigos, á todo lo susodicho, presente fu
E por ende fice aquí este mi signo á tal: En testimonio de verdad.-
Pedro de Hinojedo, Escribano.

A continuación del Codicilio de mano propia del Almiran
había una memoria ó apuntación, también de su mano, del teno
siguiente:

Relación de ciertas personas a quien yo quiero que se den d
mis bienes lo contenido en este memorial, sin que se le quite cos
alguna dello.—Hásele de dar en tal forma que no sepa quien se la
manda dar.

Primeramente á los herederos de Gerónimo del Puerto, padr
de Benito del Puerto, Chanceller en Génova, veinte ducados ó s
valor.

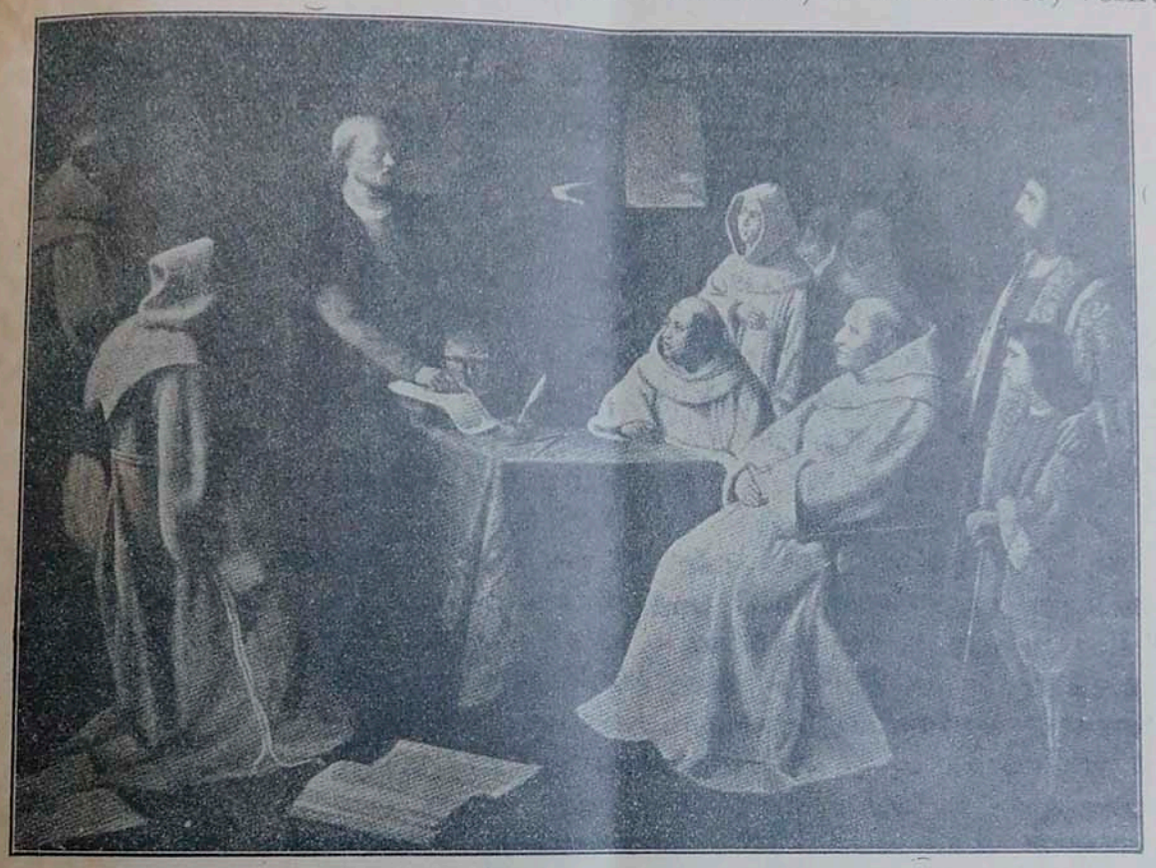
A Antonio Vazo, mercader Ginovés que solia vivir en Lisboa
dos mil é quinientos reales de Portugal, que son siete ducados poc
mas, á razón de trescientos é setenta y cinco reales el ducado.

A un judio que moraba á la puerta de la juderia en Lisboa, ó
quien mandare un Sacerdote, el valor de medio marco de plata.

A los herederos de Luis Centurion Escoto, mercader Ginovés treinta mil reales de Portugal, de los cuales vale un ducado trescientos ochenta y cinco reales, que son setenta y cinco ducados poco mas o menos.

A esos mismos herederos y á los herederos de Paulo de Negro, Ginovés, cien ducados ó su valor. Han de ser la mitad á los unos herederos y la otra á los otros.

A Baptista Espíndola, ó á sus herederos, si es muerto, veinte



EL ILUSTRE NAVEGANTE EN EL CONVENTO DE LA RABIDA

ducados. Este Baptista Espíndola es yerno del sobredicho Luis Centurion, era hijo de Micer Nicolao Espíndola de Locoli de Ronco, y por señas él fué estante en Lisboa el año de mil cuatrocientos ochenta y dos.

La cual dicha memoria é descargo sobredicho, yo el escribano doy fé que estaba escripta de la letra propia del dicho testamento del dicho D. Cristóbal, en fé de lo cual lo firmé de mi nombre.—Pedro de Azcoytia.—(Está firmada.)

HISTORIA DE GRECIA

CAPITULO II

Historia del primer período.—Desde la emigración doria hasta principio de las guerras persas.—(1100 a 500 A. C.)

PRINCIPIOS DE LA HISTORIA GRIEGA

LA historia de Grecia debe dividirse en tres grandes períodos: 1.° De la emigración doria al principio de las guerras persas (1100 a 500 A. C.) 2.° Del principio de las guerras persas hasta quedar Grecia bajo el yugo de Filipo de Macedonia (500 a 338 A. C.) 3.° Desde la subyugación de Grecia por Filipo de Macedonia hasta la conquista romana (338 a 146 A. C.)

20.—Haciendo a un lado el período nebuloso de la Grecia legendaria, entremos en el que tuvieron lugar los movimientos de aquellas tribus, cuyo resultado fué el establecimiento de los helenos en la parte de la Hélade, donde los encontramos en los tiempos de la historia auténtica. Parece, pues, indudable que en el año 1100 A. C. los dorios, que originariamente habían sido una tribu sin importancia en la pequeña porción del territorio Norte de las estribaciones Sur del monte Eta, comenzaron a hacer figura importante en los asuntos griegos, dado que, moviéndose hacia el Sur, conquistaron los reinos aqueos en el Peloponeso, tomaron posesión de Laconia o Lacedemonia y gradualmente fueron subyugando la mayor parte de los Estados vecinos.

21.—Como consecuencia de la conquista del Peloponeso por los dorios hubo grandes cambios en el mundo helénico. Los aqueos, expulsados del Sur y del Este de la península, se replegaron hacia la costa Norte, arrojando de ella a los jonios. Estos últimos encontraron refugio con sus hermanos de la misma raza en Atica, y los jonios fueron entonces no sólo la raza dominante de la Grecia Central, sino que también se extendieron sobre casi todas las islas Cíclades en el mar Egeo.

22.—El establecimiento de colonias griegas en el Asia Menor fué otro acontecimiento importante en este primer período y que tiene íntima conexión con el trastorno general a que dió origen la conquista doria. Esas colonias fueron establecidas por tres razas:

LAS COLONIAS GRIEGAS

351

eolios, jonios y dorios. Los eolios se establecieron a lo largo de costa de Misia y en la isla de Lesbos, en donde formaron una confederación de doce ciudades (Eólida). Los jonios se establecieron en las playas de Lidia y en las islas de Chios y Samos (Jonia) crecieron hasta formar una confederación poderosa. Las colonias dorias quedaron establecidas en la extremidad Suroeste del Asia Menor e islas adyacentes (Dóride); pero fueron de mucho menor importancia que las eolias y especialmente que las jonias, colonias que llegaron a ser de resonancia en la historia griega.

23.—Los griegos fundaron otras colonias, de las que las más notables fueron las establecidas en las costas de Tracia y Macedonia, en las islas occidentales de Grecia, en Sicilia, en la baja Italia (llamada entonces Magna o Gran Grecia) y en el territorio de Cirene o Cirenaica, a lo largo de la costa Norte de Africa. Algunas colonias avanzadas de los helenos llegaron muy al Oriente hasta tocar las playas del mar Euxino (Negro), y se desarrolló otra en el extremo occidental del Mediterráneo, en Massilia, hoy Marsella.

24.—El establecimiento de tantas colonias en países preeminentemente favorecidos por la naturaleza en clima y productos, tan bien colocados para promover entre sus habitantes la navegación y el comercio, dió gran impulso a la civilización de la raza helénica, y debe ser visto como la causa principal de su rápido progreso.

25.—El mapa adjunto representa la distribución de las diversas razas helénicas en la época en que los grandes movimientos de población, de que acabamos de hablar, se habían efectuado, es decir, aproximadamente 1000 años A. C.

26.—En esta época las dos principales razas griegas eran la jónica y la doria. Se distinguían la una de la otra por marcadas características, y las diferencias entre ellas forman un importante factor en la política griega; se hace sentir a través de toda su historia y fué la causa principal del tremendo antagonismo entre Atenas, representante de la raza jónica, y Esparta, el Estado dominante de la doria. Los jonios se hicieron notables por su espíritu democrático, su astucia, inclinación al comercio y por ser amantes de los goces refinados y devotos de las bellas artes. La raza dórica se hizo notable por la severa simplicidad de sus costumbres; su preferencia por una forma aristocrática de gobierno y porque mantuvo la esclavitud en su forma más cruel.

27.—La historia auténtica de Grecia comienza con la época conocidas como primera olimpíada (776 A. C.). Esta era es el principio de la cronología consecutiva, que los griegos contaban por las series de victorias en las carreras a pie en el festival que cada cuatro años se hacía en honor de Júpiter Olímpico, cerca de Elis. La primera olimpíada comenzó al mediar el Verano del año 77

(A. C.), la segunda olimpíada al mediar el Verano del año 772 (A. C.), etc., efectuándose dichas olimpíadas cada cuatro años.

28.—Echando una ojeada a este período en Grecia—esto es, a mediados del siglo VIII (A. C.)—encontramos un cambio importante en la forma de gobierno. Durante el período helénico, en esa "Juventud del Mundo" de que habla Homero, las diversas tribus griegas eran dirigidas por reyes; pero ahora el gobierno se ha vuelto republicano; encontramos al pueblo formando pequeños Estados libres. (Esparta era el único Estado cuyo jefe de gobierno conservó el nombre de rey.) Cada ciudad, de hecho, formaba una comunidad independiente, con su pequeño territorio propio, y no hay duda que esta extrema división de un país tan pequeño fué la causa principal del desarrollo de la ciencia política en Grecia.

29.—Divididos como lo estaban políticamente los griegos, se conservaban unidos, sin embargo, por cierto sentimiento nacional. El origen de esto estaba en la conciencia de que todos eran helenos; y ese sentimiento era favorecido por la posesión de un lenguaje, literatura y religión comunes, así como que sus ritos, templos y festivales estuvieran igualmente abiertos a todos. Sin embargo, el sentimiento íntimo y principal de todo griego era por su ciudad, y apenas había en ellos un sentimiento patriótico por la Grecia como país. Pronto veremos qué imperfecta era esa unión, aun frente al peligro inminente de ser subyugados por Persia y cuán larga serie de luchas intestinas hubo entre los diversos Estados principales. Al fin los griegos descubrieron el gran principio de la unión federal; pero esto no fué sino ya casi al terminar su historia, cuando el remedio era tardío.

(*Continuará.*)

BOSQUEJO HISTORICO DEL PERU

POR PAULINO FUENTES CASTRO.

PRIMERA PARTE

EL Perú contiene un territorio de condiciones geológicas especiales, que no se reúnen en otros países del Mundo. Desde este punto de vista, está dividido por la Naturaleza en tres zonas distintas: costa, sierra y montaña. La costa está bañada por el océano Pacífico; la sierra descansa sobre la cordillera de los Andes, y la montaña, que se forma en la región de los bosques seculares, contiene ríos tan caudalosos como el Amazonas, que la atraviesan en distintas direcciones de los puntos cardinales.

La riqueza del Perú ha sido proverbial: por la agricultura en la costa; las minas de oro y plata en la costa y la sierra, y por la reproducción de animales de gran valor para la industria, como el carnero, la vicuña, la alpaca y la alpaca-vicuña, cruzamiento de estas dos especies, que en general se desarrollan en las altiplanicies de los departamentos de Junín, Huancavelica y Puno.

El actual sistema de gobierno, que rige la nación desde que se proclamó independiente por la jura del general San Martín, en el año 1821, es republicano, democrático, representativo, basado en la unidad, según reza en el escudo nacional y lo declara un principio de la Constitución del Estado.

El sistema de gobierno ha sido distinto: autocrático en la época de los incas, monarcas hereditarios que se sucedían en el mando, procedentes de la familia real de Manco Capac y Mama Ocllo los primeros gobernantes indios; monárquico en la época de los virreyes españoles que gobernaron en nombre de los reyes de España, y republicano en la época llamada de los presidentes, desde el año 1821 hasta el presente.

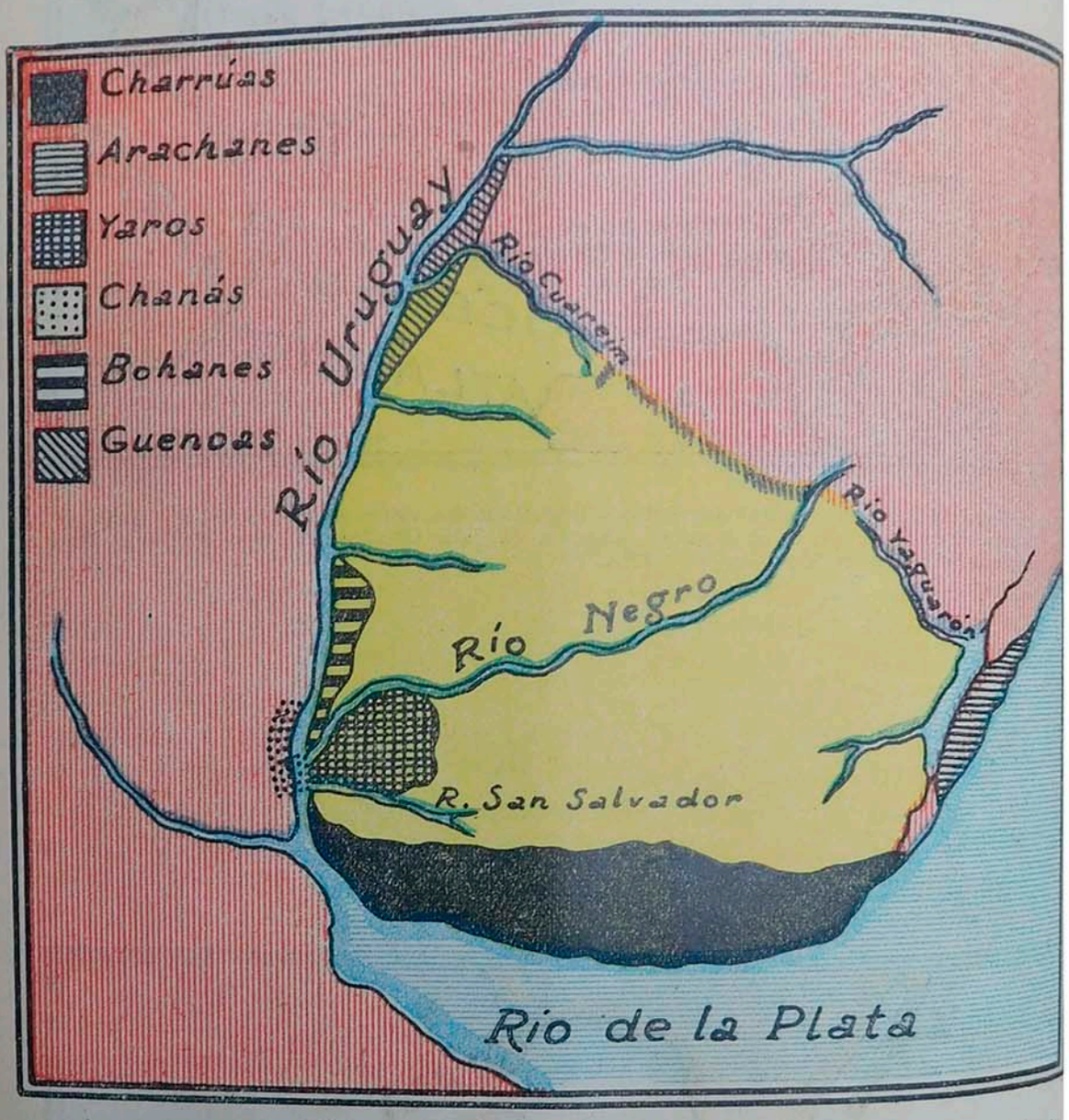
No obstante estos períodos, señalados como normales, hay otros intermedios entre cada uno de ellos: el de la conquista del territorio por los españoles expedicionarios de la isla del Gallo (en cuya cabeza estaba el más audaz de ellos, don Francisco Pizarro), que medió entre la caída del Imperio de los incas y el establecimiento del Virreinato, y el de la guerra de la Independencia hasta la solemne declaración de San Martín.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

COLON salió en 1492 del puerto de Palos (España), se detuvo en las islas Canarias, y después de atravesar el Atlántico, llegó a la isla Guanahaní, que él llamó **San Salvador**, el día 12 de octubre de 1492.

Las partes rojas indican las tierras que exploró **COLON**.

TERRITORIOS QUE HABITABAN LAS TRIBUS DEL URUGUAY

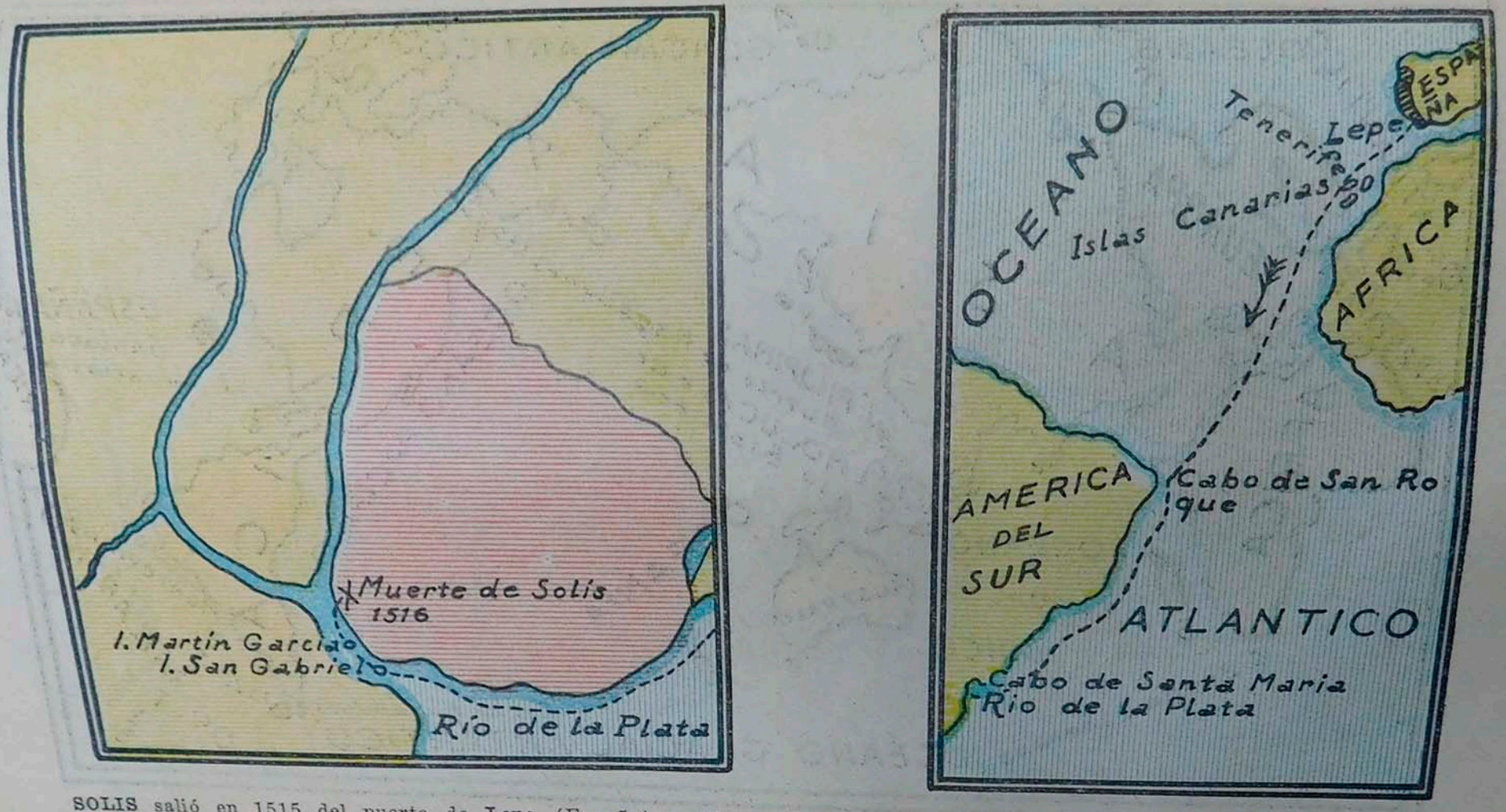


La tribu de los **charrúas**, la más importante de todas, ocupaba las costas del Río de la Plata y Océano Atlántico, hasta muchos kilómetros en el interior del territorio; los **yaros**, habitaban el territorio comprendido entre los ríos Negro y San Salvador; los **chanás** poblaban las islas que hay en el río Uruguay, frente a la desembocadura del río Negro, y costas inmediatas: los **bohanes** ocupaban el Rincón de las Gallinas y parte de la costa del departamento de Paysandú; los **guenoas** vivan al Norte del río Negro, hasta más allá del Cuareim; y, los **arachanes**, vivían en la costa del Océano Atlántico.

RUTA DEL VIAJE DE MAGALLANES

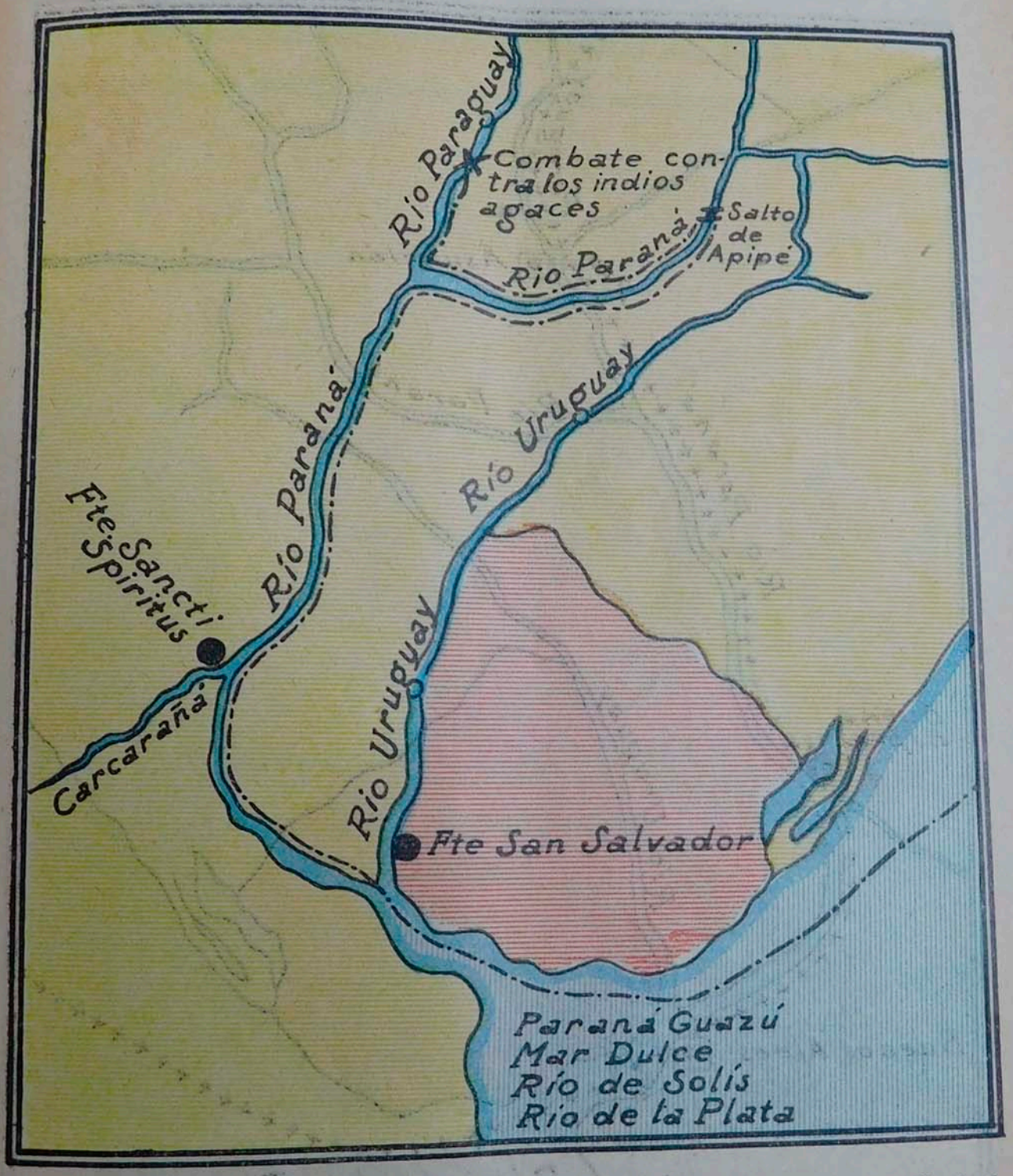
MAGALLANES salió en 1519 del puerto de **Sanlúcar de Barrameda** (España), atravesó el Atlántico y se internó en el **Río de Solís** a principios de 1520. Salió de este río y continuó su viaje hacia el Sur, descubriendo, en octubre de 1520, el estrecho que hoy lleva su nombre. Atravesó el Océano Pacífico y llegó a las Islas Filipinas, donde fué muerto. **Elcano**, con el resto de la expedición, llegó a España en 1522.

RUTA DEL VIAJE DE SOLIS



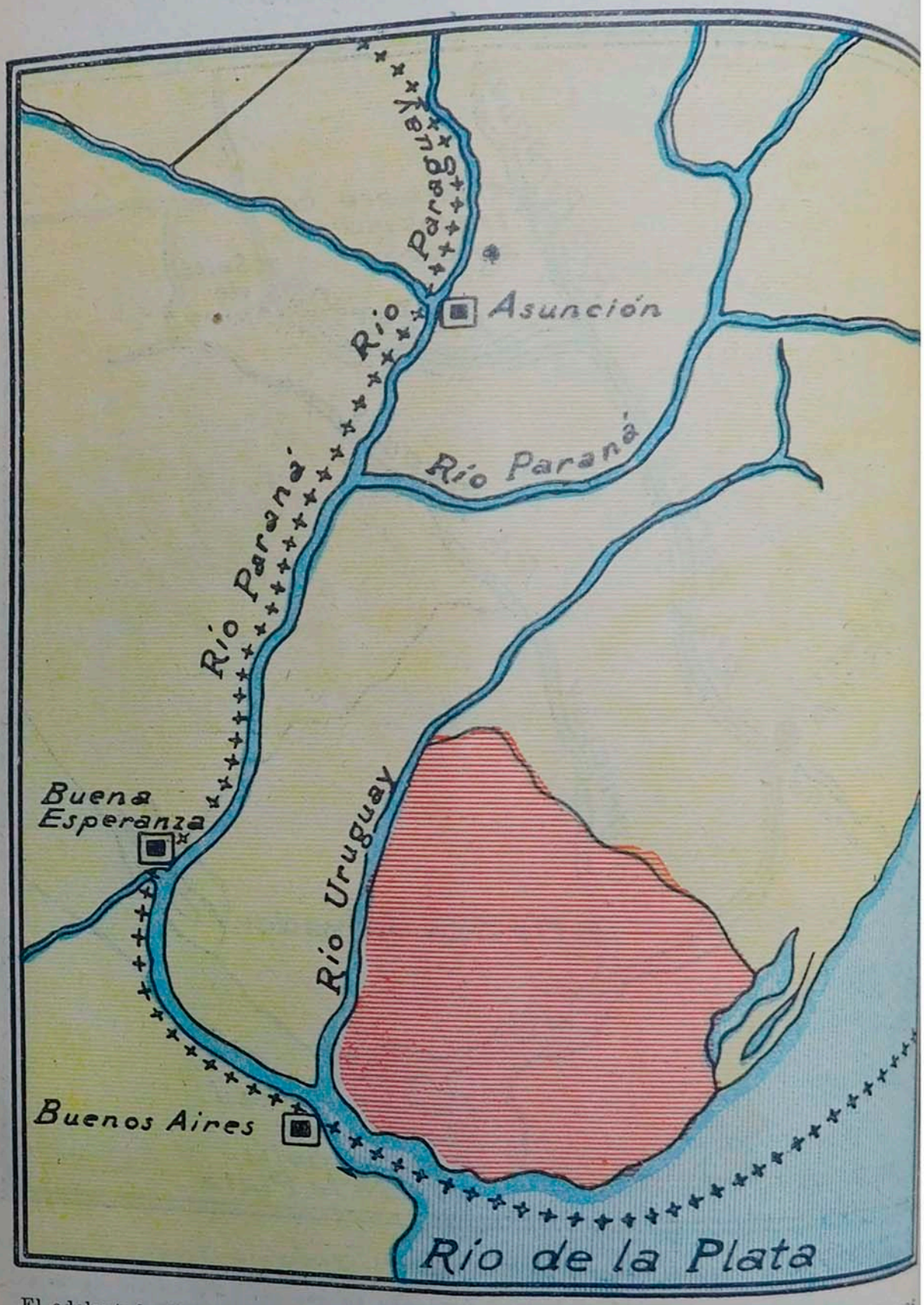
SOLIS salió en 1515 del puerto de **Lepe** (España), tocó en Tenerife, en las islas Canarias, atravesó el Atlántico y llegó a la costa del Brasil a la altura del Cabo de San Roque. Recorrió estas costas y, a principios de 1516, se internó en el Río de la Plata, que él bautizó con el nombre de **Mar Dulce.**

RUTA DEL VIAJE DE GABOTO



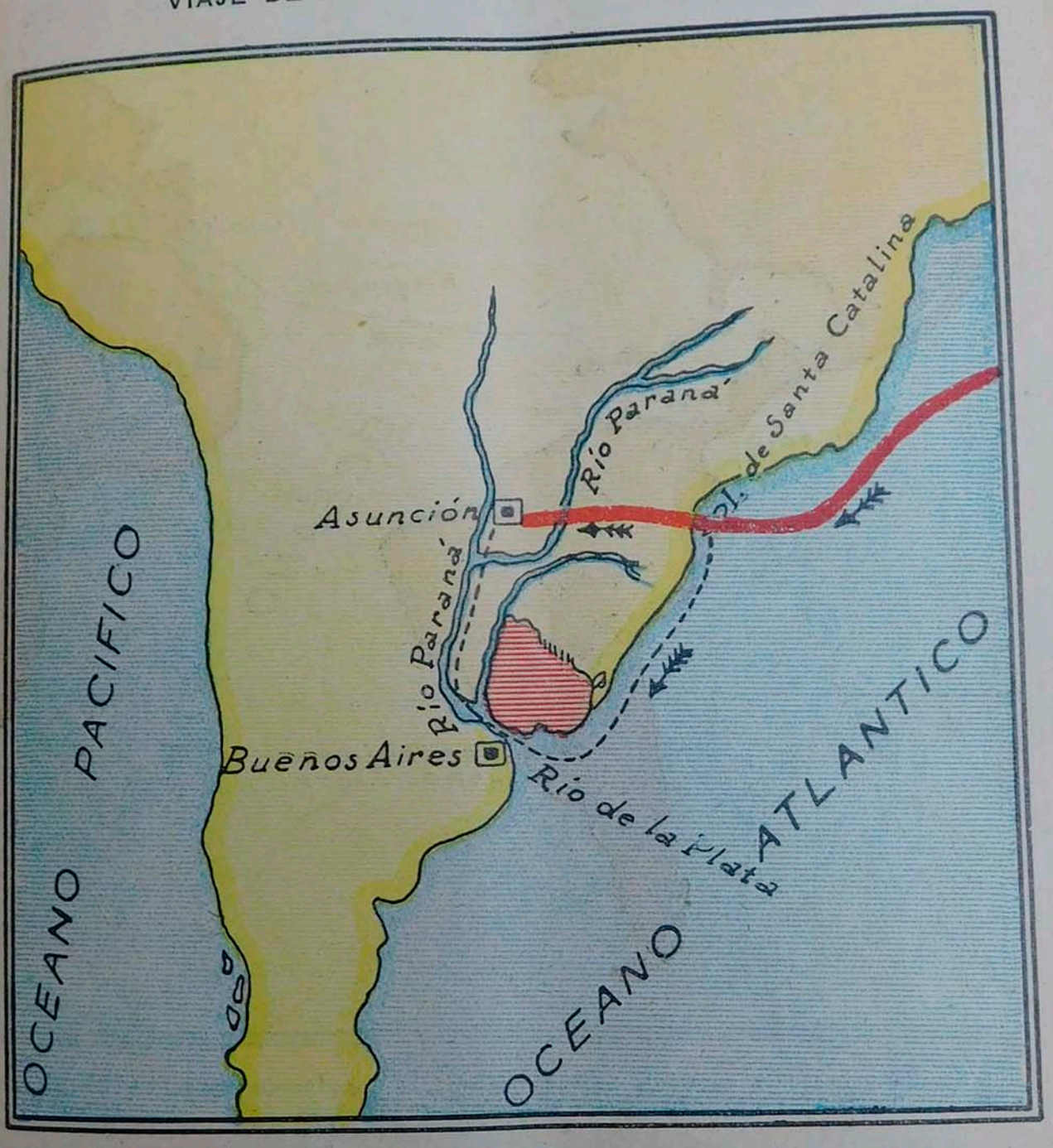
GABOTO salió en 1526 del puerto de San Lúcar de Barrameda (España) y llegó al Río de Solís en Abril de 1527. Fundó el fortín de **San Salvador** en la costa de nuestro territorio; remontó el Paraná fundando en sus orillas el fortín de **Sancti Spíritus** y siguió su viaje hasta el **Salto de Apipé**. Obligado a retroceder, penetró en el río Paraguay, donde libró con éxito un combate contra los indios agaces.

VIAJE DE MENDOZA Y AYOLAS



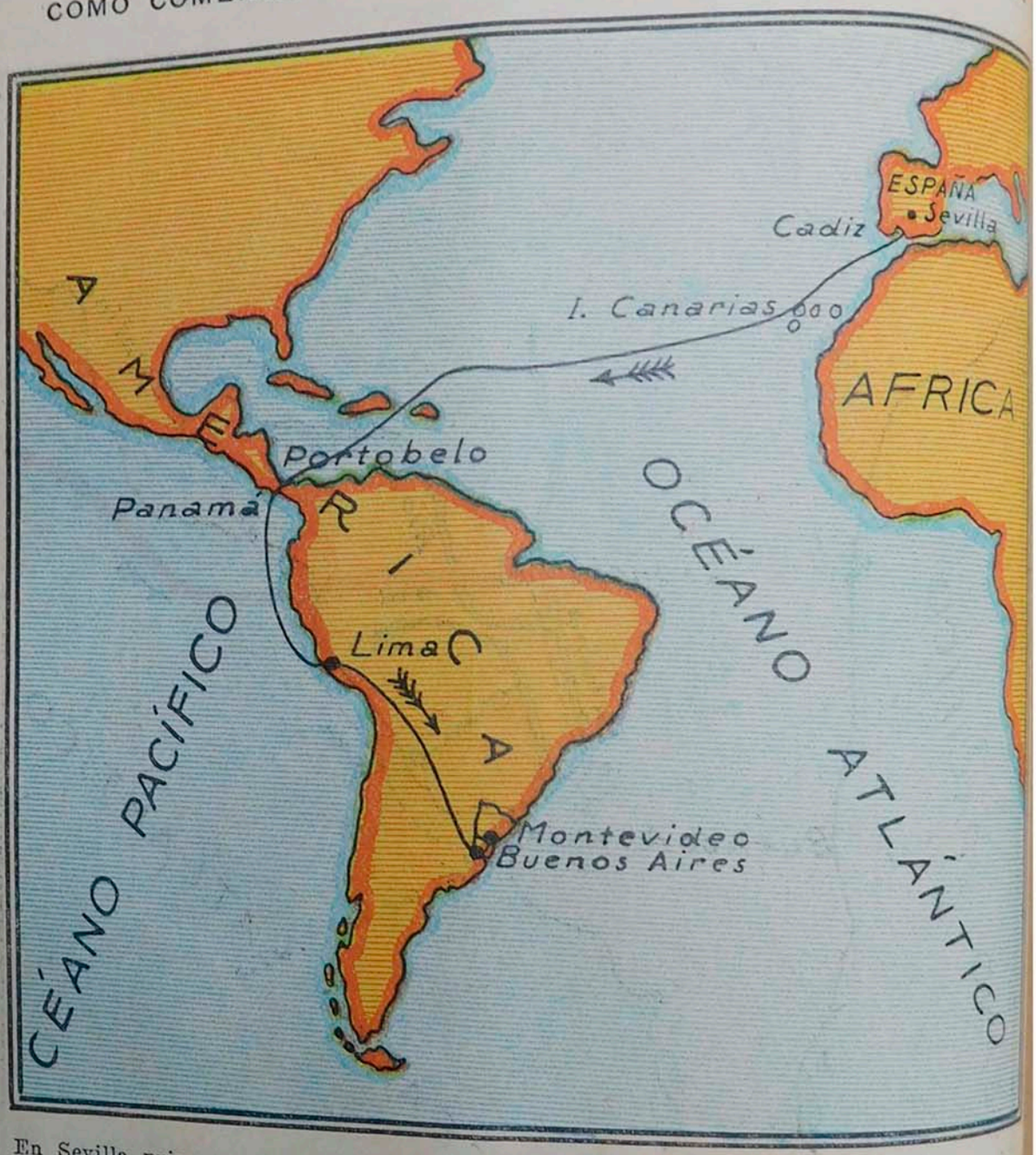
El adelantado don **PEDRO DE MENDOZA** llegó al Río de la Plata a principios de 1536 y fundó la ciudad de **Buenos Aires**, actual capital de la República Argentina. Remontó después al río Paraná y fundó, sobre las ruinas de Sancti Spíritus, otra población que llamó de **Buena Esperanza**. Desde aquí envió a AYOLAS para que remontara el río en busca de comestibles y metales. AYOLAS recorrió el río Paraná, se internó en el río **Paraguay** y fundó, sobre la margen izquierda de este río, la ciudad de la **Asunción**, él 15 de agosto de 1537

VIAJE DE ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA



ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, 2.º Adelantado del Río de la Plata, salió del puerto de Sanlúcar (España), en noviembre de 1540. Llegó a la isla de Santa Catalina (Brasil) y de allí se dirigió a la Asunción, por tierra, con más de la mitad de su gente. La otra parte de la expedición siguió el viaje por agua, al mando de **Felipe Cáceres.** La temeraria travesía hecha por Alvar Núñez, ha sido considerada como uno de los viajes más penosos y atrevidos de aquellos tiempos. Llegó a la Asunción (Paraguay), el 11 de marzo de 1542.

COMO COMERCIABA ESPAÑA CON SUS COLONIAS DEL PLATA



En Sevilla primero, y en Cádiz después, residía la **Casa de Contratación** encargada de organizar las flotas que deban abastecer las colonias. Estas flotas venían escoltadas con buques de guerra, a fin de evitar el contrabando, que, en aquella época, era castigado con la pena de muerte. Estos barcos dejaban sus mercaderías en los puertos de Portobelo y Panamá, donde se realizaban, en épocas fijas del año, dos ferias de 40 días. Las mercaderías que se destinaban a las colonias del Plata eran transportadas a Lima, y de allí se conducían a lomo de mula hasta Montevideo y Buenos Aires. Es claro que, en esta forma, los habitantes de estas colonias, recibían los artículos con precios enormemente aumentados. Por eso se dice que España ejercían el **monopolio** comercial sobre las colonias del Plata.

LAS INVASIONES INGLESAS

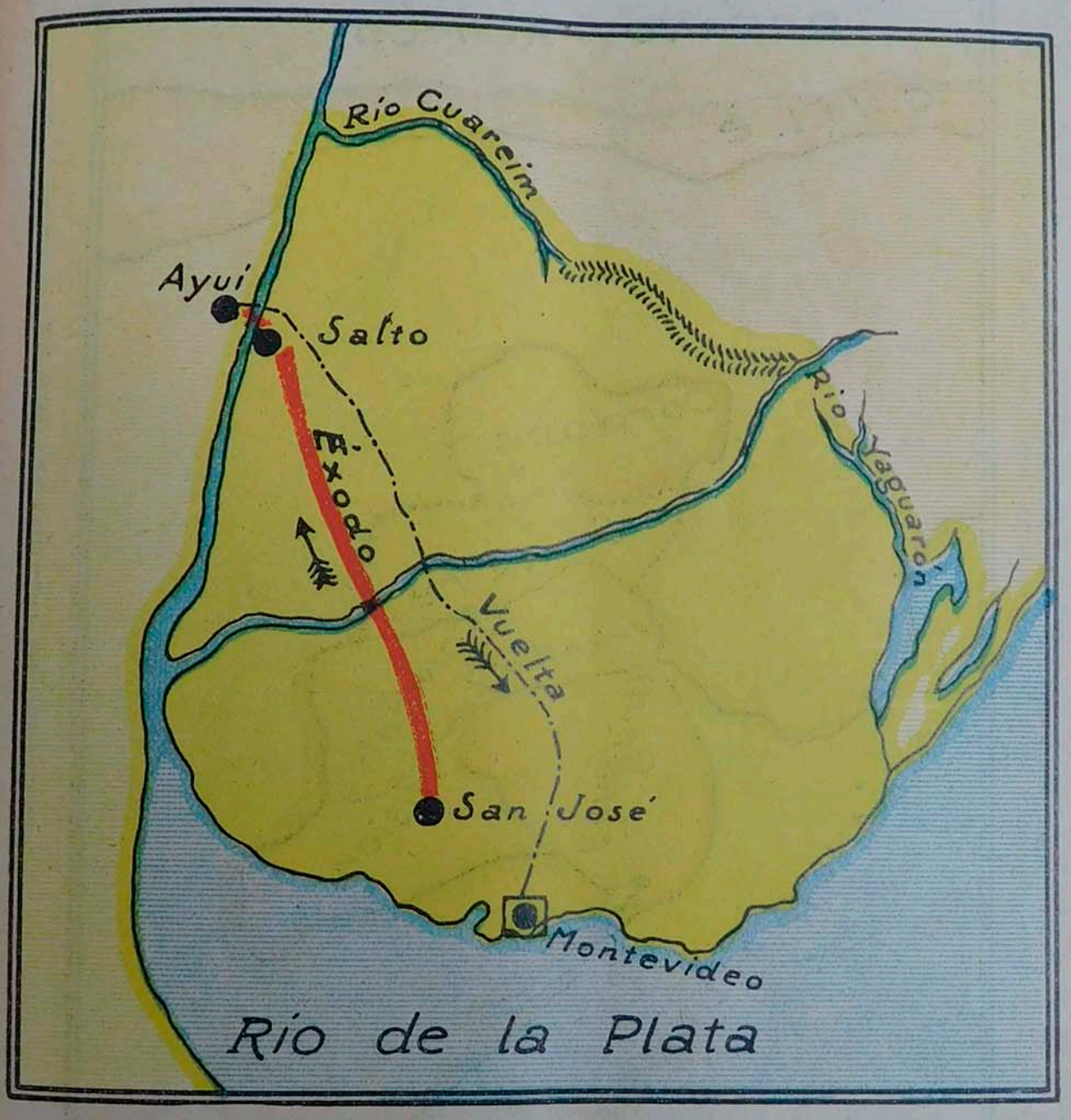
La línea roja indica la trayectoria seguida por los valientes motevideanos, para reconquistar a Buenos Aires del poder de los ingleses

LA JUNTA DEL AÑO VIII

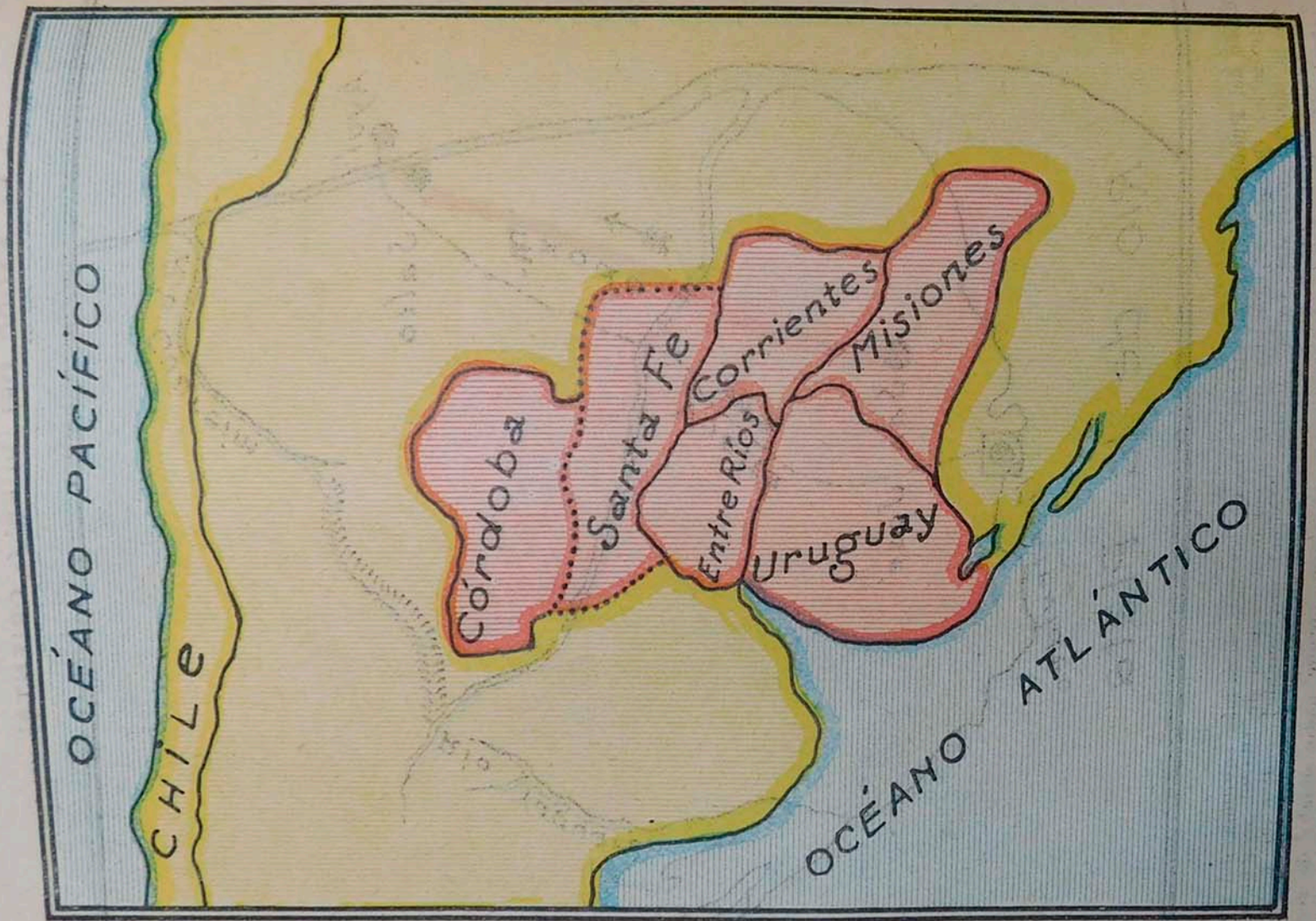
JUNTAS DE GOBIERNO QUE SE CREARON EN AMERICA A IMITACION DE LA DE MONTEVIDEO.

La Junta del año VIII, fué la precursora de la revolución en América. Montevideo dió un ejemplo de independencia al sublevarse contra las autoridades de la Metrópoli, y el ejemplo cundió con asombrosa rapidez por todo el Continente. "La vigorosa iniciativa de Montevideo, dice el doctor Eduardo Acevedo, había despertado, pues al Continente, preparando la insurrección general contra el dominio español.

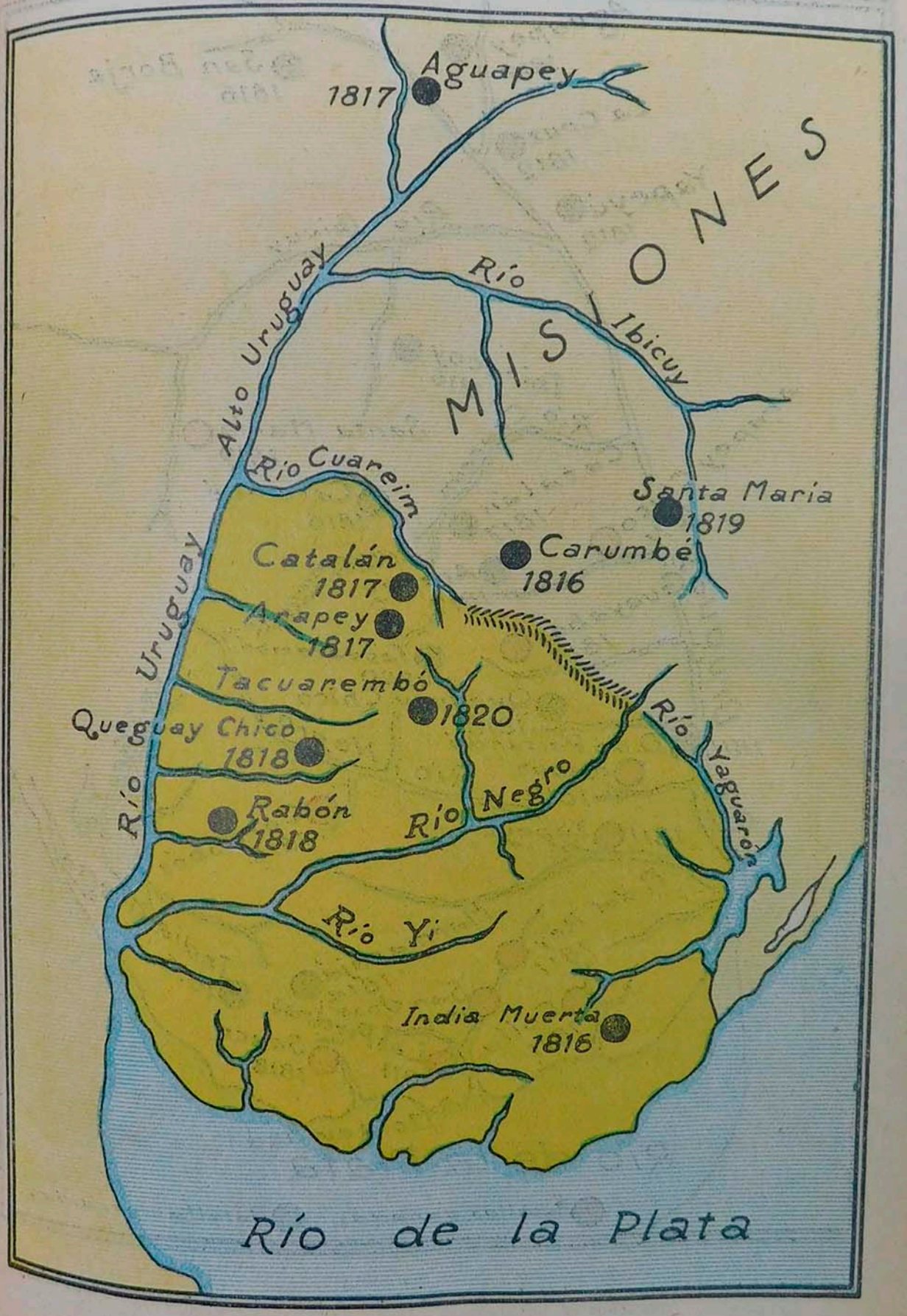
EL EXODO DEL PUEBLO ORIENTAL



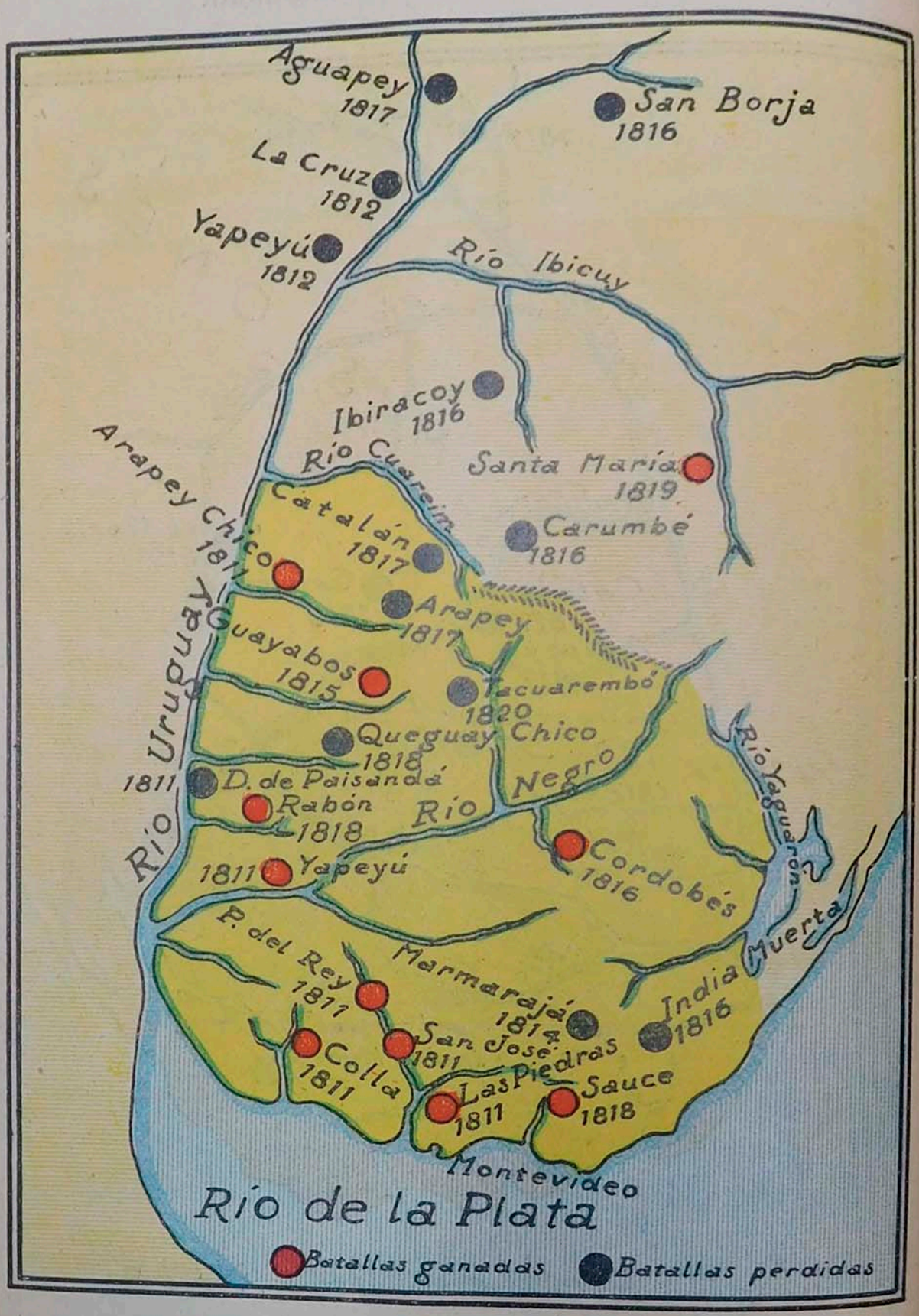
El **Exodo del Pueblo Oriental** constituye uno de los episodios más sublimes del glorioso Jefe de los Orientales. Era una inmensa columna —cerca de 16,000 personas— que en la marcha ocupaba varias leguas. "Aquel era pueblo! —dice el historiador Arreguine—. Por donde el héroe pasaba quedaba el país despoblado: solas las casas: solos los montes; las estancias sin gente, porque nadie dejaba de seguirle. Aquél era pueblo! Había allí, entre los peregrinantes, mujeres de alma varonil y valientes niños, que en medio de las privaciones aprendían a querer a la patria y cómo se debe sufrir por ella. Almas fuertes, voluntades de acero, ojos sin lágrimas para llorar la propia desventura, desafiando las iras de un implacable destino."



Las provincias de Córdoba, Santa Fé, Entre Ríos, Corrientes y Misiones, respondían al prestigio de Artigas, a quien aclamaron con el honroso título de "**Protector de los pueblos libres.**" El ilustre Jefe de los Orientales quería para esos pueblos las mismas garantías de libertad que había pedido para su patria, en las célebres **Instrucciones del año XIII.** "No puede darse un altruísmo más notable, ni un respeto más firme a la idea de la soberanía popular, de la que siempre fué portaestandarte entusiasta."

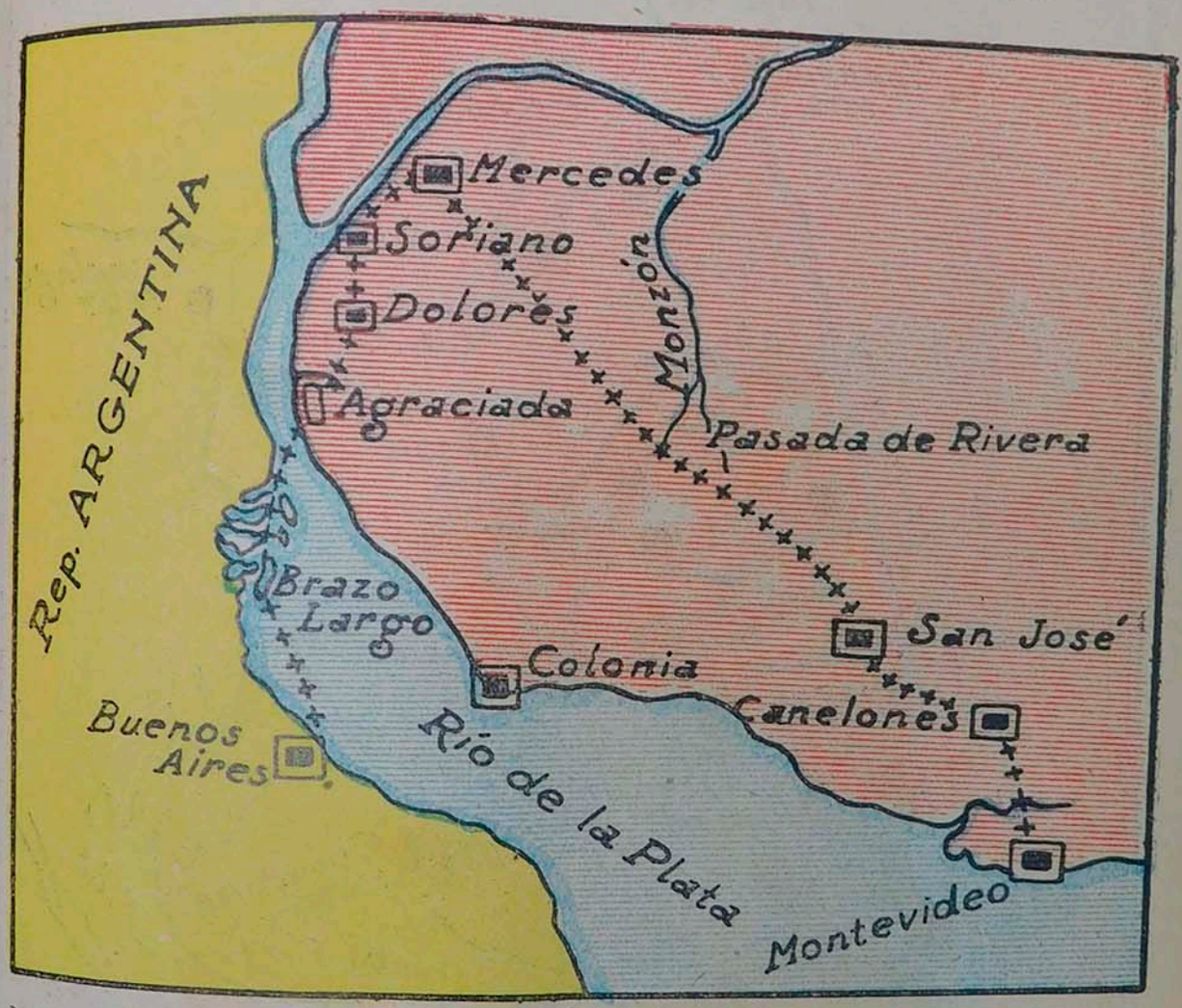


Batallas libradas por las fuerzas artiguistas, durante la invasión portuguesa de 1816 a 1820.

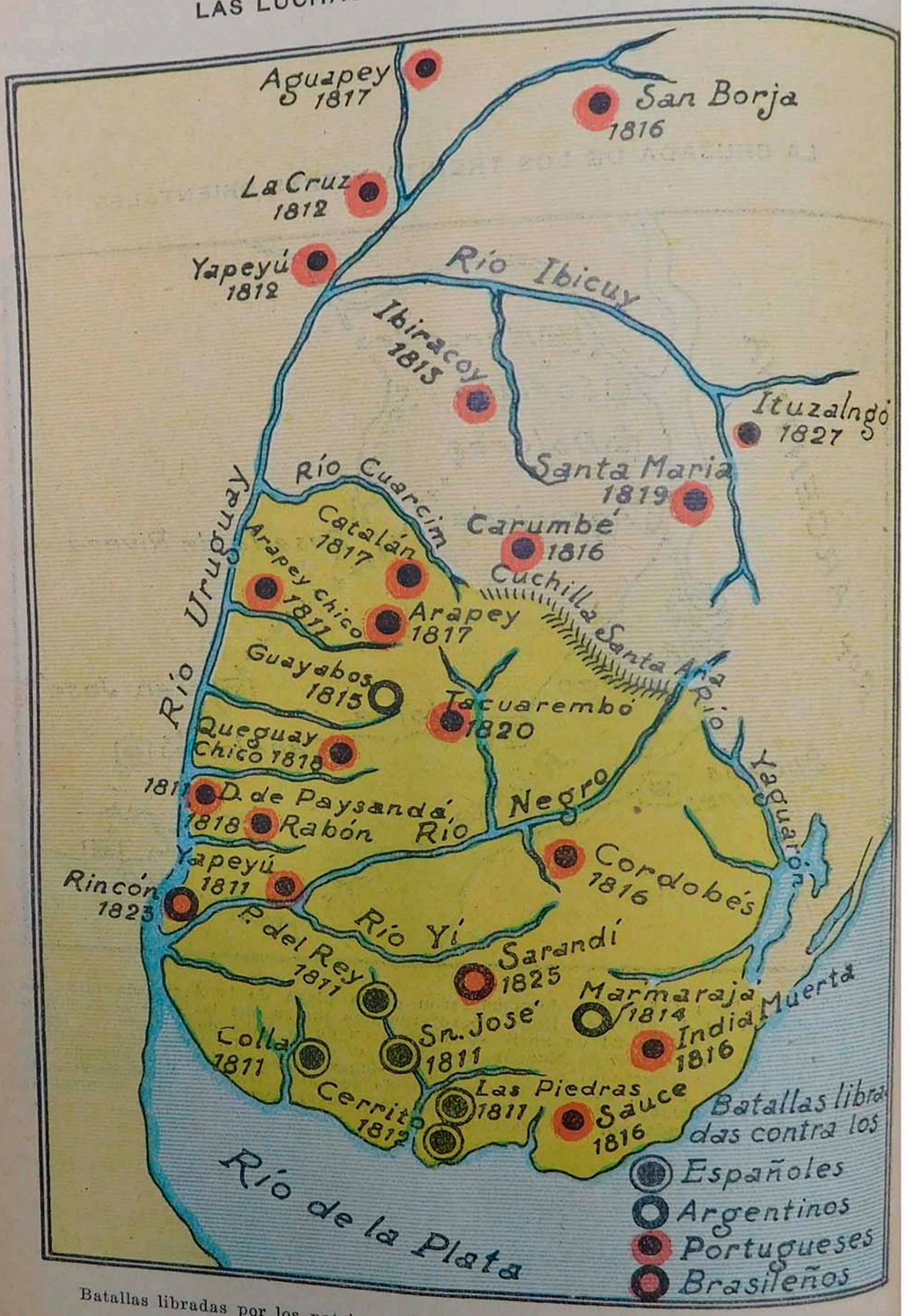


BATALLAS libradas por las fuerzas de Artigas, contra los ejércitos españoles, porteños y portugueses, desde 1811 hasta 1820.

LA CRUZADA DE LOS TREINTA Y TRES ORIENTALES



Los Treinta y Tres Orientales desembarcaron en la playa de la **Agraciada** (Dep. de Soriano) el 19 de abril de 1825. Derrotaron una fuerza que les salió al encuentro en **Dolores**, y, el día 24 de abril, se apoderaron de la Villa de Soriano. Al llegar a las márgenes del arroyo **Monzón**, recibieron el concurso del valiente y prestigioso patriota don Fructuoso Rivera quien, en lugar de combatirlos de acuerdo con las órdenes de Lecor, se les unió, engrosando sus filas. Después de apoderarse de **San José y Canelones**, los Treinta y Tres llegaron al Cerrito, sitiando la plaza de Montevideo, ocupada por los brasileños.



Batallas libradas por los patriotas para conquistar la independencia de la patria, desde 1811 a 1827.

Durante estos períodos de transición, la marcha del Estado fué irregular, sin observancia de ley alguna, sin garantías para la propiedad y la vida de los habitantes: dominaba la voluntad del más fuerte; las industrias permanecían estacionarias y el progreso de la civilización carecía de impulsores.

FRANCISCO PIZARRO

La Historia no conserva datos seguros sobre los primitivos peruanos anteriores a los incas que conquistaron el país. La tradición, obscura en este punto, sólo se refiere a la aparición de Manco Capac, presentándose en el lago Titicaca, del departamento de

Puno, con su mujer, la recordada Mama Oello. El origen es el mismo que una hipótesis atribuye a los demás pueblos indios de la América, haciéndoles provenir de asiáticos que pasaron a este continente por el estrecho de Béring, en tiempo de las congelaciones de sus aguas. Los que sostienen esta hipótesis aducen, en su favor, similitudes de tipo, carácter y costumbres, y hasta del idioma quechua, originario del Perú, y el aimará, que todavía se hablan en los pueblos de la Sierra: el quechua, desde Quito, en la actual república del Ecuador, hasta las regiones del Norte, centro y Sur del Perú, y el aimará en el Sur del Perú y en toda Bolivia.

Durante el período de los incas la religión adolecía del defecto de no contener una concepción ideal del Sér Supremo. Tenía, por el contrario, las groseras formas del fetichismo; se adoraba al Sol y se le propiciaban sacrificios humanos en los templos a él dedicados. La religión cristiana no se impuso al principio por los conquistadores españoles, como manda el Evangelio, sino por la fuerza y el martirio, haciéndose más terrible y sangrienta esta imposición por el llamado Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, que asumía la doble función de tribunal de justicia y de conversión de infieles y de herejes, aunque no tuvo jurisdicción sobre los indios cristianizados por varias órdenes religiosas. El fraile dominico Valverde, que acompañó a Francisco Pizarro, se hizo célebre por sus crueldades y por haber aconsejado la injusta y traidora muerte del último inca que gobernaba cuando aparecieron los conquistadores españoles.

Los indios peruanos habían alcanzado cierto grado de civilización antes de la aparición de los europeos. Suplían la falta de la escritura por medio de los quipus, y conocían la arquitectura, como lo acreditan los palacios, templos y fortalezas de defensa.

Los aborígenes eran de dos castas: civilizados y salvajes; aquéllos ocupaban la costa y la sierra; éstos, el fondo de las montañas y sus ríos. Hasta el día se mantiene esta separación, siendo frecuentes las invasiones de los salvajes a los valles poblados de su vecindad. En todo tiempo se han organizado expediciones armadas para someterlos, con poco éxito, siendo una de las más notables la del prefecto del Cuzco, coronel La Torre, que pereció víctima de la ferocidad de los indígenas. El coronel Bustamante, indiófilo, expedicionó también; pero, si su misión no fué eficaz para el sometimiento, pudo salvar la vida. Los misioneros han sido más felices, logrando establecer ya colonias de individuos catequizados por el Evangelio. Estos salvajes habitan las márgenes de los ríos caudalosos y acometen a los que viajan por los navegables. Usan flechas envenenadas, y sólo se cubren con cinturones formados de plumas de aves de distintos colores.

Los indios de la civilización incaica, que resistieron la conquista de los españoles, desconocían las armas de fuego y el caballo.

que trajeron éstos, y cuyo empleo en la guerra los aterrorizaba y producía éxito fácil en los combates.

Las expediciones de los ejércitos incaicos, tanto entre ellos como en las resistencias a los conquistadores, se hacían a pie, siendo conducido el inca en literas por las muchedumbres, que le rodeaban y seguían como a cosa sagrada. La única arma de combate de que disponían eran flechas, y mazas a manera de machetes labrados de piedra, pues ignoraban la existencia del hierro, del acero y del plomo, y la manera de fundirlos y beneficiarlos para la industria y para la guerra. Careciendo de elementos para las construcciones navales, carecían también de barcos; la navegación no existía, ni el comercio marítimo. Los transportes y la comunicación, en el extenso territorio peruano llamado Tahuantinsuyo, se verificaban por tierra. Para que el inca pudiera trasladarse fácilmente desde el Cuzco, capital del Imperio, hasta Quito, que pertenecía a sus dominios, se construyó un camino que, pasando por la cordillera, pampas y altiplanicies, abrazaba una extensión considerable. De esa obra colosal se conservan aún trechos imborrables, que manifiestan un adelanto en la ingeniería propio de un país civilizado y de un gobierno progresista. Los adelantos en este género están comprendidos por las construcciones de edificios suntuosos, como los templos, las fortalezas, los palacios, las huacas, las piedras labradas, testimonios inequívocos de civilización.

El juicio de los que creen en Europa que los aborígenes del Perú visten de pieles como Nemrod, es completamente equivocado, y parte de considerar a los salvajes de la región montañosa como los únicos pobladores de todo el territorio peruano; hay, pues, una confusión que conviene desvanecer para restablecer la verdad histórica.

La primera expedición de los conquistadores españoles estuvo formada por los siguientes: Bartolomé Ruiz, Pedro de Candia, Nicolás de Rivera, Juan de la Torre, Alonso Briseño, Cristóbal de Peralta, Domingo de Soraluse, Alonso de Trujillo, García de Jerez, Francisco de Cuéllar, Pedro Alcor, Antonio de Garrido y Alonso de Molina, los cuales, a iniciativa de Pizarro para decidirlos, celebraron asamblea. Pizarro trazó con su espada una línea en el suelo, determinando dos direcciones, una al Sur y otra al Norte. Y dijo: "Por ésta se va a Panamá, a ser pobre; por aquélla se ha de ir al Perú, a ser rico. Escoja el que fuere buen castellano el que más bien le estuviere."

Los de Pizarro desconocían, hasta que invadieron el territorio, las condiciones de resistencia que pudieran ofrecerles los súbditos del gran Imperio de los incas; sólo presumían su gran extensión, sus fabulosas riquezas, confirmadas por el oro y la plata que les ofreció Atahualpa por su rescate, llenando las habitaciones del edificio de su prisión sin contar las remesas que el mismo inca ha-

bía pedido que fueran reunidas para cederlas a los españoles en cambio de su libertad.

Cuando la expedición de los Trece, de la isla del Gallo, llegó a Cajamarca, reinaba el inca mencionado, hijo de Huayna Capac y hermano de Huáscar, que era el verdadero heredero de la corona, y con quien estaba en guerra a la sazón. Con la muerte de éstos desapareció la dinastía incaica, cuya nomenclatura es la siguiente: Manco Capac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Capac, Capac Yupanqui, Inca Roca, Yahuar Huacac, Huiracocha Pachacutec, Yupanchi, Tupac Yupanchi, Huayna Capac Huáscar, Atahualpa y Manco Inca.

El reinado de todos ellos abraza un período de tiempo desde el año 211, del siglo III, hasta el año 1534, del siglo XVI, en que ocurrió el destronamiento, por la conquista española y desapareció la nacionalidad peruana como territorio independiente.

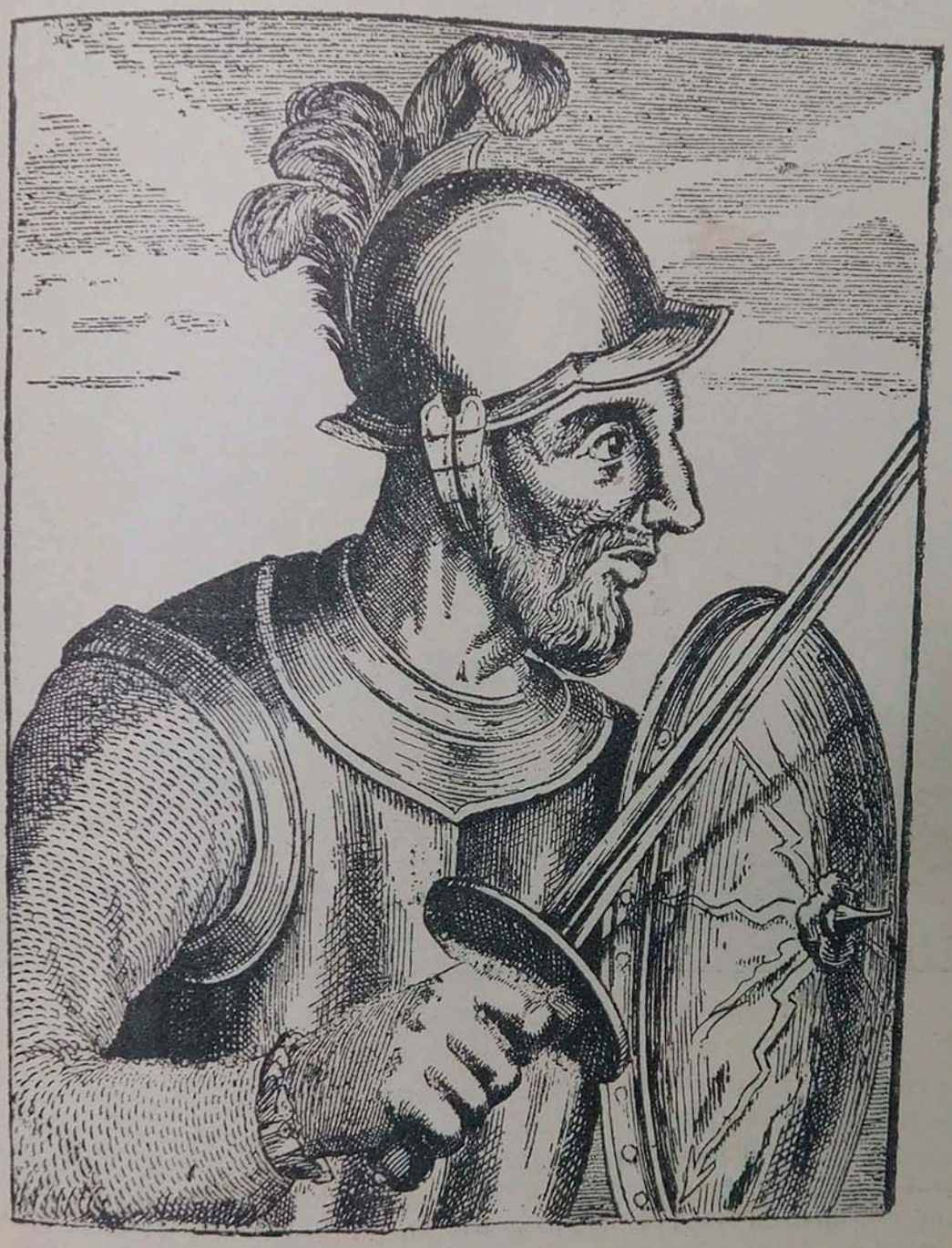
Las batallas que libraron los invasores con los naturales del lugar eran completamente desiguales. Si por su número eran infinitamente mayor estos últimos, en cambio les superaban aquéllos en estrategia, en armas de fuego, en caballos y en defensa de vestido adecuado para el combate, porque resistían o burlaban las flechas, únicos medios de que disponían los indios para combatir y defenderse. Eran verdaderas acometidas de grupos de hombres contra millares de carneros. Por esto no puede decirse que hubo heroicidad en vencerlos, a pesar del valor que mostraron en las guerras civiles ocurridas entre los mismos españoles, por ambición de mando y de riquezas. Sin embargo, los indios tuvieron al general Chalchuchimac, hombre de valor y dotes estratégicas a la vez.

Entre los Trece de la isla del Gallo se encontraban Francisco Pizarro, sus hermanos y don Diego de Almagro, que desde el principio se manifestaron celosos y rivales por alcanzar, para sí, los beneficios de la conquista. Para conservar la armonía en el ejército español se dividieron el mando del territorio, correspondiendo la región hasta Chile a don Diego de Almagro, y la del Norte, desde Cuzco hasta Quito, a don Francisco Pizarro, que acompañado siempre por sus hermanos Juan y Gonzalo tenía en éstos sus mejores y más leales tenientes.

Los españoles, emparentando con los hijos del país, crearon familias. Los indios, por su parte, comenzaron a engrosar las huestes de sus dominadores, y combatían en las guerras civiles enrolados en las filas de éstos, pero sin alcanzar distinciones ni honores, hasta la época del Virreinato, en que hubo frutos del cruzamiento que obtuvieron los más insignes honores de la Corona, como el príncipe Garcilaso de la Vega, literato e historiador de gran estima en la corte española y que figura en el mundo literario.

Constantes guerras civiles mantuvieron la colonia en anarquía por mucho tiempo, hasta que el rey de España, de quien de-

pendía y en cuyo nombre gobernaron el Perú, decidió mandar a Vaca de Castro, quien fué impotente para someterlos, y después al padre La Gasca, quien, con el mayor sigilo y mansedumbre, logró inspirar confianza y obtener adhesiones valiosas entre los mejores capitanes.



DIEGO DE ALMAGRO

La Gasca, obispo de Sigüenza, a pesar de su carácter sacerdotal, ganó batallas y logró por fin dominar. Investido de facultades extraordinarias por el rey de España, fué el primer personero de la Corona que echó los cimientos de un gobierno regular. Dotado personalmente de gran talento y de vasta ilustración, creó los co-

rregidores de ciudades, es decir, el gobierno local y la administración de justicia, promulgó ordenanzas, sistematizó la recaudación de rentas y procuró suavizar la humillante condición en que permanecían los indios. Tres años duró este período de organización de La Gasca, que, a pesar de haber sido proficuo para el Tesoro real, pues le llevó personalmente dos millones de pesos de los tributos, dejó un ejemplar de buen gobierno que ni siguieron todos sus sucesores, ni habían mostrado sus antecesores, los capitanes de la conquista.

Las guerras entre los españoles carecían de nobles incentivos. Fueron luchas fratricidas estériles, producidas unas veces por la

Catedral y Plaza de Armas (Lima, Perú)

venganza, otras por la ambición de supeditar en el mando y en la adquisición de riquezas, no siendo factor extraño la índole anárquica de los españoles de aquella época, que han dejado por herencia a sus descendientes hasta nuestros días. Esos odios se simbolizan en la muerte de Francisco Pizarro.

Muerto don Diego de Almagro, uno de los aventureros de la isla del Gallo, su hijo no perdonó a Pizarro. El joven Almagro vivía, con otros adictos, frente al palacio del Marqués, residencia hoy de los presidentes de la República. Pobres, escasos hasta de vestido, pues es fama que había una sola capa para todos, que cada cual se ponía alternativamente, soportaban el hambre y el frío con la esperanza de obtener el poder matando a Pizarro algún día.

Llegó éste: los conjurados salieron en masa, se dirigieron a palacio, y sorprendiendo al Marqués a medio vestir, le acometieron todos espada en mano; éste se defendió con valentía, pero al fin cayó al suelo, mortalmente herido por una estocada que le atravesó el cue- llo. Una anécdota refiere que el Marqués hizo una cruz con su san- gre y la besó. Sus restos mortales se guardaron en la catedral de Lima. Este suceso, lejos de traer la concordia, encendió más la anarquía. Los hermanos de Pizarro clamaron venganza, y entre ellos y los de Chile (como llamaban a los almagristas) se empeña- ron crueles batallas, principalmente en el Cuzco, que fué siempre codiciado por Almagro.

La Catedral de Cuzco (Perú)

En reemplazo de La Gasca, con quien comenzó el período del Virreinato, se envió de España a don Antonio de Mendoza, quien puede ser considerado como el segundo virrey. Habiendo muerto apenas iniciaba su gobierno, fué reemplazado por el tercer virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, y sucesivamente por otros, hasta llegar a don José de la Pezuela e Hinojosa, que fué el último, y que rindió la dominación colonial a los libertadores del Perú y fun- dadores de su independencia, don Simón Bolívar y don José de San Martín.

Gobernaron el Perú, después de Francisco Pizarro y el licen- ciado Cristóbal Vaca de Castro (que tuvieron sólo el título de

gobernadores, desde el año 1534 a 1544), cuarenta virreyes, que abrazan el período histórico de 1546 a 1821..

El cuadragésimo y último virrey, José de la Pezuela e Hinojosa, continuó el gobierno, en representación de la Corona de España, durante los años 1821 a 1824, en parte del territorio; pues la otra parte, durante el mismo tiempo, estaba sometida al nuevo gobierno independiente, presidido respectivamente por don José de San Martín, don Bernardo de Tagle, la Junta Gubernativa presidida por el general La Mar y el libertador Bolívar, quien, con título de Dictador, tuvo el mando supremo hasta 1826, en que comenzaron a regularizarse los gobiernos nacionales.

La administración de los virreyes, con excepción de La Gasca, fué poco o nada fecunda para el progreso del país; y la vida privada de muchos de ellos se deslizó entre aventuras romancescas, no en estudios de las necesidades de los indios que, humillados y tiranizados, contribuían con los mitos, con los diezmos y hasta con su propia vida a mantener a sus dominadores y a enriquecer el Tesoro de Castilla.

Cuéntase que un tunante, que había servido a uno de los virreyes como secretario privado con la pluma, y en otros menesteres menos decorosos, fué despedido de su puesto por ciertas ligerezas de genio. Pero con el objeto de vengarse de su examo y señor, se metió a sacristán de la iglesia de los Desamparados, y una noche que se conducía en procesión fúnebre el cadáver de un magnate, el Virrey, que se asomaba al balcón de Palacio, le dijo en voz alta a una persona que lo acompañaba: "¡Cómo! ¡Fulano de sacristán!" Y oído por éste, respondió también en voz alta: "Más vale ser sacristán y enterrar cristianos muertos, que servir a virreyes tuertos que prometen y no dan."

La historia del Verreinato está nutrida de escenas novelescas, de que ha sacado mucho partido el célebre tradicionalista limeño don Ricardo Palma.

Lima y el Cuzco, principalmente, presentan a la imaginación la sombra monótona de una vida inactiva, sometidas las conciencias al poder de la Inquisición y a la autoridad sin conciencia y escasa de civilizadoras iniciativas, a cuyo redor el favorito hacía a su antojo lo que dejaba de hacer la clase noble contra los infelices indios, víctimas de la superioridad social.

REPUBLICA ARGENTINA

LOS PROCERES MILITARES. (1810-1916)

A República Argentina cuenta en sus anales con una verdadera constelación de ingenios y de patriotas que la han servido con abnegación digna de los héroes antiguos.

Sería muy extenso enumerarlos todos en este artículo, cuya extensión sólo permite señalar los acontecimientos y las personalidades de mayor relieve. Por esta razón daremos los nombres más excelsos, consagrados por la Historia (y el pasado) para la veneración de las generaciones futuras.

Podemos agruparlos en dos órdenes igualmente gloriosos: el de los héroes militares y el de los héroes civiles.

Recordamos desde luego el nombre del comandante del batallón de patricios de Buenos Aires, don Cornelio Saavedra, jefe del primer Poder Ejecutivo de la Revolución argentina en 1810, cuya estatua se contempla en la calle de Córdoba, esquina a la avenida Callao, en la capital de la República.

Después de la Revolución adquieren nombre americano y mundial los generales José de San Martín, Manuel Belgrado y Martín de Pueyrredón, para no citar sino a los que comandaron en jefe los ejércitos victoriosos de la Revolución y de la República.

Podríamos, sin embargo, agregar veinte nombres más, de jefes ilustres por su valor y su pericia durante la guerra de la Independencia; pero este acto de justicia corresponde a la Historia, que apenas intentamos compendiar en estas páginas.

El general San Martín era americano nacido en la provincia de Corrientes, en el paraje denominado Yapeyú, sobre la costa del río Uruguay. Existen todavía en aquel sitio las ruinas venerables de la casita colonial en que naciera el niño destinado a la inmortalidad.

El Congreso argentino votó en 1915 la suma de cien mil pesos para encerrar, dentro de un templo, aquellas gloriosas y venerables ruinas, a fin de conservarlas a la posteridad.

El niño San Martín fué llevado a Europa por sus padres y educado allí en un colegio de nobles, abrazando la carrera militar, que era una de las más brillantes de su época. Ingresó en el ejército regular de España y se distinguió desde sus primeros pasos en el

servicio, cuya severidad y técnica habían culminado en aquel período de las guerras napoleónicas.

San Martín había alcanzado el alto rango de teniente coronel cuando los ejércitos de Napoleón invadieron a España, y ésta se puso de pie, como un león herido, para resistirlos con indómita fiereza. San Martín tomó parte brillantemente en las batallas de Bailén y de Albuera, y su benemérita conducta le valió condecoraciones y la reputación de héroe.

Poco después, informado de la sublevación de sus compatriotas de América, se embarcó con sus compañeros de armas Zapiola y Alvear, ilustres generales argentinos más tarde, y llegó a Buenos Aires, donde inmediatamente puso su espada y su pericia militar al servicio de la Revolución.

El Gobierno le confió inmediatamente la organización de la caballería, y formó, de primera intención, el regimiento de Granaderos a Caballo, famoso en los fastos de la Historia del Nuevo Mundo, y que en 1916 continuó en la guarnición de la ciudad de Buenos Aires, vistiendo el mismo uniforme glorioso de 1811.

Por ese tiempo las tropas españolas de Montevideo remontaban el río Paraná en una escuadra, para ocupar el territorio interior del país.

El gobierno revolucionario destacó al entonces coronel San Martín, con su regimiento, para que observara los movimientos de la expedición española.

Esta pasó aguas arriba de la ciudad del Rosario, observada de cerca por San Martín, y practicó un desembarco cinco leguas más al Norte, en el lugar donde se levanta el convento de San Lorenzo.

San Martín ocultó su regimiento en la huerta de dicho convento, y cuando la división española, compuesta de infantería y de artillería, marchaba a banderas desplegadas para ocuparlo, él salió de su escondite, con el regimiento formado en dos alas, y cayó, sable en mano, como un torbellino, sobre las tropas españolas, derrotándolas completamente.

En este combate, que puede llamarse el bautismo de fuego del ejército revolucionario, el general San Martín cayó bajo de su caballo, herido por el cañón enemigo. En el momento en que iban a bayonetearlo los infantes españoles, el sargento Cabral, hijo de la provincia de Corrientes, se abrió paso entre la hueste enemiga y salvó heroicamente a su jefe.

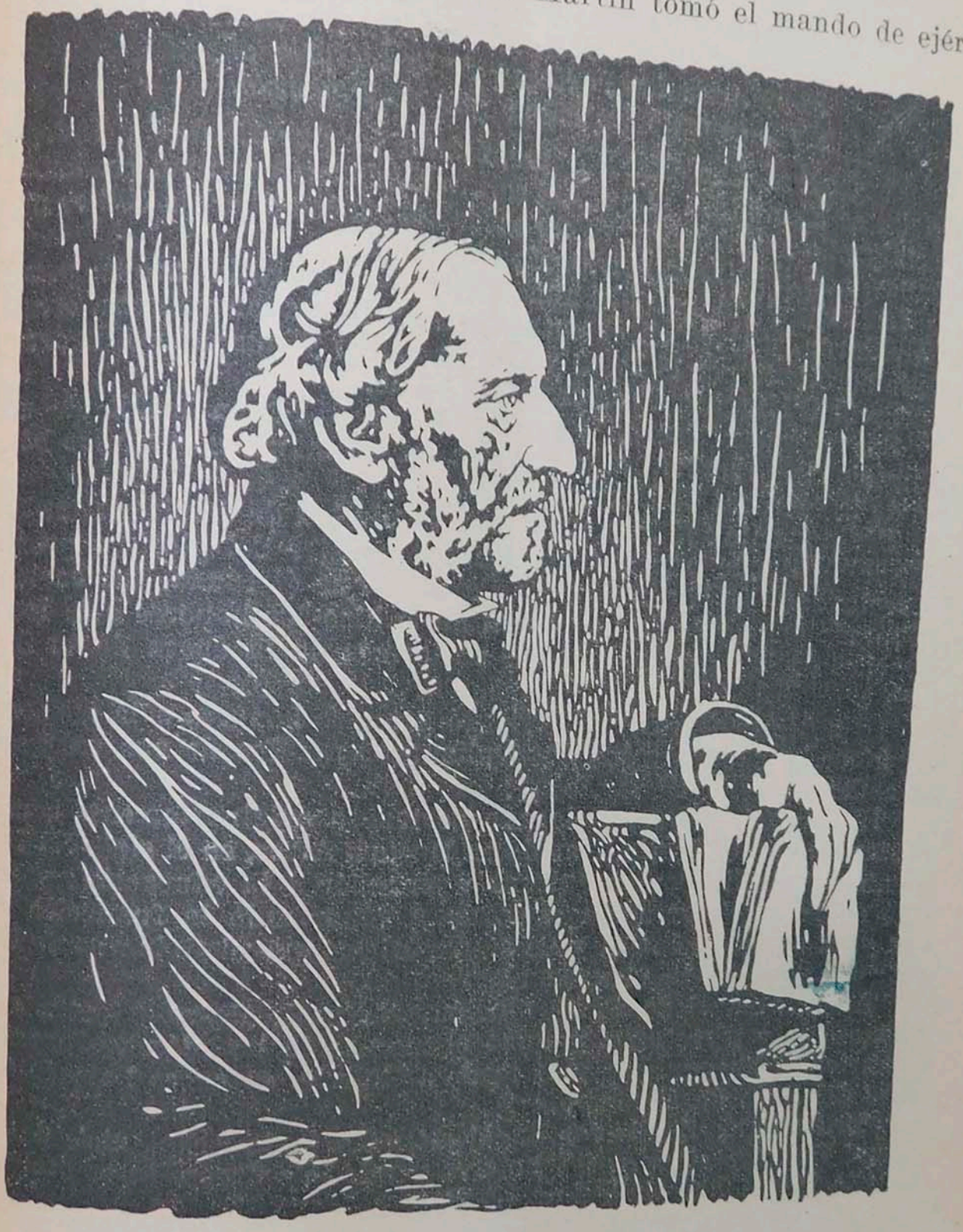
Muerto el sargento Cabral más tarde, el Gobierno argentino resolvió que siempre, al pasar lista en su regimiento, se llamara su nombre, y que el sargento de la compañía respondiera:

—Murió en el campo del honor.

Las generaciones actuales han levantado al sargento Cabral una estatua de bronce, erigida en la plaza que lleva el nombre y

que alberga el monumento del Libertador Americano cuya vida salvó el heroico sargento.

Desde entonces el coronel San Martín tomó el mando de ejércitos revolucionarios en el Norte y Oeste de la República, y realizó proezas, libertando pueblos.



GENERAL BARTOLOME MITRE

Fué el conductor de la bandera argentina triunfal en las cos-

tas del Pacífico, y sus victorias inspiraron al poeta un poema, en el cual, aludiendo al origen de la Bandera, dijo:

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón:
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Esta hija de los cielos que no degeneró.

El general San Martín, terminada la guerra de la Independencia, se distinguió por su absoluto desinterés patriótico, habiendo emigrado a Europa para no mezclarse a las guerras civiles americanas, que él miraba con profundo dolor.

Las repúblicas que él había libertado, especialmente su patria, lo olvidaron, y vivió en el extranjero en la mayor pobreza, escasamente auxiliado por el Perú y por su amigo y compañero de armas el general O'Higgins, Presidente de Chile.

Sus reliquias fueron repatriadas en 1876, en medio de una apoteosis sin precedentes, y reposan en un mausoleo bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires.

Ultimamente fué inaugurada en la ciudad de Boulogne-sur-Mer (Francia), donde murió, una estatua ecuestre del glorioso prócer. El regimiento de Granaderos a Caballo, que él fundó, fué enviado a Francia por el Gobierno argentino, e hizo los honores a la inauguración de la estatua, con los uniformes de la época de su fundación.

El noble pueblo francés tributó grandes honores a la memoria del héroe, y admiró a los descendientes armados de sus valerosos granaderos.

El general Manuel Belgrado pertenece originariamente a una ilustre familia de Italia. Nacido en Buenos Aires, en el siglo XVIII, pronto sobresalió por su cultura y su amor a la educación; participó en la administración española, promoviendo la fundación de una gran escuela náutica y de matemáticas, que el Gobierno de España hostilizó hasta clausurarla.

Apenas estallada la revolución, Belgrado descolló entre sus promotores y directores, y tomó el mando de los ejércitos expedicionarios al Paraguay, y más tarde a Bolivia, entonces llamada colonia del Bajo Perú.

Marchó triunfante con su ejército hasta la altiplanicie de la actual Bolivia, cerca de los lugares donde hoy florece la capital de aquella República, ciudad de La Paz.

Sus triunfos sobre los españoles fueron contenidos por éstos, que lo derrotaron en las batallas de Vilcapujio y Ayohuma; pero él obtuvo definitiva y homérica revancha en las batallas de Tucumán y de Salta, libradas en los años de 1812 y 1813.

El general Belgrado creó la bandera argentina, usando los mismos colores celeste y blanco que los revolucionarios de 1810

emplearon como escarapela distintiva ante el Cabildo de Buenos Aires, al deponer al virrey Cisneros.

Enarboló esta bandera por primera vez en una batería que construyó en la ciudad del Rosario de Santa Fe, sobre la barranca del Río, para oponerla a las flotillas españolas.

Cuando marchó al Norte de la República, la hizo jurar por primera vez por su ejército, en la provincia de Salta, en las márgenes del río de las Piedras, que desde entonces lleva el nombre de Río del Juramento.

Estos hechos han sido inmortalizados en bronce, y el pueblo argentino ha erigido al general Belgrado la estatua ecuestre en que el héroe despliega, a la faz de la Casa de Gobierno de la Nación, la gloriosa bandera.

Sus reliquias reposan en el atrio del convento de Santo Domingo, donde por su voluntad fué sepultado y donde la República le ha erigido un monumento sepulcral.

El general Juan Martín de Pueyrredón, de abolengo español, nació también en la ciudad de Buenos Aires, en el seno de una familia patricia, distinguiéndose desde sus primeros años por su carácter y sus grandes talentos.

Durante las invasiones inglesas comandó el regimiento de húsares, que se cubrió de gloria, pues fué la caballería eficiente de la defensa, y su jefe realizó proezas personales que le valieron el mote de "benemérito en grado heroico."

Más tarde, en 1821, cuando el general San Martín conducía el ejército argentino en el Pacífico, el general Pueyrredón ocupaba la presidencia de la República, en cuyo destino demostró las más altas capacidades políticas, administrativas y militares, y fué el alma gubernativa que sostuvo al ejército de San Martín, en medio de la pobreza y las dificultades de la época.

El general Carlos María de Alvear, compañero de los anteriores en lides patrióticas y militares, adquirió su gran renombre como comandante en jefe del ejército argentino durante la guerra contra Portugal, representado por sus grandes colonias del Brasil.

Alvear recibió del Gobierno argentino el mando de las gloriosas tropas que trasponían los Andes, después de libertar los pueblos del Pacífico. Pasó al río de la Plata, invadió el territorio de la actual República del Uruguay, dependiente de la República Argentina, disputada por el Brasil, y, arrollando a los ejércitos imperiales brasileño-portugueses, los derrotó completamente en la batalla de Ituzaingó, el 20 de febrero de 1827.

En esa batalla tomaron parte algunos regimientos austriacos, enviados desde Europa en apoyo del Brasil.

Después de este período, otros héroes militares llenan el escenario nacional. El general Urquiza fué el que derrumbó la dictadura militar del presidente Juan Manuel de Rosas, en la famosa bata-

lla de Caseros, donde el ejército libertador de la provincia de Entre Ríos, aliado a tropas del Brasil, del Uruguay, y de las demás provincias argentinas, derrotó al Dictador, el 3 de febrero de 1852.

El general Urquiza quedó ungido por ese triunfo como libertador nacional y como caudillo de los pueblos. Elegido Presidente de la Confederación Argentina, reunió en 1853 el Congreso Nacional Constituyente para que organizara la República, caótica y dispersa por la Dictadura.

Aquel glorioso Congreso, reunido en la ciudad de Santa Fe, dictó la Constitución argentina, que rige todavía en la República, y que es el código más perfecto que han escrito los hombres para realizar la confraternidad humana y la solidaridad nacional.

Al frente del general Urquiza, que gobernaba la República desde su palacio de San José, situado en la provincia de Entre Ríos, cerca de la actual ciudad de Concepción del Uruguay, se alzó el hombre de más prestigio de Buenos Aires, el general Bartolomé Mitre.

Hombre de grandes talentos, de cultura y de patriotismo, no pudo resistir a las pasiones de su pueblo, que quería gobernar toda la República, y se separó de las trece provincias, constituyéndose en el Estado independiente de Buenos Aires.

Esto dió lugar a la guerra de secesión argentina, que duró diez años, entre la Confederación, que presidía Urquiza, y el Estado de Buenos Aires, que gobernaba Mitre.

Por dos veces los caudillos y los pueblos llevaron su querella a los campos de batalla. En la de Cepeda, que tuvo lugar cerca de ciudad de San Nicolás, fué completamente derrotado el general Mitre por el general Urquiza, en 1859.

Este triunfo afirmó la Confederación, pero no pudo aniquilar el poder del Estado de Buenos Aires; y en 1861 riñeron de nuevo la batalla histórica de Pavón, cerca del lugar de la de Cepeda.

El general Urquiza fué derrotado a su vez por el general Mitre, y se retiró a Entre Ríos con los restos de su ejército.

Mitre tomó posesión militar de toda la República, y el 12 de octubre de 1862 fué elegido presidente constitucional.

Su presidencia fué una de las más notables de la historia argentina, por la elevación de sus miras y la probidad de sus anhelos. Fué, sin embargo, perturbada por las guerra civiles y por la magna guerra contra la República del Paraguay, que duró desde 1865 a 1868.

El general Mitre continuó actuando después de la guerra y de haber entregado el poder a su sucesor constitucional en 1868. Hasta su muerte gozó de la mayor popularidad y de la confianza de pueblos y gobiernos. Prestó grandes servicios políticos y diplomáticos a la República; acaudilló sin éxito una revolución interna, y murió rodeado del sentimiento y de la gratitud públicos.

El pueblo ha mandado construir un gran monumento a su memoria.

En fin, entre los generales descollantes del país debe recordarse al general Julio A. Roca, que ocupó durante dos períodos la presidencia de la República: de 1880 a 1886 y de 1898 a 1904.

La acción política y administrativa del general Roca fué agitada y discutida, y el silencio que se hizo en torno de su nombre, después que dejó el poder, y aun después de su muerte, comprueban la anarquía de las opiniones a su respecto.

La opinión pública está de acuerdo, sin embargo, en reconocerle la gloria que indiscutiblemente le corresponde por haber resuelto el problema de los indios, que rodeaban a la civilización argentina, conteniendo su desarrollo en un inmenso arco, desde Mendoza hasta el Río Negro.

El general Roca, al mando del ejército argentino, realizó en 1889 una gloriosa campaña estratégica, cuyo plan militar había escrito el doctor E. S. Zeballos, en la obra La Conquista de Quince Mil Leguas.

Batidas y sometidas las tribus indígenas al dominio argentino, la expansión industrial y colonial no tuvo límites, y la obra del general Roca promovió la gratitud nacional.

NUEVA ORIENTACION ARQUEOLOGICA E HISTORICA

POR RAMON MENA

UN CAMBIO DE VALORES.—Los últimos estudios geológicos, concienzuda y metódicamente ejecutados en el Valle de México por el distinguido especialista neozelandés, ingeniero don Jorge E. Hyde, durante un año, nos proporcionan un corte abundante en material arqueológico, y que nos llena de inquietudes al relacionar los ejemplares con la edad asignada a las diversas capas del subsuelo; tanto más cuanto que las noticias de nuestra Historia resultan en contradicción con los datos del terreno, y con aquellos ministrados por la Antropología y por la Lingüística.

Estamos, por lo tanto, obligados a llevar a efecto una revisión de la Arqueología y de la Historia nacionales, a establecer un verdadero cambio de valores, que revolucionará, no lo dudéis, toda nuestra Historia Antigua, en sus mismos fundamentos.

Nuestro punto de partida es técnico: la edad de los estratos, en relación con su material arqueológico, más el apoyo que la Lingüística, la Antropología y la tradición prestan a cada caso.

El corte estratigráfico viene de abajo hacia arriba, de lo primero en antigüedad, a lo relativamente moderno, y lo primero es aquel material bajo cuyo estrato no hay sino suelo geológico.

En Àmantla, Ahuizoctla, Tlatelco, Santa Lucía (comprensión de Azcapotzalco) hemos encontrado los señores Hyde, Niven y quien habla, material arqueológico de "la primera gente," a una profundidad de 3 m. 12 cm., a 3 m. 30 cm. y más. El estrato es de arena pura, volcánica, depositada por el agua; la erupción que produjo este estrato es la misma cuya lava formó el Pedregal de San Angel, D. F., 3,000 años A. C., y como ya había sepulcros y artefactos de arcilla cocida, queda comprobada la existencia humana antes de la formación del estrato de 3,000 años A. C.

Damos a esa gente un nombre de lengua indígena: *To-achtopayotlaca*, esto es: *nuestra primera gente*. En el resumen exponemos las razones.

El material arqueológico recogido demuestra dos etapas: la

de arcilla grosera, sin pulimento, y la de arcilla pulida, correspondiendo esta última en buena parte al material de Michoacán, en la costa del Pacífico, y el que aparece bajo *sedimentarios volcánicos* (tepetate), en el D. F. (la Cima, Mixcoac, exploraciones Cornyn); Tlalpan (exploraciones F. M. Rodríguez) y Mazapán, D. F. (exploraciones Gómez Orozco).

En la primera etapa, los vasos ápodos tienen forma de fondo de saco, de bolsín o hemiglobular; difícilmente puede apreciarse cuello, como hechos copiando oquedades del suelo; en la segunda etapa, el zoomorfismo es todo, siempre con la desproporción y abultamientos en las extremidades: el coyote (canis latrans), el ocelotl (F. tigris), la tortuga (terrestre) y pájaros y gallináceas pueden identifiarse.

Este *to-achtopayotlaca*, en las dos etapas, fué peregrinante y su labor cerámica aparece en Argentina y en Perú.

La edad probable de inmigración del *to-achtopayotlaca* la fijamos de 5,000 a 4,000 años A. C.; pero este dato, probable, no indica el abandono del principalísimo, de la edad del estrato, del yacimiento de este tipo sospechado por el gran Orozco y Berra en: ".... aquellas naciones primitivas que ni aun su nombre dejaron a la posteridad." (Hist. Ant., tomo III, pág. 11.)

A la profundidad de 2 m. 50 cm., 3 m. y 3 m. 12 cm., hay un estrato muy arenoso y con cenizas de madera, ocupado por un material arqueológico, perfectamente homogéneo, inconfundible, característicamente *mongoloide*, nombre que escogemos para el estrato, haciendo con ello honor al mineralogista escocés William Niven, quien desde 1895, en el Estado de Guerrero, viene llamando la atención acerca de sus hallazgos arqueológicos, en los que ha tropezado con el tipo chino; y es el mismo señor Niven quien incansable, desde 1909, aquí, en el D. F., ha removido algo más que 40,000 toneladas de tierra en busca de los restos del pasado mexicano, sin costar al país un solo centavo y haciendo al Museo Nacional donación de sus ejemplares únicos, donaciones que suman ya poco más de $10,000. ¡He ahí al hombre!

El material *mongoloide* procede de inmigraciones chinas diversas por el Pacífico, y de las que hay literatura china de alta antigüedad, y en acuerdo, fijamos a las inmigraciones 2,500 a 2,000 años A. C.

Es posible que una etapa del tipo mongoloide haya tenido contacto con la más reciente to-achtopayotlaca, y fusión o mestizaje, porque los diámetros del rostro humano y la oblicuidad de los ojos subsisten.

Durante este mismo año, abril, el señor Niven y el que habla

pusimos a la vista de la Legación China, copia de unas lajas, empleadas ya como desecho, como material de construcción en las cornisas de uno de los adoratorios de la Texcalpan (la Ciudadela), juntamente con objetos recogidos en yacimientos mongoloides, y el Excmo. señor Secretario de la Legación, Y. L. C Tao, declaró tratarse de escritura china arcaica, reconoció el tipo físico regional de algunos ejemplares, indumentaria mongólica, un mandarín, etc., todo aquello que aún circula en la prensa norte y sudamericana bajo el título de *"El prehistórico chino en México."* Todo ello, estupefaciente, demostrado con hechos.

Continuando hacia arriba, a una profundidad de 1 m. 15 cm. a 2 m. 50 cm., hay un estrato, el marcado con la letra C en el corte presentado por el señor Hyde, de suelo arenoso y estratos naturales de pómez (que semejan bandas artificiales de cal); con fragmentos de pisos y paredes de argamasa (tezoquitl) a veces pintadas; depósitos de cenizas de madera y fragmentos de adobes de muros y de pavimentos.

Es éste el estrato más grande y el más variado; su material arqueológico es abundante y admirable como tipo, como factura y como arte. Y casi podemos asegurar un mestizaje con la gente mongoloide, porque las cabezas antropomórficas con el tocado clásico del pavo real, rudimentarias en el estrato mongoloide, en éste superior, ha afinado en fisiognomía, y los ojos resultan casi horizontales.

En este estrato, en la porción más baja, en la línea de separación con el mongoloide, aparecieron esos vasos sui géneris, ásperos, de labio rebajado y de tres chimeneas con rostros de tipo mongol o etiópico (?).

En la porción más alta del estrato están los incensarios (amacalli popochcomitl) arquitectónicos, decorados con color y con representaciones antropomórficas, zoomórficas y eskeiomórficas, por pastillaje.

En estas porciones del estrato está encerrada la evolución y la mentalidad toda de las gentes de este largo período desarrollado de los 2,000 a los 1,500 años A. C. en diversas inmigraciones y extendiéndose hasta la llegada de las tribus nahuatl (acolhuas, tepanecas).

Damos a esta cultura el nombre *Tlachichique*, de la misma lengua nahuatl, con el significado de *Hacedores* (subentendido de todo: Arquitectura, Escritura, Pintura, Decoración, Vasos, etc.), que es la característica del período cuyas manifestaciones obran en el estrato.

Ocupan los *Tlachichique* el sitio de honor otorgado largo tiem-

po a los *tolteca*, nombre que carece de la significación que se le viene atribuyendo.

Creemos, a los tlachichique, constructores de las Pirámides de Teotihuacán, de los sistemas de las mismas (templos y casas inmediatas) y de TEXCALPAN (la Ciudadela), pero en etapas diversas de evolución, y acordamos mayor antigüedad a las pirámides del Sol y de la Luna, A. J., y no en el siglo VII de J. C., en el que fué la dedicación, la fiesta de los Soles. Es del momento indicar que entre el material recogido entre los adobes que integran el núcleo de la pirámide del Sol, fueron encontrados unos huesecillos de tres lados, como hechos de vértebras o de tarsos; pues bien, ese mismo material hemos recogido en Azcapotzalco (exploraciones Niven) en mayor cantidad, perforados para collar, junto a un esquelto pulverulento y una cabecita tlachichique viejo, ni más ni menos que otra similar hallada también en el túnel de la pirámide: de ahí la referencia que damos a la construcción, ateniéndonos al estrato de aquel collar extraño.

Aquí debemos apuntar solamente que la llegada de Quetzalcoatl, de altísima trascendencia en América, queda sujeta a una revisión cronológica, en la cual ha de tomar parte importante la Arqueología Comparada interteotihuacana; puesto que en la Texcalpan, en el monumento más viejo, el de los altos relieves, figura ya la recordación de Quetzalcoatl, de quien tradicionalmente sabemos abandonó la Mesa Central en el siglo X de J. C.

La superposición de estructuras en los sistemas de las Pirámides y en la Texcalpan han llamado la atención de nuestros hombres de ciencia. ("Quetzalcoatl" por Palacios y Mendizábal, 1921.)

La ocultación y disimulo de las estructuras con escombro y con tierra indican temores de una destrucción inevitable, de una irrupción de bárbaros, misma que ocurrió con los chichimeca.

LOS CHICHIMECA

Tribu feroz, desnuda, guerrera, de hombres altos, de caras largas, que se tatuaban o pintaban, gente que llegó por el N. señalado por las tribus nahuas, y procedente probablemente del Pacífico, armada de arco y flecha. Invasores ante quienes formidaron los pacíficos y laboriosos Tlachichique, abandonando sus asientos y ocultando sus adoratorios, cuando no cayendo a manos de aquellos chichimeca, cuyo estrato es casi estéril para la Arqueología y que tiene una profundidad entre 1 m. y 1 m. 15 cm., con depósitos de pómez y grava, de corrientes de una edad de 800 años A. C. Tal vez esas corrientes arrastraron y destruyeron casi to-

do el material chichimeca, el que, según nuestros conocimientos anteriores, figura entre lo *pre-azteca*.

La palabra *chichimeca*, apodo impuesto por los invadidos, no significa bárbaros, desnudos, tartamudos, otomís, de otra nación, sino "*perros bravos*:" *chichi*, perro salvaje, bravo; *me*, partícula de plural.

A los tarascos y a los otomís también llamaron chichimecas; pero, a lo que entiendo, en principios de la época hispánica.

El profesor Hyde encuentra semejante al tipo chichimeca, por fisonomía y costumbres, con la tribu MAORI, de Nueva Zelandia, la que habla un idioma polisilábico. Y como ni huella hemos rastreado del idioma chichimeca, dejamos incompleto el dato por ahora.

Algunos chichime evolucionaron por sus uniones con los nahuas, creando un mestizaje en Texcoco y en Tlaxcala, cuyos representativos son el rey-poeta Nezahualcoyotl y el indomable Xicoténcatl el joven.

NAHUAS

Con esta denominación, tomada al maestro Troncoso, designamos las tribus de lengua nahuatl, todas inmigrantes y que llegaron por el N. Su estrato es de 0 m. hasta 1 m. y algo más, constituído por suelo arenoso y tierra vegetal, con antigüedad de 800 años antes de J. C. hasta 1521 de la consumación de la conquista castellana.

Cuanto hemos venido denominando *pre-azteca y azteca*, cae mejor bajo la denominación NAHUA, dicha algunas veces NAHOA.

Concordando los códices con la tradición y la lingüística, sabemos que no hay tal nombre "azteca," sino ATLATECA, quienes pintaron su peregrinación grande, la del paso al Continente y la pequeña, la del Valle, que culminó en la fundación de Tenochtitlan o México, la ciudad lacustre que hoy ocupamos, y la que parece próxima a presenciar el término del quinto sol, según lo predijeron aquellas tribus nahuatlacas hace por lo menos seis centurias!

LA PALABRA "TEOTIHUACAN"

Equivocadamente escrita y traducida corre la palabra en los libros que se refieren a la Historia y a la Arqueología nacionales, y hasta en la *Guía para visitar la ciudad arqueológica de Teotihuacán* (septiembre—1921) leemos en la página 6: ". . . . La palabra Teotihuacán significa *Lugar de los dioses, o Lugar donde ado-*

ran los dioses, habiendo otras interpretaciones que sería largo enumerar."

Lugar de los dioses es *Teteocan,* y lugar donde adoran a los dioses es *Campateteotli;* ni una ni otra palabra dicen Teotihuacán, la cual vale por "Lugar de los que se deifican." Veamos: *Teotl,* dios; *ti,* pronombre de tercera persona. *Teoti* dice: *"se deifica o santifica; hua* es partícula posesiva de plural, cuando se refiere a tercera persona, como en este caso; y así: *Teotihua* es *"de los que o de quienes se santifican; can,* terminación de lugar, con lo que *Teotihuacán,* traducido rectamente del nahuatl, es: "Lugar de quienes se santifican."

La escena de los sacerdotes que se convirtieron en soles o dioses, durante la dedicación de las Pirámides en el siglo VII J. C., confirma arqueológicamente el fundamento lingüístico de nuestra versión por modo irrefutable.

Cuanto a la designación *"teotihuacano"* para definir un tipo arqueológico, una cultura (Gamio—1914—1921), carece de base y origina confusiones; pues las características llamadas teotihuacanas no son sino las también erróneamente llamadas *toltecas;* pero insistiremos al tratar del tipo *arcaico.*

LA PALABRA "TOLTECA"

Esta voz, de la misma lengua nahuatl ya mencionada, ha sido, antes de ahora, erróneamente traducida, y con un valor inexacto viene figurando en obras y textos de Historia Patria y de Arqueología.

¿Quién no ha leído que *tolteca* significa *"artífice," "arquitecto,"* cuando no "habitante de Tollán?"

Arquitecto es *"tepanchiqui"* y también "calquetzani." Artífice es "tlamatichiquetzqui," y habitante de Tollán es tollanteca; no hay, pues, artífice o arquitectos, ni habitantes de Tollán.

¿Cuál es, entonces, la traducción?

TOLTECA es palabra compuesta de *toli,* participio del verbo *toloa,* aprovechar, tragar, y de *teca,* adueñarse, enriquecerse, posesionarse la gente.

Tolteca es, por tanto: "la gente que se aprovechó," etc. Este dato filológico recibe confirmación estratigráfica y arqueológica; pues la gente llamada hasta hoy *tolteca* no es, por el estrato en que se encuentra su obra y por la naturaleza de ésta, sino la etapa más reciente de los TLACHICHIQUE, cuyo trabajo y cuyas enseñanzas aprovecharon, repitiéndolos con menos vigor y pureza en los lugares adonde se retiraron, huyendo de la destrucción de las tribus bárbaras del Pacífico. Y antes de huir hacia los hoy Estados de Morelos, Guerrero, Puebla, Veracruz, Oaxaca y tal vez Yuca-

tán, ocultaron templos y casas en *Teotihuacan,* ya por su carácter sagrado, ya por contener parte de la obra y de las enseñanzas de sus antecesores. Escombros y tierra amontonaron sobre los monumentos, dándoles aspecto de cerros para engañar a los invasores.

DENOMINACIONES QUE ABANDONAMOS

Desde luego *tolteca y teotihuacano,* por las razones arriba expuestas.

Pre-azteca es voz general, y, claro, todo lo anterior a lo azteca, en cualquier tiempo, es *pre-azteca;* se abandona para evitar confusiones.

Tepaneca es el nombre de una de las tribus peregrinantes, de lengua nahuatl, la tercera que llegó al Valle de México antes que la llamada *azteca.* Convivió con la última etapa *tlachichique;* por eso encontramos el tipo en Teotihuacán y en Azcapotzalco; su confusión con *pre-aztecas* nos obliga a abandonar la denominación; su tipología es tlachichique, y es la de más arriba en los estratos de Teotihuacán (tepanecas de Plancarte y Troncoso); tienen dos etapas: la de frontal abombado, y la de frontal plano y alto; uno y otro, tlachichiques.

Azteca. He aquí una denominación llevada y traída hasta la saciedad en libros y en periódicos, y que se muestra abiertamente contra la tradición, contra las pictografías y contra la lengua misma de la tribu. Esta vino del Norte, adonde llegó por mar, según sus libros, mapas y anales; y que estaban avezados al agua, lo dicen la facilidad e inteligencia con que edificaron una ciudad lacustre, aquí, en Tenochtitlan, sobre el Lago; la construcción de sus jardines flotantes (chinampas de Xochimilco) y la misma dicción gentilicia *atlanteca* o *atlateca,* gente posesionada, aprovechada de las aguas, o bien, gente que se *echó al agua.*

La palabra azteca es viciosa, pues no significa habitante de Aztlán, ni esta palabra vale por "tierra de garzas," porque entonces debía ser *Aztatlan y Aztlaneca,* o más bien *Aztateca,* dado que garza es *aztatl;* las palabras precitadas no encuentran apoyo en los jeroglíficos de las pictografías. El estudioso señor Palacios tiene presentado un estudio a la Sociedad de Geografía, desechando la palabra azteca.

TIPO DE LOS CERROS. TIPO DE MONTAÑA

También abandonamos estas dos denominaciones, que los profesores Boaz y Gamio (Escuela Internacional de Arqueología 1911—12 y 13) dieron al material antropomórfico que se encuentra inmediatamente sobre el suelo geológico en el Valle de México.

De tiempo atrás combatimos la clasificación, por no ser especial el hallazgo de aquel tipo en cerros ni montañas. En 1913, el Director de la Escuela Internacional mencionada expuso (Boletín del Museo Nacional de México, 1913, pág. 268. Nota): *"las dos denominaciones son malas, hay que buscar otra mejor."*

Tipo Arcaico. En octubre de 1917, el profesor Gamio, entonces Director de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, abandonó aquellas denominaciones, y al clasificar la cerámica del Museo de las Pirámides de Teotihuacán, estableció el *tipo arcaico,* con arquetipo, prototipo y subtipos, primero, segundo, tercero para el mismo material.

Nosotros abandonamos esta clasificación, por no delimitada, por confusa y falta de apoyo estratigráfico.

Yo denominé *primitiva* a la cultura del mismo estrato; pero la denominación es incorrecta por confusa.

Las denominaciones *pedregalense, prepedregalense y postpedregalense,* dadas a la cultura de que se trata y a otra diversa, por Beyer, además de la cacofonía, adolecen de un error común: connotar que sólo en el Pedregal de San Angel, D. F., existe el tipo de referencia. Lo hay también en el Pedregal de Tlalpan, en los sedimentarios de la Cima, en Mixcoac, en Azcapotzalco (Hyde, Niven y Mena), y en casi toda la República y la América. (V. Resumen.)

La última denominación ha sido propuesta por la Dirección de Antropología en marzo de 1921, y es *subpedregalense,* la cual abandonamos por las mismas razones que las últimas citadas.

Muy lejos ha ido la Dirección de Antropología al identificar la cultura a discusión, con la civilización otomí. Ya hemos dicho, en otra vez, que ni el tipo antropológico, ni los implementos ni las regiones justifican tal identificación; pero ahora la estratigrafía robustece ampliamente esta negativa.

RESUMEN

La base del nuevo sistema que proponemos para el estudio de la Arqueología y de la Historia tiene un fundamento científico, verificado por una serie de exploraciones en el Valle de México, las que llevó a término el conocido geólogo neo-zelandés don Jorge E. Hyde, durante un año. Se trata del estudio geo-paleontológico de las capas del subsuelo de nuestro Valle y de algunos otros lugares del país.

(1). La edad de los estratos geológicos del Valle de México nos da la edad relativa de los ejemplares arqueológicos acumulados en dichos estratos.

Ello trae consigo un cambio absoluto de valores en la Crono-

logía y en la Historia, cuyos fundamentos anteriores eran tradiciones, datos astronómicos y cosmogonías, los cuales ha sido preciso abandonar frecuentemente.

(2). El primer tipo arqueológico encontrado en el Valle de México es el de más abajo, el que está inmediatamente encima del suelo geológico y cuenta una antigüedad no menor de 3,000 años A. C., que es la edad de la erupción volcánica del Xictli que formó el estrato, en el que encontramos este material arqueológico.

El estrato es de arena pura, probablemente volcánica, depositada por agua.

La profundidad a que se encuentra el estrato no es constante, desde 3 m. 12 a 3.30 metros y más.

El tipo es de factura rudimentaria, cara ancha, cabeza ancha, los ojos indistintamente horizontales u oblicuos. No es autóctono; existe en casi todos los Estados de la República (Estudios de Plancarte, Nutall y Mena), bien caracterizado en Michoacán. Tuvo dos etapas definidas: la del barro cocido áspero y la del barro bruñido, perteneciendo a ésta el tipo de Michoacán (tarasco), y la cerámica de la Cima, que ha sido encontrada a 7 y más metros, también en Tlalpan, entre sedimentarios volcánicos (tepetate). (Cornyn y Rodríguez.)

El tipo fué peregrinante, y lo comprobamos en Brasil, Perú, Argentina; es el mismo recogido bajo el Pedregal de San Angel, D. F.

Siendo primeros en estudiarlo nosotros, y no satisfaciendo, por las razones que se exponen antes, los nombres que aplicaron Boaz, Seler, Gamio y Mena a este mismo tipo, aun cuando sin determinar su estrato ni su edad, creemos tener derecho a imponerle un nombre, el que tomamos a la lengua nahuatl, con acuerdo del profesor de ese idioma en el Museo Nacional de Arqueología, y así, lo denominamos: *To-achtopayotlaca;* es decir: *"nuestra primera gente,"* pues no se encuentra otra antes.

(3). Inmediato, arriba, otro estrato muy arenoso y con cenizas de madera, a una profundidad de 2.50, 3 y 3.15 metros, con una edad de 500 años A. C., y en el que aparece un tipo arqueológico característicamente mongol, por fisonomía, indumentaria y gráfica, identificados a nuestra solicitud, y del explorador Wm. Niven, quien desde 1895 venía fijando este tipo en el Estado de Guerrero, identificado, decimos, por el señor Secretario de la Legación de China en México. (Entrevista Mena-Tao. Abril, 1921.)

Procede de inmigraciones chinas por el Pacífico, acerca de las que hay literatura en el Celeste Imperio (hoy república.)

Con igual derecho que el anterior, y con aprobación del señor Niven, denominamos al tipo de este estrato: *Mongoloide,* asignando a su inmigración probable 2,500 a 2,000 años A. C.

(4). Siempre hacia arriba, a la profundidad de 1.15 a 2.50

metros, existe el estrato más interesante: arenoso, estratos de pómez sedimentarios (semejan bandas de cal); fragmentos de argamasa (tezoquitl) de muros y pisos, algunas veces pintada. Depósitos de cenizas de madera y fragmentos de adobes de pisos y muros.

El material arqueológico recogido es en realidad sorprendente, por lo finamente manufacturado, por la belleza del tipo antropológico, caras proporcionadas en sus diámetros, simétricas, ojos horizontales; tocados fastuosos, indumentaria completa; vasos elegantes y finos; uso de pintaderas; deidades y objetos rituales abundantísimos; altares de formas arquitectónicas definidas y decoraciones estilizadas, todo como lo encontrado en las construcciones de Teotihuacán; fueron los hacedores de este material, quienes indudablemente, en diversas etapas, edificaron las Pirámides de Teotihuacán, los diversos templos y casas y la llamada *"Ciudadela."* La edad del estrato es de 2,500 a 3,000 años, y fijamos sus inmigraciones de 2,000 a 1,500 años A. C.

Los denominamos con la palabra nahuatl *"Tlachichique,"* significando los hacedores (de todo, subentendido, Arquitectura, Escultura, Pintura decorativa, etc.).

A ellos corresponde cuanto ha venido apellidándose *"Tolteca,"* palabra erróneamente vertida, según se verá adelante.

(5). Una invasión de gente del Pacífico, venida por el N. entre las tribus nahuatlacas, destruyó la civilización tlachichique, prolongada hasta 800 de J. C.

Esta gente fué la *Chichimeca,* palabra que impropiamente ha sido tomada por bárbaro, tartamudo, de otra lengua, othomí, etc.

Nada de eso; significa: *"Perros bravos"* (Chichime), pues como tales se lanzaron sobre los pacíficos y laboriosos *"tlachichique."*

El tipo antropológico es de caras largas, estrechas, tatuadas o pintadas, gran estatura, muy guerreros; el tipo que persistió hasta los aztecas (?) encuentra todavía representantes en Nueva Zelandia, en la tribu *Maori.*

No todos los tlachichique acabaron; huyeron hacia Guerrero, Morelos, Puebla y tal vez al Sur; por eso existen ahí sus manifestaciones: Xochicalco, Xochipalla, Malinaltepec, Xiuhtetelco.

Algunos Chichime se fusionaron con *acolhúas* (nahuas) de Texcoco y Tlaxcala, engendrando el primer mestizaje, después llamado teochichimecas, y que recientemente hemos llamado *nahua-othomí.*

El estrato chichimeca es arenoso y de tierra vegetal, de 0 m. a ½ y 1 m. de profundidad, y es estéril arqueológicamente.

Poco antes a 1 m. 15 hay un estrato estéril, de pómez y grava, depositado por corrientes de una edad de 800 años A. C.

(6). Siguen las inmigraciones nahuas del N. hasta llegar a la *azteca,* (atlateca), cuyo estrato es de tierra vegetal, superficial, y

le fijamos de inmigración 1,200 J. C. a 1,521 de su destrucción por la Conquista Castellana.

(7). A cinco tipos, pues, reducimos la estratigrafía geo-arqueológica del Valle de México: *To-achtopayotlaca, Mongoloide, Tlachichique, Chichimeca* y *Nahua*, conciliando, hasta donde es permitido, con las enseñanzas antiguas.

(8). Hemos abandonado, por improcedentes, las denominaciones: *Pre-azteca, Tolteca, Tepaneca, Teotihuacana, Azteca, Tipo de los Cerros, Tipo de Montaña, Arcaica, Primitiva, Pedregalense, Prepedregalense y Subpedregalense.*

Hemos buscado la verdad por el método experimental, que es el guía seguro en las respectivas ramas de las Ciencias Naturales a que nos dedicamos.

Si hemos acertado, justo y necesario es extender las exploraciones "Hyde-Mena" a toda la República, acaso a todo el Continente, y revisar todas nuestras obras de Arqueología y de Historia.

Si estamos en el error, serenos esperamos la crítica proveniente del estudio experimental, y discutiremos con razones y con hechos.

Asunto nuevo, que sale de los viejos moldes, abandonando buena parte de la tradición, los prejuicios y la socorrida obra de la imaginación, ha de tener contradictores y críticos; ello nos anima de antemano, ello indicará que tocamos la solución de un problema definitivo, de alta trascendencia, cuya discusión técnica y experimental esperamos desde luego.

Nuestro especial reconocimiento a las respetables instituciones "Instituto Geológico" y "Museo Nacional de Arqueología," que se sirvieron patrocinar esta conferencia, y las cumplidas expresiones de gratitud al escogido auditorio que nos ha honrado con su atención. (*)

(*) Conferencia dada en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología la noche del 27 de diciembre de 1921 y patrocinada por dicho Museo y por el Instituto Geológico.

Diversos Temas

UN MAESTRO

POR EUGENIO D'ORS.

I

Los ojos de nuestros hijos son nuestros jueces. Las preguntas de nuestros hijos son nuestra eterna licenciatura, por no decir nuestras oposiciones interminables. Julio César Borgese, el ilustre crítico italiano, me contaba un día de los problemas que le presentaba su primogénito:

—Papá—le preguntaba una vez,—¿por qué el gas arde hacia arriba y la electricidad hacia abajo?

O bien, en otra ocasión:

—Papá, ¿por qué le han puesto al Rey el nombre de una plaza?.....

En tales momentos la pregunta resulta disparatada; pero no por ello la respuesta menos embarazosa.

Ninguna crítica tan segura y rápida sobre maestros y educadores que la de sus discípulos, desde el primer día. Unos muchachos están sentados en un banco; un desconocido profesor se presenta ante ellos y les habla. A la hora de lección, aquéllos ya le han tomado, y para siempre, la medida. Una medida que, por encima de los engaños, de las ilusiones y de las farsas del momento, por encima de títulos y de gacetillas, y de jerarquías oficiales, y de tablas de valores de uso, incluso por encima de las sugestiones más apremiantes del medio, coincidirá muy probablemente con la medida de la justiciera posteridad.

¡Ay del maestro, ay del superior en general que cae o decae ante los ojos de sus alumnos, aún mozos, aún niños! Estos, en la mayor parte de los casos, no sabrán justificar su dictamen. No importa; no por ello será menos seguro; no por ello se volverán más posibles apelación y revisión.

Los ojos no fatigados son nuestros jueces. Su sentencia ni siquiera tiene necesidad de formularse en palabras. La leemos, inevitablemente, para nuestra satisfacción o nuestro despecho, para suprema justificación o definitivo desengaño.

En el jardín de las miradas es donde más frescamente se respira aquel perfume exquisito que se llama el respeto.

II

Hemos conocido a un maestro que con sus discípulos, que fueron niños primero, luego adolescentes y señoritas, no sólo trabajó confraternalmente, sino que jugó y rió en la más alegre y despreocupada libertad.

Les contó las historias de mayor gracia o maravillas; pescó con ellos peces o ranas; anduvo por playas o montes; comió manjares, mondó espinas, sesteó al regalo de las fuentes o durmió de noche, junto al mar, al cobijo precario de una barca o de una vela. Y reveló dudas y confesó ignorancias y no temió de introducir a los otros en el misterio público del propio trabajo. Y no supo de teatralidades ni tampoco demasiado de disciplina.

Sin embargo, aquel perfume del respeto acompañó cada una de sus lecciones. Y toda su vida fué una lección.

III

La lección fué impecablemente, infatigablemente, la de la aristocracia de la conducta. Este maestro fué un caballero. No damos aquí a la palabra el sentido ordinario con que cien veces cada noche puede oirse empleada, por ejemplo, en una Cámara parlamentaria o en un círculo de recreo. En una asamblea hemos oído decir de un asambleísta: "¡Si lo que se afirma de él fuese cierto, a puntapiés le sacaríamos de aquí!" Todos los que decían esto sabían que era cierto lo que de aquel caballero se decía.

Pero a nuestro maestro le llamamos caballero en otro sentido. Un sentido a la vez muy medioeval y muy siglo XX. La esencia eterna de cualquiera caballeresca superioridad estriba en la máxima autoexigencia, en las dificultades de la conducta.

No velamos caballerescamente por lo que hacemos, sino por lo que sacrificamos. El Cellini, gran productor, gran creador, no fué en su vida un caballero. O, mejor, lo fué en un instante nada más, en el instante, más o menos legendario, de arrojar al fuego las joyas.

LA EDAD DE LA TIERRA

POR CARLOS R. GIBSON.

Los radiogramas que recibe el espectroscopio procedentes del mundo exterior, no nos facilitan, sin embargo, ninguna información directa sobre la antigüedad del Universo. No hay que juzgar de la edad relativa de los astros por sus temperaturas respectivas, de igual modo que sería desacertado juzgar de la edad de los hombres por sus estaturas. A medida que un hombre pasa de la infancia a la edad viril, su altura aumenta; pero un joven que mide un metro y medio no es necesariamente mayor que otro que sólo mida un metro y cuarto. No obstante, cuando nos dicen que adivinemos la edad de un muchacho, y aun más particularmente, cuando nos preguntan cuál es el mayor de dos chiquillos, basamos principalmente nuestra respuesta en los datos que nos proporciona el factor altura. Del mismo modo, aunque renunciando de antemano a toda idea de una ley de uniformidad, hemos de contentarnos con una comparación general de los astros por sus temperaturas respectivas.

Pero todos los astros se encuentran hoy en el mismo estado en que se hallaban cuando el hombre los observó por primera vez con alguna detención. Nadie ha presenciado un cambio de condición en un astro. Suponer que un insecto, cuya vida sea de un solo día, está provisto de una inteligencia razonable. Si considera a los hombres en general, verá seres humanos de diferentes tamaños y deducirá que los más chicos irán creciendo gradualmente hasta alcanzar las dimensiones de los mayores; verá un máximo y un mínimo; mas no presenciará cambio alguno durante su brevísima existencia, de modo que no podrá formarse una idea de la mayor o menor rapidez con que crecen los hombres. Es del todo evidente que no podemos formarnos una idea de la antigüedad del Universo mediante la observación directa.

Pero como el hombre ocupa un planeta, del que supone que ha recorrido todas las diferentes condiciones que ve en los demás astros, el medio más sencillo que se le ofrece es examinar lo interior de su propio planeta y procurar leer su historia con el auxilio de la geología.

No es probable que el hombre pueda llegar hasta muy hondo en lo interior de la Tierra; pero hay, en algunas montañas de varias partes del mundo, grandes fallas, en las que pueden verse las diferentes capas o depósitos de terreno. De este modo ha podido el hombre leer las páginas anteriores de la historia antigua de la Tierra.

Por las excavaciones realizadas en Egipto vemos que vivían allí, hace por lo menos cuatro mil años, hombres y mujeres muy parecidos a nosotros. A juzgar por un pequeño detalle que salió a la luz en una excavación reciente, se verá lo parecidos que debían ser, a los de hoy, los jóvenes de hace miles de años. He oído referir a uno de los que tomaron parte en las excavaciones, que encontraron grabada, en un muro, una inscripción poco corriente, la cual, puesta en castellano, decía: "Julia, mi Julia es un tocinito." Hay que suponer que en aquellos tiempos la palabra tocino sería un término cariñoso. Recuerdo otro detalle igualmente trivial, que refirió la misma autoridad. Era el epitafio que mandó poner un marido sobre la tumba de su mujer, y decía así, con patético laconismo: "No cometió otra falta que la de dejarme."

Vemos, por lo tanto, que, en cuatro mil años, el hombre ha cambiado muy poco, y es evidente que el tiempo necesario para que evolucionara la vida desde los mas sencillos organismos hasta el complicadísimo del hombre, no puede calcularse, de un modo razonable, ni aun por miles de años. No nos sorprenderá, pues, el saber que lord Kelvin calculó la edad de la Tierra, como planeta habitable, en unos veinte millones de años. Basáronse sus cálculos en la condición física de la Tierra, en su temperatura interna. Según esto, consideró que habían sido menester veinte millones de años para que se enfriara la Tierra y pasara de ser una esfera en fusión a su temperatura presente.

Desde que se descubrió el radio, el cual emite constantemente calor, se ha indicado la posibilidad de que las substancias radioactivas contribuyeran a mantener el calor de la Tierra por un período de tiempo más largo que si ellas no existieran, y lo mismo se ha sugerido con referencia a la vida del Sol. Pero es evidente que lord Kelvin no concedió importancia a estas suposiciones. En una carta que escribió en 1906, y que publicó más adelante el "British Weekly," expresó lord Kelvin la que se considera su última afirmación en este punto. Hablando de la Tierra y del Sol, decía: "Parece casi seguramente improbable que el radio contribuya prácticamente a su energía por la emisión de luz y calor." Debo hacer constar, no obstante, que algunos sabios eminentes contemporáneos consideran muy razonable aquella suposición.

Un aficionado podrá juzgar la edad de un caballo ya crecido por su aspecto o por su actividad; pero un tratante conocerá la edad del animal por su dentadura, dentro de ciertos límites. Pode-

mos contar los años de un árbol por la serie de círculos de su tronco, y también se calcula la edad de algunos peces por ciertas señales de sus escamas. Hay varios procedimientos para calcular la edad de la Tierra; pero antes de considerarlos será conveniente tener una noción de las ideas científicas actuales acerca de la evolución de este planeta, desde su condición de una esfera incandescente hasta su estado actual. Hace muchísimo tiempo, la Tierra era una masa incandescente que giraba sobre su eje con una rapidez enorme y estaba rodeada por una densísima atmósfera de vapor de agua. Consideramos que la acción del Sol producía mareas enormes en la envoltura exterior de esta esfera incandescente. Una ola monstruosa alcanzó una altura tan considerable que se desprendió de la masa principal, con lo que vino a formarse nuestra Luna. Según sir George Darwin, este gran acontecimiento ocurrió hará unos cincuenta y seis millones de años.

A medida que se enfrió el planeta, el vapor de agua volvióse líquido, y se formaron los mares en los huecos de la superficie de la Tierra, superficie que se había vuelto irregular bajo la presión enorme de la atmósfera acuosa, presión que ascendía probablemente a unos trescientos cincuenta kilogramos por centímetro cuadrado. Enfrióse después el agua hirviendo del océano y formáronse depósitos sedimentarios. La presencia de estos depósitos en la corteza terrestre es lo que constituye para el geólogo el libro de la historia antigua.

Al principio, impresionados los geólogos por el tiempo verdaderamente enorme que se requirió para formar estos depósitos acumulados, declararon que la edad de la Tierra sólo podía contarse por "eternidades." Algunos geólogos contemporáneos no se contentan con menos de algunos miles de millones de años para expresar el tiempo que necesitó la Tierra para solidificarse y alcanzar su condición presente.

Será interesante referir un método para determinar el tiempo transcurrido desde la formación de los mares. El océano, como se formó del vapor de agua de la atmósfera, era originariamente de agua dulce, y no se volvió salado sino de un modo gradual, con el sodio que fueron aportando los ríos. El profesor Joly, de Dublín, calculó la cantidad de sodio que contiene el agua de mar, así como la cantidad de sodio que arrastran anualmente todos los ríos. Este último cálculo dió por resultado unos ciento sesenta millones de toneladas de sodio al año, mientras que la cantidad de sodio contenida en el océano resultó ser, por lo menos, noventa millones de veces mayor. Por consiguiente, el profesor Joly afirmó que el océano ha necesitado noventa millones de años para alcanzar su estado presente de salinidad.

Se observará que los cálculos del profesor Joly superan a los mínimos de lord Kelvin, que eran de veinte millones de años: pero

hubo un tiempo en que los cálculos de lord Kelvin se elevaron nada menos que a cuatrocientos millones de años; sin embargo, últimamente se inclinó hacia la cifra más baja. La edad calculada por sir George Darwin para la Luna está entre el mínimo de lord Kelvin y los cálculos de Joly. Vemos que los hombres de ciencia contemporáneos no están conformes, ni mucho menos, en el tiempo transcurrido desde que se solidificó nuestro planeta; pero que sí están acordes en considerar que este tiempo sólo puede medirse por millones de años. Si admitimos que han sido necesarios varios millones de años para que se enfriara nuestro planeta desde una temperatura de cinco mil grados, ¿qué diremos, entonces, del tiempo requerido para enfriarse desde treinta mil grados, cuando nuestro planeta era uno de los astros de mayor temperatura?

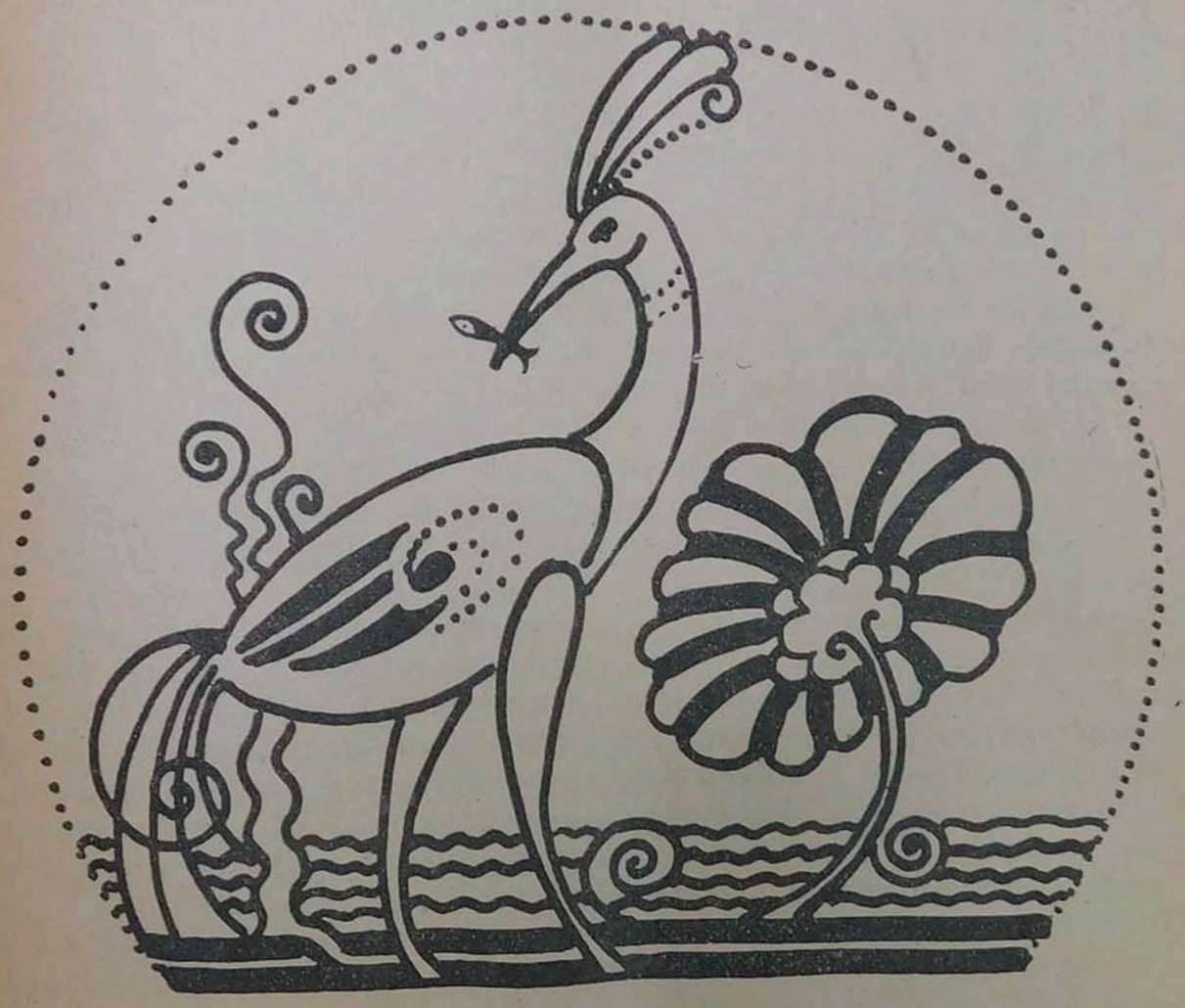
Una sola cosa es evidente, y es que este planeta tuvo un principio, y que forzosamente ha de tener un fin. Consideramos que la Tierra tiene una vida definida, desde el momento en que ella y los otros miembros del sistema solar se desprendieron de la gran nebulosa que en un principio ocupaba el espacio de este sistema. Podemos comprender que todos los cuerpos celestes han tenido un principio y han de tener un fin, y que los mismos átomos de materia también tuvieron principio y han de tener un fin; pero ¿y los electrones de que están compuestos los átomos? ¿Acaso son eternos y no cambiarán nunca? ¿No tendrán igualmente los electrones una estructura tan complicada como la de los átomos? Aquí tiene cabida otra vez la teoría de Mendeleeff, que considera que el éter está compuesto de partículas; los electrones serían sistemas de partículas giratorias de éter. No es de extrañar que vacile la inteligencia humana ante la grandiosidad del Universo conocido, por una parte, y ante la infinita pequeñez de algunas cosas, por otra.

No dudamos de la evolución del hombre, aunque quisiéramos modificar la teoría de Darwin. ¿Tendremos que aceptar igualmente la teoría de la evolución de la materia? El abismo que separaba los cuerpos vivos de la materia desprovista de vida ya no es tan ancho como antes; la verdadera diferencia debe consistir en algo parecido a la diferencia entre un cuerpo electrizado y otro sin electrizar. Pero creemos que la vida es algo distinto de la materia y la energía; en el cuerpo vivo hay algo que no está presente en un cuerpo muerto.

Admitir la teoría de la evolución, no significa que las cosas sean como son a causa de una fuerza ciega puramente mecánica. A este propósito hizo lord Kelvin algunas afirmaciones muy interesantes en una conferencia que dió hace algunos años. "Es imposible concebir—dijo—ni el principio ni la continuación de la vida sin un poder creador y legislador.... Estoy profundamente convencido de que en las recientes especulaciones zoológicas no se ha tenido bastante en cuenta la existencia de un plan preconcebido.

L A E D A D D E L A T I E R R A

Nos rodean pruebas abrumadoras de un plan inteligente y benevolente....; ellas nos muestran, a través de la Naturaleza, la influencia de un pensamiento libre, y nos enseñan que todos los seres vivos dependan de un Creador y Legislador eterno.



¿QUE ES LA GRAVITACION?

POR CARLOS R. GIBSON.

EL nombre de sir Isaac Newton está tan íntimamente relacionado con la gravitación, que casi todo el mundo abunda en la idea de que Newton fué el primero en observar esta fuerza, o, mejor, en descubrirla. No hay que decir que tal afirmación está desprovista de buen sentido. Los hombres no podían dejar de observar una fuerza que desempeña un papel tan importante en nuestra vida ordinaria, y en tiempo de Newton esta fuerza tenía su nombre distintivo, lo mismo que hoy. Antes de Newton, otros filósofos hicieron profundos estudios sobre la naturaleza de la gravitación; pero fué Newton quien descubrió sus leyes y las aplicó al Universo entero.

Con anterioridad a Newton, otros indicaron que el Sol atrae a la Tierra y a los demás planetas; pero fué Newton quien demostró que la fuerza de atracción es la misma fuerza de la gravedad que vemos actuar constantemente a nuestro alrededor en la superficie de este planeta.

Recuerdo que, cuando muchacho, era miembro de una sociedad de chicos de mi edad. Un día, uno de los miembros leyó un ensayo sobre "El descubrimiento de la gravitación, por Newton," en que desempeñaba un papel muy principal la manzana cayendo del árbol. Cuando supe posteriormente que Newton no descubrió la gravitación, la historia de la manzana perdió para mí todo su interés. No han faltado en estos últimos años. autores que consideran esta anécdota como un mito; pero será interesante consignar que garantiza su autenticidad una autoridad tan grande como Voltaire, a quien le confirmó el sucedido una sobrina de Newton, la cual vivió con aquel sabio ilustre. Más aún: el manzano se mantuvo en pie durante un siglo y medio, y se le conocía a principios del siglo pasado, hasta que lo desarraigó un vendaval, en 1820.

Para apreciar la anécdota de la manzana hemos de recordar que, hasta aquella fecha (1665), a nadie le había ocurrido relacionar la fuerza que atrae los planetas hacia el Sol y la conocida con el nombre de gravitación. Esta se consideraba como una fuerza local que sólo actuaba en la superficie de la Tierra. La idea de que esta fuerza pudiera extenderse por el espacio a millones de kilóme-

tros hubiese parecido completamente absurda. Los filósofos habían provisto a los planetas de éteres para que nadaran en ellos alrededor del Sol.

Indudablemente que preocupó repetidas veces a Newton la naturaleza de la fuerza que había descubierto, existente entre el Sol y los planetas. Es muy probable que estuviera pensando en este problema a la sazón, que contaba veintitrés años, y se hallaba sentado en el huerto de su casa. Aconteció en esto que cayó una manzana de un árbol, y aunque, naturalmente, Newton había visto caer manzanas otras veces, fué el caso que le ocurrió de pronto pensar que podía muy bien ser aquella misma fuerza la que atrae la Luna hacia nosotros y mantiene invariable su curso alrededor de la Tierra. Ni corto ni perezoso, calculó en seguida si podía o no atribuirse a la fuerza de la gravitación la atracción que ejerce nuestro planeta sobre la Luna. Y fué grande su desencanto cuando las cifras le demostraron que la fuerza de la gravitación no era suficiente para determinar la caída de la Luna, o espacio recorrido por ésta en un segundo en dirección a la Tierra. En vez de cinco metros escasos por segundo, el resultado fué sólo de algo más de cuatro metros. Newton era un gran matemático y sus cálculos eran exactos; de modo que hubo de renunciar a la idea de que la fuerza atractiva fuera la de la gravedad. Tanto es así, que guardó sus cálculos y no habló entonces de ellos a nadie.

Sin embargo, Newton, convencido de que su antigua idea era buena, volvió a considerar esa materia dieciséis años más tarde. Había oído decir que Picard, un sabio parisién, había medido nuevamente, y con toda exactitud, la Tierra, y que se desprendía de sus cálculos que ésta era mucho más grande de lo que indicaban otros cálculos anteriores. Esto, naturalmente, alteraba los cálculos antiguos de Newton. Si la Tierra era mayor, su fuerza atractiva sería mayor también, y, por lo tanto, la caída de la Luna sería de algunos decímetros más por segundo. Newton repitió en seguida sus cálculos con los nuevos datos y pronto vió que esta vez las cifras resultaban exactas. Comprendió desde el primer momento toda la importancia de su descubrimiento, y estaba tan excitado que no pudo completar los cálculos por sí mismo. Por fin resultaba ser cierta su teoría. Aquel hombre sólo había descubierto el plan del Creador en el Universo: la gravitación ordinaria rige la atracción de todos los cuerpos celestes. Nunca estimaremos en demasía la gran importancia del descubrimiento de Newton.

El sabio inglés trabajó tan completamente la parte matemática de esta materia, que no dejó ningún problema para que lo resolvieran las generaciones futuras, excepto el de descubrir la naturaleza de esta fuerza; pero han pasado más de dos siglos, y nadie ha podido descifrar el misterio.

Nuestra dificultad en resolver el problema tan discutido de la

naturaleza de la gravitación no es debida ciertamente a falta de experiencia. No hay fuerza que se manifieste con mayor frecuencia en nuestra vida ordinaria. La parte matemática de esta materia está completa, tanto que la gente ignora enteramente la necesidad de un medio. Pero, aunque la perfección de las leyes de la gravitación haya conducido a los hombres a darse por satisfechos con la idea de la acción a distancia, debe tenerse siempre presente que el mismo Newton consideraba esta idea tan absurda, que decía: "No creo que exista hombre con facultad de pensar, con competencia en materias filosóficas, que pueda caer en semejante error."

Newton trató de formular una teoría física de la acción de la gravitación, y sugirió la idea de un medio que actuara sobre los cuerpos con presiones diferenciales. Posteriormente se han propuesto otras muchas teorías. Algunos supusieron que el espacio está lleno de partículas diminutas, que se mueven rápidamente en todos sentido y ejercen presión sobre los cuerpos mediante un continuo bombardeo. Dos cuerpos se protegen el uno al otro de esta presión por los lados que están frente a frente, de modo que la presión que se ejerce por los lados exteriores impulsa a ambos cuerpos el uno contra el otro. Pero pronto los matemáticos pudieron demostrar, con sus cálculos, que esta idea era equivocada. Propusieron otras muchas teorías, basadas en el concepto de un medio corpuscular. Otros procuraron explicar la fuerza de la gravitación como debida a vibraciones del éter; mas también hay objeciones fatales para esta teoría. Sin embargo, comprendemos que el medio es el éter, que todo lo penetra, aunque nadie pueda indicar la naturaleza de la tensión que en él se produce. Lanzamos una piedra en dirección contraria a la Tierra, y ambos cuerpos reaccionan el uno sobre el otro.

Antes de formularse la teoría electrónica de la materia, indicóse que, si la materia consistía en un enrarecimiento del éter, habría una afluencia de éter hacia este vacío parcial. La afluencia entre dos cavidades parciales sería menor en el espacio entre ellas, de modo que ambos cuerpos serían impulsados el uno contra el otro. Si los electrones resultaran ser éter enrarecido, entonces sí que podría desarrollarse esta idea en una teoría razonable.

Suponed por un momento que podamos imaginar que los electrones giratorios producen, dentro del átomo, como un vacío etéreo. Cuantos más electrones hubiera, mayor sería el vacío y, por consiguiente, sería mayor la tensión que impulsaría a las masas de materia a juntarse. Requiérense aparatos muy sensibles para que se ponga de manifiesto la atracción entre dos porciones cualesquiera de materia, tan grande es la atracción que ejerce la Tierra sobre ellas. Verdaderamente la fuerza de la gravedad es muy pequeña; si la observamos, débese únicamente a la masa gigantesca de nues-

tro planeta. La atracción eléctrica es millones de veces más enérgica que la gravitación.

Cualquiera que resulte ser la naturaleza de la gravitación, hay pruebas más que suficientes para ver que es constante. No la afecta en lo más mínimo cualquiera alteración que podamos efectuar en la condición de los átomos o de sus electrones. Pero tampoco podemos afectar el cuerpo principal de electrones giratorios que componen el átomo; éstos son constantes. Por consiguiente, hemos de buscar una teoría que relacione estos electrones giratorios con el éter y explique la producción de una tensión constante dondequiera que exista la materia. Y, aunque han pasado más de dos siglos que Newton dió al mundo el fruto espléndido de su trabajo, todavía seguimos esperando que se descubra la naturaleza de la gravitación.

Pero la gravitación no es única en este concepto. Lord Kelvin, al término de una larga vida consagrada por completo a la ciencia, dijo: "Si pudiéramos obtener tan sólo el más pequeño indicio de cómo un pedacito de papel salta hacia un lacre frotado o un fragmento de hierro hacia una piedra imán, podríamos darnos por muy satisfechos y conformarnos de momento con no preguntar más del éter, ni aun de la gravitación."

LA MUERTE Y LA VIDA

POR MANUEL GONZALEZ PRADA.

HAY gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir y otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que se escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe si la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, un sueño invencible; en seguida, un frío polar, y, por último, algo que se evapora en el cerebro y algo que se marmoliza en el resto del organismo.

No pasa de ilusión poética o recurso teológico el encarecer la belleza y majestad del cadáver. ¿Quién concibe a Romeo encontrando a Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores y miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ven ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de coger una espada, labios que parecen concluir una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que, según Bossuet, no tiene nombre en idioma alguno, resume, para el vulgo, lo más tremendo y espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imaginan, no sólo muertos, sino muriendo a pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio; cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, y al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus más eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conservamos nuestra personalidad o somos absorbidos por el Todo, como una gota por el Océano? Renacemos en la Tierra o vamos a los astros para seguir una serie planetaria y estelaria de nuevas y variadas existencias? Nada sabemos; céntuple muralla de granito separa la

vida de la muerte, y hace siglos de siglos que los hombres quere-
mos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir: "esto cabe
en lo posible," "esto no cabe," llega al colmo de la presunción o
locura. Filosofía y Religión declaman y anatematizan; pero de-
clamaciones y anatemas nada prueban. ¿Dónde los hechos?

Entonces ¿qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en
ese abismo que hacía temblar a Turenne y horripilarse a Pascal?
Ninguna, para no resultar engañados o gozar con la sorpresa si
hay algo. La Naturaleza, que sabe crear flores para ser comidas
por gusanos, y planetas para ser destruídos en una explosión, pue-
de crear humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿A quién
acogernos? A nadie. Desmenuzadas todas las creencias tradicio-
nales, quedan de pie dos problemas, dos magnas cuestiones que
todavía no han obtenido una prueba científica ni una refutación
lógica: la inmortalidad del alma y la existencia de un "Dios dis-
tinto y personal, de un Dios ausente del Universo," como decía
Hegel. Hasta hoy, ¿a qué se reducen Dios y el alma? A dos enti-
dades hipotéticas, imaginadas para explicar el origen de las cosas
y las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufragio de la tumba, nada nos autoriza
para inferir que arribemos a playas más hospitalarias que la Tie-
rra. Quizás no tengamos derecho de jactarnos, con el estoico, de
"poseer en la muerte un bien que el mundo no puede arrebatar-
nos" porque no sabemos si la puerta del sepulcro nos conduce al
salón de un festín o a la caverna de unos bandoleros. Acaso tuvo
razón Aquiles cuando, entre las sombras del Erebo, respondió a
Ulises con estas melancólicas palabras: "No intentes consolarme
de la muerte; preferiría cultivar la tierra al servicio de un hombre
pobre y sin recursos, a reinar entre todas las sombras de los que
ya no existen."

En el miedo a la muerte ¿hay un simple ardid de la Natura-
leza para encadenarnos a la vida, o un presentimiento de venide-
ros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células
del organismo parece que sintieran el horror de morir y tiemblan
como soldados al entrar en batalla.

En la tierra no se realizan esclarecimientos de derechos, sino
concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ven
apoteosis de justos, sino eliminaciones del débil: pero nosotros
aplazamos el desenlace del drama terrestre para darle un fin mo-
ral. Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones,
extendiendo a todo lo creado nuestra concepción puramente hu-
mana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga
hoy males, nos reserva, para mañana, bienes; abrimos con ella una
cuenta corriente, pensamos tener un debe y un haber. Toda doc-
trina de penas y recompensas se funda en la aplicación de la Te-
neduría de Libros a la Moral.

La Naturaleza no aparece justa ni injusta, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción; divinidad en interminable alumbramiento; madre toda seno y nada corazón; crea, y crea para destruir, y volver a crear y volver a destruir. En un soplo desbarata la obra de mil y mil años; no ahorra siglos ni vida, porque cuenta con dos cosas inagotables: el tiempo y la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio como la desaparición de un astro, y rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente a una hormiga.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la tierra, ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro y revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia, porque sus súbditos varíen de habitación o cambien de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del Universo, no escaparemos a leyes inviolables y eternas.

Amilana y aterra considerar a qué parajes, a qué trasformaciones puede conducirnos el torbellino de la vida. Nacer, parecer entrar en una danza macabra para nunca salir; caer en un vertiginoso torbellino para girar eternamente sin saber cómo ni por qué.

¿Hay algo más desolado que nuestra suerte, más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultado; morimos cuando no lo queremos; vamos donde tal vez no desearíamos ir. Años de años peregrinamos en un desierto: y el día que fijamos tienda, y abrimos una cisterna, y sembramos una palma y nos apercibimos a descansar, asoma la muerte ¿Queremos vivir? ¡Pues la muerte!' ¿Queremos morir? ¡Pues la vida! ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del Globo y el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña; cuando el corazón se retuerce en nuestro pecho, como tigre vencido pero no domesticado; cuando el último átomo de nuestro sér experimenta el odio y la náusea de la existencia; cuando nos mordemos la lengua para detener la explosión de una estúpida blasfemia, ¿por qué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término. Mirabeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir y fatigados de pensar, nos desconsola-

mos con la perspectiva de una actividad eterna, y envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces experimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, y anhelamos existir como esencia impalpable y ascendente, para viajar de mundo en mundo, viéndolo todo, escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nirvana y, de cuando en cuando, recuperar la consciencia por un solo instante para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿a qué amilanarse? Venga lo que viniere, el miedo, como los sulfataras de Nápoles, puede asfixiar a los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no a los seres que levantan la cabeza unos palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxime, salgamos a su encuentro y muramos de pie como el emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes y furiosos; extendamos las manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau: "que nuestro último dolor sea nuestra última curiosidad."

Hay modos y modos de morir; unos salen de la vida como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros se van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuleó sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones y lanzarse a lo Desconcido, como sin papeles ni bandera el pirata se lanza a las inmensidades del mar.

Nosotros nos figuramos al Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos o fantasea nuestra imaginación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿Qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas y la unidad material del Universo; y ¡quién sabe si nos encontramos en el caso de espectador iluso que toma por escenario y actores las simples figuras del telón!

Extendemos brazos de pigmeo para coger y abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo y una inmensidad de espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación y el experimento derriban todos nuestros sistemas y todas nuestras religiones, como el mar desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño. Todas las generaciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras y guarda, eternamente, su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plan-

tas y la membrana de los animales? ¿Qué diferencia media entre savia y sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres o algún día quedará desposeído de su actual supremacía? Cuando nacemos, ¿surgimos de la nada o sólo realizamos una metempsicosis? ¿A qué venimos a la Tierra?... Todos lo creeríamos un sueño si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos y víctimas. Vivir significa matar a otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miriadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable y omnívoro, hace del Universo un festín de cien manjares; mas no creamos en la resignación inerme de todo lo creado; el mineral y la planta esconden sus venenos; el animal posee sus garras y sus dientes. El microbio carcome y destruye al organismo del hombre; lo más humilde abate a lo más soberbio.

¿Para qué este hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca la agonía de un hombre ¿cuántas lágrimas se derraman en un solo día? ¿Cuántas se han derramado desde que la Humanidad existe? Los nacidos superan a los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un reciennacido; ese frágil ente que dormita con los ojos abiertos, como si no hubiera concluído de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reírse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la mujer que alumbra se realiza un duelo entre el sér estúpido y egoísta que pugna por nacer y la persona inteligente y abnegada que batalla por dar a otro la vida.

¿Por qué hay un Sol hermoso para alumbrar escenas tristes? Cuando se ve sonreír a los niños; cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola para darse el gusto de escupirla, ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hay horas de solidarismo generoso en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos y aves, plantas y lagos, nubes y piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan los globos del firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos, que en sus leyes prescribían "no matar animales," y concebimos la exquisita sensibilidad de los antiguos arianos, que en sus oraciones

a Indra le imploraban que hiciera descender bendición y felicidad sobre los entes animados y las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre; como ala gigantesca se extiende para cobijar todo el Universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hay hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba o el duho-upas de Java. El mérito engendra la envidia, el beneficio produce la ingratitud, el bien acarrea el mal. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo y recogemos malas hierbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas, son impuras como el lodo de los caminos o ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué origina la perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno y sufrido? Toda carne desgarrada se rebela contra Cielo y Tierra.

Si el hombre sufre una crucifixión, ¿se eximen de padecer el animal, la planta y la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras caprichosas diferencias de materia inanimada y animada, de seres inorgánicos y orgánicos? El gran paquidermo y el arador, el cedro del Líbano y el liquen de Islanda, el bloque de la cordillera y la arenilla del mar, todos "son nuestros compañeros en la vida," nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían a los astros unos animales gigantescos. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba, ¿no será el gemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del firmamento? Quien dijo existencia, dijo dolor; y la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo a la nada.

En este martirologio infinito no hay ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales. Mas el Universo ¿es actor, cómplice, verdugo, víctima, o sólo instrumento y escenario del mal? ¡Quién lo sabe! ¡Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del horror universal y eterno alguien goza y se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego y convertidos en luminarias.

Mas ¿qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno y de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refugio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión no es sólo inútil, sino ridícula, con la vida nos toca la acción, la lucha. No vegetemos, ocupados únicamente en sacar tierra de nuestra fosa, ni nos petrifiquemos en la inmovilidad hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la humanidad? De que hasta hoy no hayamos resuelto el problema de la vida, ¿se deduce que no le resolveremos un día? Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna, y ya vivimos

en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos levan- tan a regiones de serenidad y de luz. El animal batallador y car- nicero produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz antes con dor- mir, comer y procrear, escribe "La Ilíada," erige el Partenón y mide el curso de los astros.

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra noche, ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ni- gún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos y las fieras; lo que fuimos, somos, nos lo debe- mos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos tam- bién. Para marchar no necesitamos ver arriba, sino adelante.

No pedimos la existencia; pero, con el hecho de vivir, acep- tamos la vida. Aceptémosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio exclusivo; nosotros reímos y no- amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán y se amarán sobre la nuestra.

CONTRA EL ALCOHOLISMO

Discurso pronunciado recientemente por el Lic. Ezequiel Padilla

A fuerza moral del orador reside en la honda harmonía establecida entre su vida y los ideales que defiende; y me llena de desconcierto sentirme por un momento confundido en vuestros pensamientos con aquellos que predican a los pobres, y se sientan a la mesa de los ricos; que hablan de la caridad, y no saben enjugar una lágrima; que defienden el estado seco envueltos en una densa niebla de humedad!

Protesto que soy abstemio por firme y consciente resolución; y al cargo que pudiera hacérseme de inoportunidad al sostener mi tesis en este ambiente, debo responder adaptando a mis labios la réplica de Jesús: no es en un concurso de cuákeros y puritanos donde debo hablar del estado seco, sino en un recinto como en éste, donde flota el dulce verso de Anacreonte dispensador de juventud, donde la caricia de seda de Epicuro rechaza el gesto rígido de Epicteto y donde los ojos se apartan del dogma prohibicionista de la leyenda musulmana y se vuelven húmedos en un transporte de tradición cristiana, hacia el huerto de Canaan, donde el divino Nazareno realiza el más divino de sus milagros convirtiendo el agua en vino.

El vino encanta, subyuga después, destruye al final. Permitidme que en este minuto de encanto traiga a vuestra memoria una dolorosa realidad, porque vivimos en tiempos en que no es posible encontrar un sitio tan aislado, tan solitario, tan protegido, al que no pueda penetrar, como en el cuento macabro de Edgard Poe, en el palacio del Príncipe Próspero la Máscara Roja. Y así como en los banquetes faraónicos se hacía pasar en medio del festín para recordar a los convidados su naturaleza mortal, al símbolo de la muerte, permitidme pasar ante vuestra imaginación exaltada, para recordaros nuestra responsabilidad social, temblorosos y patéticos, fatales y dolientes los espectros de Ibsen!

Vamos a descender a la cripta oscura del infierno social, donde yace el décimo sumergido de que habla Carlos Booth, en combate con tales demonios como el Alcoholismo y sus sempiternos y siniestros compañeros: la Prostitución y el Pauperismo. Vamos a pasar por todos los hogares donde han sido introducidas la miseria y la angustia, expulsando para siempre a la felicidad. Vamos a mirar,

arrebatadas por un huracán dantesco, las almas juveniles, en las que se ha extinguido el dorado sueño de la fama, en las que se ha apagado la zarza ardiente de la noble ambición. Detengamos una de esas figuras, hagamos un esfuerzo de recordación y la reconoceremos. ¡La hemos visto en tantos hogares! ¡Su perfil trágico ha sido trazado en la historia de todas las familias! ¡Nuestros labios comienzan a pronunciar sus nombres! Agobiado por herencia de siglos: con el extravío de la fatalidad en su faz; con el odio y el desprecio del mundo en su alma! ¿Quién lo arrojó en el arrebato criminal y la desesperación? ¿Quién convirtió la majestad de ese hombre en bestia que no se queja y que no espera? ¿Qué mano sacrílega empañó su frente? ¿Qué aliento maldito apagó la luz de ese cerebro?

Desde su innoble presencia, generaciones de dolor venidas de todos los tiempos nos suplican. Largas tragedias tiemblan a su paso doliente. Desde su espantosa figura la humanidad humillada, escarnecida, befada, cargada de deshonra, lanza su angustiosa protesta, ante la cual ninguna conciencia recta, ninguna alma iluminada por la simpatía hacia el padecer humano deja de temblar y estremecerse!

Nobles espíritus de todos los tiempos han recogido esa protesta. Pero fué hasta principios del siglo que vivimos, cuando el pueblo comenzó la verdadera campaña contra el alcoholismo, confundiéndola en el gran movimiento de reajuste de las terribles condiciones sociales. Al principio el movimiento fué inadvertido, impopular. "La ciudad es la ciudad," se argüía con desdén y egoísmo. "Una cierta suma de pecado y de vicio es natural, quizá necesaria. ¡El borracho y el pobre siempre los tendremos con nosotros!"

La gigantesca estructura del múltiple comercio del alcohol, que representaba *miles de millones de dólares,* desplegó su poderosa defensiva. Baste saber, como dato ilustrativo, que el pueblo americano gastó, en el año de 1913 a 1914, *dos mil millones de dólares en bebidas embriagantes,* es decir, tres veces la suma gastada en la educación nacional.

Capitanearon esta defensiva grandes eminencias americanas. Entre ellos Elihu Root, senador, exembajador de México, exsecretario de Estado, autoridad constitucional y abogado de la "United States Brewers Association," que por sí sola representa centenares de millones de dólares; Samuel Gómpers, presidente de la "American Federation of Labor," jefe de millones de obreros, quien realizó imponentes manifestaciones, en una de las cuales, celebrada frente al Capitolio de Wáshington, declaró qué terribles consecuencias económicas y sociales ocurrirían si se privaba de su vino al obrero. El representante Upshaw, de Georgia, replicó en esa ocasión con brillantes cláusulas de arengador: "Yo adoro los inspirados acentos de la "Star Splanged Banner," himno de la Nación Americana: pero las estrellas pierden su belleza y las barras su brillo, y el "Star Splanged Banner" pierde parte de su inspiración si esos emblemas

van a servir para alentar el desenfreno de la embriaguez en los trabajadores del mundo."

La campaña fué espectacular y majestuosa, y sin duda la más gloriosa que ha sostenido la opinión pública americana, y la victoria quedó consignada en la XVIII enmienda constitucional. No es verdad que fué una sorpresa esta victoria. Antes de la enmienda había ya Estados secos, y después de aprobada en el Congreso de la Unión pudieron esos Estados mitigar el rigor de la ley; pero el pueblo enérgicamente rehusó hacerlo.

De esa victoria del pueblo americano voy a enumerar solamente dos rasgos: el uno es la réplica que el Assistant Attorney General Fitts dió a Elihu Root diciendo: "La XVIII enmienda constitucional ha sido consignada (permitidme decirlo en el fuerte texto inglés) "to preserve the man power of the Nation," para preservar las energías de los hombres que constituyen la Nación." ¡Qué fuerte resonancia debe tener en el alma mexicana esta poderosa voz ciudadana: "para preservar las energías de los hombres que constituyen la Nación!"

Cuando al principio de mi discurso hablé de la víctima del alcoholismo, probablemente todos vuestros pensamientos volaron al lujoso salón decorado con cuadros intitulados "Ninfas y Sátiros" o "Las Horas Desnudas," donde la *jeunesse dorée* derrocha sus ocios y exhibe sus vicios, y causa este terrible mal social; encender, con la inmoralidad de sus costumbres y la injusticia de su parasitismo privilegiado, las teas incendiarias de la desesperación y la revancha colectiva, que desgraciadamente sólo se apaga con las lágrimas de los inocentes y de los débiles!

Pero vamos a otros planos más desventurados y negros. A la Mesa Central, donde el pulque ha sido un gran factor para convertir a los hombres de la epopeya azteca en masas irredentas y estólidas. A todos los vientos de la República, donde el alcohol, el tequila y el mezcal han cometido—porque las pasiones brutales de los hombres no se desatan sin un incentivo—tantos crímenes e indignidades y han arrojado a la raza en el descenso de la degeneración irremediable.

Todos los pueblos tienen su vocación histórica, y la vocación histórica de México es un tanto lírica, gloriosamente lírica, la de ser la vanguardia del genio latino en el Continente Americano, y toda sangre, toda verdad, toda fuerza, tradición y vida: la de evitar la desaparición de nuestra raza aborigen, que nos ha dado la historia y el alma de la Patria.

El segundo rasgo es patético: en la iniciativa y el triunfo de la Ley Seca, la obra más poderosa fué la organización de las mujeres. ¡Y cómo no! Si es la mujer la víctima propiciatoria del alcoholismo. Si era la fuerte mujer americana la que sufría ese duro proceso, que termina en el insulto y el golpe y en el final desamparo. Si era la

fuerte mujer americana la que recorría ese calvario de la miseria y de la falta de trabajo del jefe de familia, de la vergüenza, del deshonor.

¿Qué decir de la débil, indefensa y resignada mujer mexicana? Víctor Hugo decía: "¡mostradme a las mujeres y a los niños! ¡Apreciaremos el grado de civilización de un pueblo por la protección que se conceda a estas dos débiles criaturas!"

Hay que proteger, contra el alcoholismo, a los hijos que reciben las lacras de una herida maldita; a la mujer que vive esa dramática trilogía: víctima del padre, del esposo, del hijo, a quienes el alcoholismo condena a torturarla desde el nacimiento hasta la muerte!

Señoras, señores: la campaña seca comienza en México. Seguirá el proceso americano, inadvertida, impopular al principio, indefectiblemente victoriosa al final. La combatirán aquellos que lucran con el comercio del alcohol. A ellos nada los convencerá. En las cumbres del desinterés sólo se asientan los héroes y los santos. Pero en la vasta llanura humana el desinterés es chispa fugaz que ilumina la férrea privanza del egoísmo.

La combatirán los que se han encastillado en las ruinas del derecho individual clásico, y no advierten los signos de los tiempos nuevos. A ellos diremos que el mundo actual sólo respeta la libertad mientras no arroja a la colectividad indefensa en el desastre y que la conciencia de la humanidad actual rechaza todo placer comprado al precio del dolor para millones de seres!

La combatirán los espíritus financieros, fríos y calculadores, que nos dirán que el Estado obtiene más de veinte millones de pesos por impuestos a la industria y al comercio del alcohol. A ellos replicaremos que el Gobierno debe reconocer que es una desgracia participar en el provecho de un negocio que mata a los hombres y destruye la felicidad de la mujer y de los niños; que ese provecho está arrancado de la *vida*, del *honor* de la Nación, y que el pueblo tarde o temprano se levantará indignado para repudiarlo.

En cambio, defenderán la Ley Seca todos los espíritus que sientan el noble impulso de evitar el desastre, de integrar los corazones y las vidas rotas, de asegurar el resurgimiento de la raza: la gloriosa juventud que esté inspirada en el pensamiento de que las naciones nuevas necesitan pueblos fuertes y firmes; los que piensen que deben relegarse a los cuadros de la inquisición, de la esclavitud de la servidumbre, el espectáculo de una mujer en la miseria, con un niño al pecho y un padre borracho en la taberna de la esquina. La defenderán aquellos en cuyas almas tenga ascendiente la dulce voz de la mujer que ha sido, en todas las edades, la fuente de lo más puro, de lo más noble, de lo más heroico del espíritu de los hombres. La defenderán, por último, todos aquellos que sientan, como una verdad, la frase de Gládstone: "el alcoholismo ha causado más

desastres al mundo que el hambre, y la peste y la guerra combinados. El hambre y la peste diezman a los pueblos; la guerra los mata. El alcoholismo primero los deshonra, después trasmite la maldita simiente y al último los aniquila!

México, 25 de septiembre de 1922.

EL DOCTOR MONARDES, SUS LIBROS Y SU MUSEO

POR CARLOS PEREYRA.

PARA "EL MAESTRO."

HE hablado ya en otra parte del médico sevillano que dió a conocer en toda Europa las virtudes terapéuticas de los vegetales del Nuevo Mundo.

El doctor Monardes fué práctico insigne, y además uno de los hombres que con más vehemencia sentían el encanto de la naturaleza americana. Rodrigo de Zamorano, cosmógrafo de la Casa de Contratación de Sevilla, era igualmente aficionado a los exotismos que llegaban de Occidente, y había formado en su casa un primoroso museo. Gonzalo Argote de Molina se entregaba también a los trabajos del coleccionismo, y reunió ejemplares tan raros que cuando estuvo Felipe II en Sevilla examinó personalmente los objetos reunidos por el curioso genealogista. Pero el doctor Monardes no se limitó a hacer adquisiciones y a reunirlas cuidadosamente, sino que, además, observó y experimentó, y registrando sus observaciones y experiencias, difundió en todo el mundo sabio un conjunto de noticias que fueron el origen de nuevos ramos del saber.

Quien visite el riquísimo departamento de Ultramar que es orgullo de la Biblioteca Nacional de Madrid, y gloria de don Justo Zaragoza, benemérito americanista, podrá ver un libro forrado en pergamino, pequeño por el volumen y valiosísimo por el contenido de noticias y emociones que atesora. Ese libro se llama así: *"Primera y segunda y tercera partes de la Historia medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina. Trata de la piedra Bezaar, y de la yerva escuerçonera. Dialogo de las grandezas del Hierro, y de sus virtudes medicinales. Tratado de la nieve y del bever frio. Hechos por el Doctor Monardes, Médico de Sevilla. Van en esta impresion la Tercera Parte y el Dialogo del Hierro nuevamente hechos, que no han sido impressos hasta agora. Do ay cosas grandes y dignas de saber. Con licencia y Privilegio de Su Magestad. En Sevilla. En casa de Alonso Escrivano. 1574."*

La primera parte de este libro se había publicado en 1565, y en 1569 se hizo nueva edición. La segunda parte fué impresa en

1571. Era de notar en el título de esta edición que decía: "*Do se trata del tabaco y de las sassafras y del cardo sancto y de otras muchas yerbas y plantas, simientes y licores, que agora nuevamente han venido de aquellas partes, de grandes virtudes y maravillosos efectos.*"

Las tres partes, publicadas en 1574, como queda dicho, se reimprimieron en 1580.

Entretanto, la obra de Monardes corría por Europa en latín, en francés, en inglés y en italiano. No sólo se traducía y comentaba este libro famoso, sino lo que más importa, se le continuaba con apasionante interés. El autor había fundado una escuela y había dado al mundo algo más que un conjunto de noticias. Comunicábale una nueva curiosidad interpretativa de la naturaleza americana, que empezaba a ser conocida por las descripciones de Oviedo.

Monardes no visitó el mundo americano. O no pudo hacerlo, o lo que más probablemente sucedió, dado su punto de vista especial de médico, estimó que en aquellos primeros días de la investigación científica americana, sería más conveniente concentrar datos utilizables, que hacer un viaje para acumular noticias inconexas. Su orientación era la del práctico, no la del botánico que inspiró la grandiosa empresa de Francisco Hernández.

El doctor Monardes acudía al desembarcadero de la Torre del Oro cada vez que llegaba una expedición de las Indias, y de seguro recogía alguna consignación que le enviaban sus amigos y corresponsales de Veracruz, de Santo Domingo, de la Tierra Firme o del Perú. En la puerta del Arenal se encontraban Monardes y sus émulos, pues no eran pocos los que como él visitaban el puerto en busca de plantas, semillas, raíces o minerales que traían cuidadosamente los maestres, pilotos, marineros, pajes, oficiales, soldados, mercaderes y viajeros. Los envíos a Monardes tenían una regularidad que casi les daba un carácter oficial, como los que se dirigían al Rey o a la Casa de Contratación. Las sorpresas de las novedades poblaban de rumores aquella ciudad curiosa, inquieta y ávida de noticias. Mucho había aprendido Sevilla; mucho había visto. El Alcázar estaba lleno de "raros árboles y plantas, cuyas semillas, traídas del Nuevo Continente, por expreso mandato de don Felipe II, presto arraigaron en esta tierra, siendo copiados por el pincel de Juan de Campaña, hijo del insigne pintor bruxelense Pedro de Kempeneer. Todas estas grandezas las ha borrado el tiempo, y en gran parte la mano del hombre, más perjudicial a veces que el transcurso de los siglos" (1).

Pero entonces no sólo se conservaban con solícita dedicación las plantas de América, sino que médicos y profanos abrían dis-

(1) Gestoso y Pérez. **Sevilla monumental.** Tomo I, página 403.

cusión acerca de sus excelencias o de los daños que algunos les atribuían. ¿Olvidaremos que en 1642 fueron excomulgados los fumadores? Ya referiré cómo cayó el tabaco de su trono de sustancia medicinal, para ser en cambio un artículo de consumo, venenoso pero dineroso. El cardenal don Gaspar de Borja, arzobispo de Sevilla, prohibió bajo pena de excomunión, *latae sententiae*, que los sacerdotes tomasen tabaco una hora antes o una hora después de celebrar el sacrificio de la Misa. El papa Urbano VII expidió un breve contra los que tomasen tabaco en las iglesias del arzobispado de Sevilla, bajo pena de excomunión. El breve pontificio es del 30 de enero de ese mismo año de 1642, y fué expedido a solicitud del Cabildo de la misma iglesia. En la severa disposición se especificaba que la prohibición debería entenderse no sólo respecto del interior de los templos, sino de los atrios y ámbitos, ya se consumiese tabaco en polvo, tabaco mascado o en humo. Tales son los términos con que habla de esto Hurtado en su *Tratado del Tabaco y Chocolate* (1). Matute y Gaviria dice en sus *Noticias* que el breve "se publicó entre los dos coros de Nuestra Santa Iglesia el domingo 27 de julio de 1642."

A semejanza del tabaco, muchos simples habían comenzado por ser honrosamente incluídos entre los recursos terapéuticos por verse dotados de virtudes maravillosas que gratuitamente se les atribuían.

Puede asegurarse que sin la ilusión con que los aficionados al estudio recibían en las barbacanas del Guadalquivir las noticias que les trasmitían los recién llegados acerca de las plantas medicinales, el empeño experimental habría sido bien lánguido.

Aquellas primeras impresiones son todo un poema. ¿Olvidaremos, para no citar sino un ejemplo entre mil, las palabras con que Monardes comunica sus primeros datos y sus primeras indicaciones sobre el liquidámbar?

"De Nueva España—dice—traen una resina que llamamos Liquidámbar, y uno como azeyte, que llamamos azeyte de Liquidámbar, que quiere decir cosa odoratissima y preciosa, como ambar o azeyte della. Entrambas cosas de harto suave y gracioso olor... El Liquidambar es rezina sacada por incision de unos arboles de mucha grandeza, muy hermosos, acopados de muchas hojas, los quales son como Yedra, llamanlo los Indios Ocoçol, lleva la corteza gruessa, cenizienta: herida esta corteza, o concavada, echa de si el Liquidambar espesso, y assi lo cogen, y porque la corteza tiene un olor muy suave, la quebrantan y la mezclan con la resina, y ansi tiene quando se quema con ella mejor olor, tanto que do quiera que ay estos arboles, ay un suavissimo olor por todo el campo. Quando los Españoles la primera vez aportaron

(1) Fol. 109. Núm. 206.

aquella parte do los ay, y sintieron tanto olor, pensaron que avia alli especeria, y que eran arboles della.

"Traese mucha quantidad de Liquidambar a España, tanto que traen muchas pipas y barriles déllo, por via de mercaderia, porque acá se aprovechan dello, para sahumar, y en cosas de olores, gastandolo en lugar de Estoraque, porque su humo y olor paresce ser dello, y assimismo lo echan en otras confectiones olorosas, como pastillas, pevetes, y cosas semejantes. Echa de si tanto olor sin que se queme, que do quiera que está, no se puede esconder, porque penetra muchas casas y calles su olor, quando es en cantidad.

"Sirve mucho en medicina, y haze en ella grandes efectos, porque calienta, conforta, resuelve e mitiga dolor."

Para la mejor inteligencia de esta deliciosa y fragante página de americanismo, bastará dar una breve explicación del afán con que los españoles buscaban en el Nuevo Mundo la canela, el clavo, la pimienta, la nuez moscada, la macis, almástiga, el jengibre, el almizcle, la algalia, el estoraque, el benjuí, la casia, la mirra, el incienso, el sándalo, el lináloe, el alcanfor, el ámbar y otras materias preciosas que formaban los grupos de la especería, gomas, resinas aromáticas, plantas medicinales y productos aplicables en la industria. Todo ello procedía del Oriente. Mientras duró la creencia de que el Mundo Americano era un extremo del Asia, los españoles recorrieron mares y tierras, movidos por la pasión de las riquezas del mundo vegetal que con la de las perlas, los diamantes, los rubíes y el oro se buscaba en los países nuevamente descubiertos y apenas explorados. Después, cuando pudo determinarse en las nociones geográficas la existencia de un Mundo distinto del asiático, y separado de él por la insospechada extensión del Océano Pacífico, la fantasía del explorador siguió sumisa a la obsesión de los esplendores orientales. De allí que en cada uno de los árboles, plantas, flores, gomas y resinas de América, creyese encontrarse alguno de aquellos tesoros que llevaban las flotas portuguesas a los muelles de Lisboa.

Nada tiene, pues, de extraño que Monardes, al trasmitirnos las relaciones que se le hacían del país en que se produce el liquidámbar, anote con tanto cuidado que los españoles pensaron haber descubierto alguno de los paraísos de la especería.

El médico sevillano dice que Ocoçol es el nombre dado al liquidámbar por los indios. Efectivamente, don Cecilio A. Robelo habla del Ocozol en estos términos: "(OCOZO CUAHUITL: *ocozotl* u *ocotzol*, resina de ocote; *cuahuitl*, árbol: *Arbol del ocozol* o *trementina*.)—Arbol de 8 a 10 metros de altura, que tiene las hojas divididas en gajos, las flores sin hojas, y por fruto una caja aovada y leñosa. (OCOTZOTL u OCOZOTL: *ocotl*, ocote; *zotl* o *tzotl*, suciedad: Suciedad del ocote.)—La resina llamada liquidámbar.—

Llámase también esta sustancia: bálsamo copalma, estoraque y malipenda. En el latín técnico es: *Liquidambar styraciflua.*"

Dábasele el nombre de estoraque por analogía con la goma aromática del Oriente, y el de copalma por derivación de copalina y copal, aztequismo que se abrió paso en todos los idiomas de Europa, y que como dice Clavijero, "es genérico y común a todas las resinas," si bien se aplica más generalmente a las que dan incienso. El escritor mejicano añade que hay diez especies de árboles que dan esta clase de resina, y que el copal, llamado así por antonomasia, es una resina blanca y transparente que sale de un árbol grande, de hojas parecidas a las de la encina, aunque mayores, y de fruto redondo y rojizo. "Esta resina es bien conocida en Europa con el nombre de *goma copal*, y se emplea en la Medicina y en hacer barnices."

Tan conocida era que Lope de Vega, sensible a todas las bellezas del Nuevo Mundo, pregunta si éste

¿Es dónde pescan coral
Que lo verde en rojo muda?
¿O la perla alba oriental?
¿O dónde hay árbol que suda,
Bálsamo, ánime y copal?

Es decir, donde se da el curbaril, planta productora del ánime, que con el liquidámbar y el copal ejercía una de las dominaciones mercantiles más extensas y duraderas.

¿Lope de Vega aprendió en las calles y plazas de Sevilla los secretos de América? ¿Se los revelaron en los mentideros madrileños? ¿Por qué no suponerle, en parte al menos, influído por las obras de Monardes? Sábese que Lope de Vega todo lo leía, y sábese que todo lo aprovechaba, asimilándoselo con aquella su genial avidez, abierta a las más disímiles impresiones.

Imaginémosle, pues, leyendo en el texto de Monardes, para componer la fantasía del barco que amarrado durante la noche de San Juan a la entrada de una de las huertas ribereñas del Guadalquivir, fué arrebatado a las tierras antárticas, y amaneció de nuevo en Sevilla, adornado de follajes que el arraez creyó haber cortado en una vega andaluza. Lope de Vega lo describe de este modo:

Estaba por la tarde con su dueño,
A la orilla del agua el barco atado,
Cuando algunos indianos, viendo el leño
De mil árboles indios enramado,
Bejucos de guaquimos,
Camaironas de arroba los racimos,
Aguacates, magüeyes, achíotes,

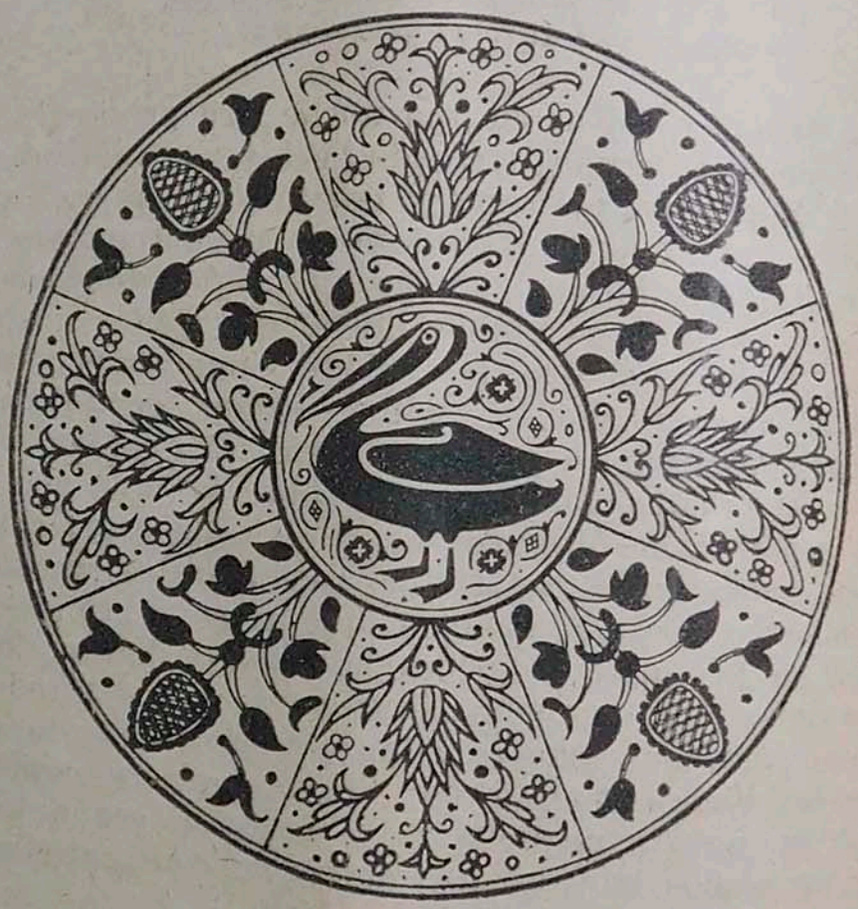
Quitayas, guanas, tunas y zapotes,
Preguntaban de dónde había traido,
Arboles que en la India habían nacido,
Tan frescos a Sevilla.
El arraez juraba
Que los cortó de la primera huerta
Que cerca de la orilla
Del Betis claro a media milla estaba,
Dejando los marchitos que llevaba,
Sin ver la gente o descubrir la puerta;
De donde se entendió por cosa cierta,
Y porque declaró que habia tenido
Un sueño que le tuvo en tanto olvido
Que aun despertando le turbó la vista,
Que fué y vino la noche del Bautista,
Pues no hay otra razón que se presuma,
Desde Sevilla al reino de Tucuma.

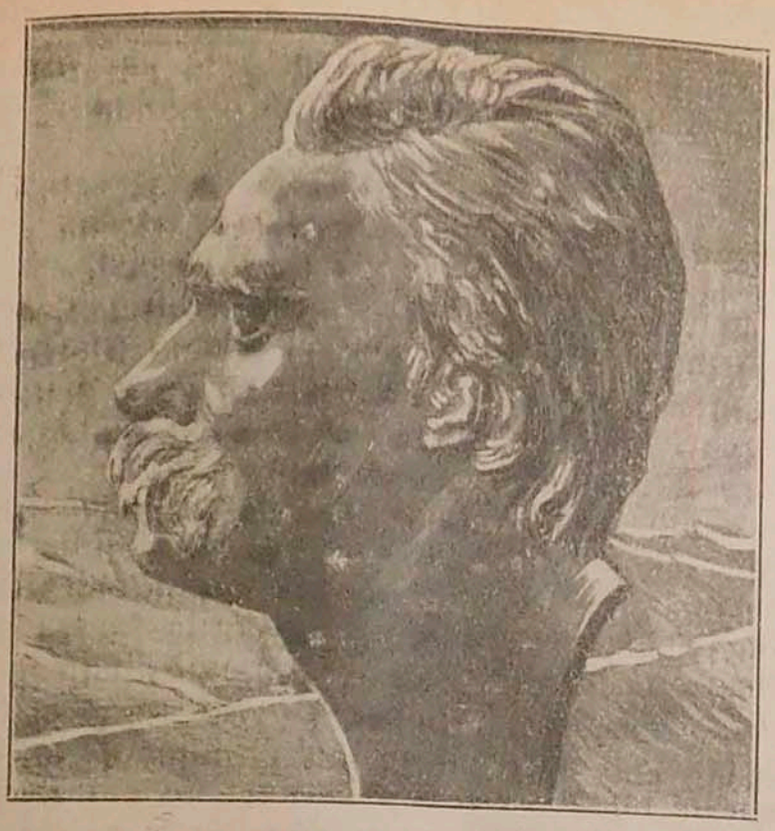
Ir a las Indias y volver en una noche, era privilegio que en la apariencia simbólica de una barca de hechiceras realizaba el deleitoso libro de Monardes, para ver y traer, como dice el autor, "cosas que jamás en estas partes, ni en otras del mundo han sido vistas, ni hasta oy sabidas, y otras que si las tenemos en estas partes, exceden en la mucha abundancia que dellas nos traen. De ellas no son la plata, el oro, las perlas, esmeraldas y turquesas; no son los papagayos, monos, grifos, leones, gerifaltes, neblíes, azores y tigres; no son la grana, el azul, el algodón, los cueros, los azúcares, el brasil, el estaño y el cobre las que más importan al espíritu generoso de Monardes. "Allende de estas riquezas tan grandes, nos embian nuestras Indias Occidentales muchos árboles, fructos, simientes, licores, piedras que tienen grandes virtudes medicinales, en las quales se han hallado, y hallan, muy grandes efectos que exceden mucho en valor y precio a todo lo susso dicho, tanto quanto es más excellente y necesaria, la salud corporal, que los bienes temporales: de las quales cosas, todo el mundo carecia, no sin pequeña falta nuestra, según los grandes provechos que vemos que del uso dellas se consiguen, no solo en nuestra España, pero en todo el mundo."

No un barco de quimera: cien barcos de realidad que anualmente llegaban a Sevilla y amarraban en sus muelles, ponían en las manos activas de Nicolás Monardes los tesoros indianos. Ese puerto y escala del mundo occidental, donde se tenía "mejor relación y mayor experiencia" de las cosas trasatlánticas, fué la escuela en que cursó Monardes más de cuarenta años, "experimentando en muchas y diversas personas, con toda la diligencia y miramiento posible, y con felicissimos sucesos," los simples que le llevaban cuidadosamente de las Indias.

Sevilla no ha olvidado a Monardes. Por lo menos hay una

calle que recuerda su nombre. También le conoce el mundo sabio. Sus obras son rarezas de bibliómanos. Pero ni la supervivencia local ni la esotérica son bastantes para honrar la memoria del hombre que durante medio siglo se consagró a una obra grande, útil y bella, merecedora no sólo de encomio, sino de estudio y di- fusión en todos los países de habla española.





FEDERICO NIETZSCHE

POR GIOVANNI PAPINI.

CON cuántas telas, con cuánto aparato, con cuánto bombo, con cuántos trinos graciosos ha tratado de esconder Federico Nietzsche su triste secreto! ¡Con qué involuntaria malicia ha dado, para fondo de su pensamiento, un escenario grandioso de proporciones heroicas, con valles hondísimos y altas montañas, con cavernas obscuras y animales heráldicos! ¡Qué diabólico acompañamiento de rugidos de leones, de gemidos de viento, de zumbido de volcanes y de carcajadas histéricas!

Pero nada de esto le ha servido. A pesar de las imágenes y de las alegorías, a pesar de los amplios horizontes escenográficos y de los crescendos de las sinfonías, se ha descubierto el secreto de Nietzsche. En una palabra—en una sola e insignificante palabra—está el secreto de Nietzsche: en la palabra *debilidad*

¿De qué os sonreís? ¿De qué os maravilláis? ¿Tal vez porque Nietzsche ha hecho la apoteosis del poder y ha compuesto himnos a la fuerza? ¡Por eso mismo os aseguro yo que fué un débil en toda la melancólica extensión de la palabra! Pero no solamente por esto, sino por otras razones que diré en seguida.

Me avergonzaría deshacerme de la filosofía de Nietzsche con cuatro palabras, técnicas o sentimentales, sobre el abuso de los nar-

cóticos, el reblandecimiento hereditario y la parálisis progresiva, como han hecho, para salir del paso, muchos hombres serios, médicos o no.

Es imposible prescindir, sin embargo, de la salud del filósofo, que fué pésima desde 1870 hasta su muerte. Osciló siempre entre la excitación y la depresión, entre las convalecencias y las recaídas, atormentado por crisis de neuralgias, de debilidad, de fiebre, que tuvieron sus efectos, reconocidos por el mismo Nietzsche, sobre su actividad mental. De muchacho estuvo siempre delicado y enfermucho: de hombre, después de la enfermedad cogida en las ambulancias de Metz, estuvo siempre enfermo.

Esto nos explica muchísimas facetas y muchas posiciones de su pensamiento. Los hombres no aman ni la debilidad ni las enfermedades: aquellos que las poseen las odian violentamente. Los fuertes no construyen teorías para exaltar la fuerza, los sanos no escriben el elogio de la salud, los alegres no predican las excelencias del baile y de la risa. Solamente los débiles—los débiles ambiciosos—anhelan mayor fortaleza por el dolor de no tener el más pequeño átomo de fortaleza real y actual: los enfermos que tienen continuamente alzas y bajas, convalecencias y recaídas en sus dolencias, comprenden la gran importancia del cuerpo y de la salud del cuerpo; solamente los melancólicos sienten la necesidad de aconsejarse a sí mismos y de aconsejar la alegría a los demás. Solamente los débiles, los enfermos, los tristes, tienen el miedo, el terror y casi la obsesión de la flaqueza, de la enfermedad, del abatimiento, de todo lo que recuerda, en una palabra, su estado. Los fuertes, los sanos, no sienten repugnancia al entrar en los hospitales, al visitar las salas anatómicas y los campos de batalla; pero los que se ven amenazados o minados por un morbo cualquiera, se espantan y hasta se impresionan leyendo un tratado de patología.

El origen de la glorificación del cuerpo, de la rehabilitación de la carne y su corolario, esto es, el odio de la enfermedad y de la debilidad, que son los puntos culminantes de la filosofía nietzschiana, se debe investigar, tengo para mí, en la debilidad y pobreza orgánica del filósofo.

El gesto heroico de Nietzsche ha sido el de querer reaccionar contra su debilidad, queriendo negarla con la teoría, o tal vez superarla, a fuerza de fe, en sus contrarios. Se me antoja que el pensamiento de Nietzsche es un caso clásico de aplicación involuntaria del *Will to Believe*. Sintiéndose flaco y enfermo, Nietzsche ha querido creer en la energía y exaltar la salud con la secreta esperanza de conquistar la una y la otra. ¿No celebramos lo que queremos poseer y no lo que poseemos?

Pero la reacción nietzschiana contra la debilidad ha sido puramente verbalista y por eso queda, aunque haya tratado de anularla, como antecedente principal de su filosofía. Nietzsche, como

tantos otros de su casta espiritual, ha hecho la teoría de la no
teoría, ha llamado a la acción con la inacción, ha hecho la literatu-
ra y la retórica de la realidad y del acto. Ha mostrado una vez más
su debilidad no acertando a hacer, verdadera y concretamente, en
el modo, con la acción, las cosas que teóricamente creía superiores.
¡Qué distinta su vida de profesor de griego y de poeta vagabundo
de la que él soñaba para su superhombre belicoso y dominador! Su
sueño de una nueva civilización ha quedado encerrado en las pala-
bras. En lugar de un creador de nuevas formas de existencia, ha
sido un desesperado y solitario "investigador del pensamiento."

El no ha sabido, él, el admirador de César y de Bonaparte,
adueñarse prácticamente de lo que es. Como aquellos cristianos y
utopistas a los que insultaba y despreciaba constantemente, él tam-
bién se ha refugiado en lo que no es, en lo porvenir. "El presente
y el pasado sobre la tierra ¡oh, amigos míos!: he ahí lo que es para
mí insoportable;" yo no podría vivir si no fuese un vidente de lo
que está por venir" (VI, 205), hablaba Zarathustra, aquel que dice
ser "un puente para lo porvenir" (*eine Brucke zur Zukunft*). Ha
querido enseñar a los hombres el "sentido de la tierra;" pero no
ha sabido aprender el "sentido del presente." Se ha preocupado,
como todos los que viven a disgusto en la realidad, de "sobrepujar,"
de "superar," de "ascender," de andar "hacia el más allá" y de
conocer "el más arriba" (über).

Ha presentado sus libros como preludios del porvenir, y ha
gozado pensando en los discípulos y en los lectores que le saldrán
dentro de trescientos años. Ha consolado su impotencia presente
con vuelos poéticos hacia los horizontes más lejanos, y ha escon-
dido su incapacidad de obrar con el centelleo de sus profecías.

¡Si hubiese al menos proclamado siempre, en su filosofía, la
necesidad de hacer y de cambiar! Por el contrario, hasta en las
teorías más abstractas, donde hubiera podido compensar su inep-
titud para el esfuerzo con alguna hermosa voluntad de trastorna-
dor, la sombra de su debilidad se extiende sobre las metáforas
enérgicas de sus fragmentos! No sólo se reconoce incapaz de cam-
biar en seguida lo que existe concretamente, refugiándose en lo
futuro, sino que afirma la incapacidad general de cambiar lo que
existe. Su teoría es, como veremos luego, la de aceptar la natura-
leza. Lo que es natural es bueno: los instintos son sagrados, las
necesidades del cuerpo son intangibles. El hombre debe convertirse
en un trozo de naturaleza y no debe preocuparse de su mejora-
miento. Todo lo que tenemos que hacer en la actualidad es destruir
todo lo que los hombres han creado para modificarse (morales, le-
yes, etc.), dejando en libertad a la Naturaleza.

¿Cómo alejarnos de la sospecha de que esta renuncia para
la modifiacción no derive en un obscuro sentido de impotencia pa-

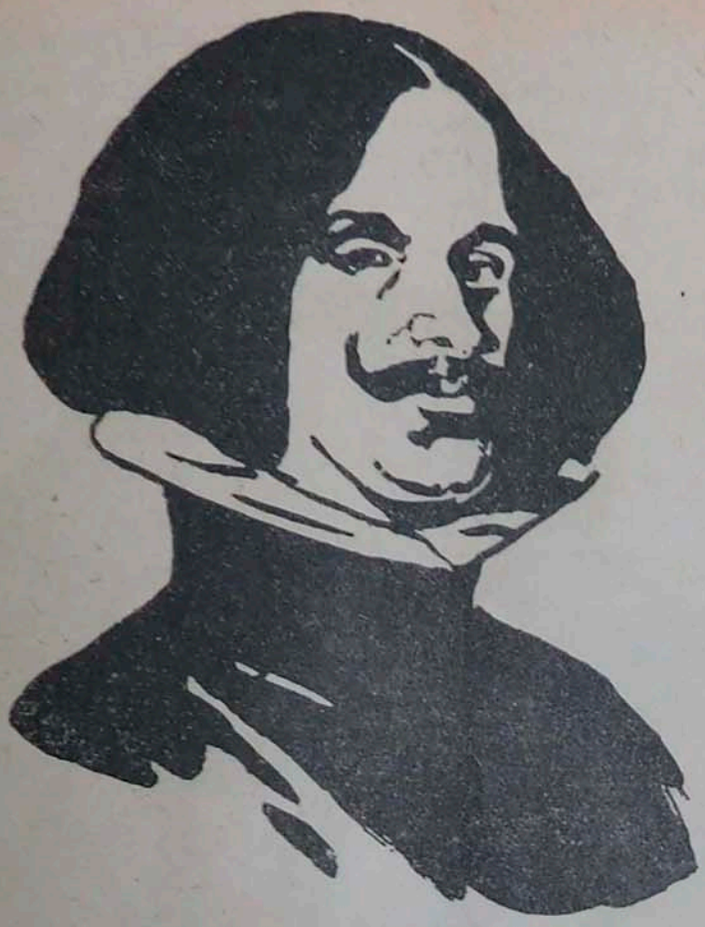
ra modificar, de una radical persuasión de debilidad ante las cosas, los instintos y las pasiones?

Tanto más cuanto que esta impotencia de Nietzsche se manifiesta, no sólo en el fondo de su pensamiento, sino en la forma externa de expresarlo. Su volubilidad (señal de fácil cansancio), que le hace preferir la forma fragmentaria y aforística; su incapacidad para elegir entre todo lo que escribía, que le hizo publicar una gran cantidad de pensamientos inútiles y repetidos; su repugnancia a sintetizar, a construir, a organizar, que da a sus libros el aspecto de mercados orientales, atascados de harapos viejos y de telas preciosas, apiñadas y mezcladas sin orden, son otros tantos argumentos que nos invitan a pensar en una ausencia del impérium mental, reflejo de la debilidad general de nuestro filósofo.

Pero la prueba más concluyente de esta flaqueza consiste, según creo, en su incapacidad para ser, verdadera y auténticamente, original. Las formas más altas y difíciles de originalidad son, seguramente, estas dos: hallar nuevas interpretaciones y soluciones de problemas antiguos, o ponerse nuevos problemas y descubrir senderos completamente desconocidos. Nietzsche, por el contrario, ha elegido la forma de originalidad más cómoda y factible: la destrucción de las doctrinas existentes y la vestidura brillante y rebuscada de pensamientos antiguos. Frente a los cristianos que buscan la vida del espíritu, ha loado a la carne; frente a los moralistas que buscan el bien, ha ensalzado el mal; frente a los pesimistas que reniegan de la vida, ha hecho su elogio de la vida. Ha dicho que no donde los demás dicen que sí, y que sí donde los demás han dicho que no.

Ha sido un eco formidable, pero un eco. Cuando ha sido un eco verdadero, no ha querido repetir con el mismo tono las voces de Calicles y de Heráclito, o las más recientes de Stirner o de Guyau. Sirviéndose de su cultura de humanista y de poeta, las ha coronado de rosas y las ha gorjeado maravillosamente, de tal modo que los primeros que la oyeron creyeron que se trataba de voces nuevas salidas del desierto, y no de voces de ecos que retumbaban sonoras en las grutas de Zarathustra.

El que amaba, de palabra, las empresas difíciles, ha seguido los caminos más fáciles y menos fatigosos, y no ha sabido ni dar una nueva respuesta a las viejas preguntas, ni preguntar a los hombres una cosa nueva. Su filosofía ha sido, de pies a cabeza, la confesión y la proyección de la debilidad de su vida.



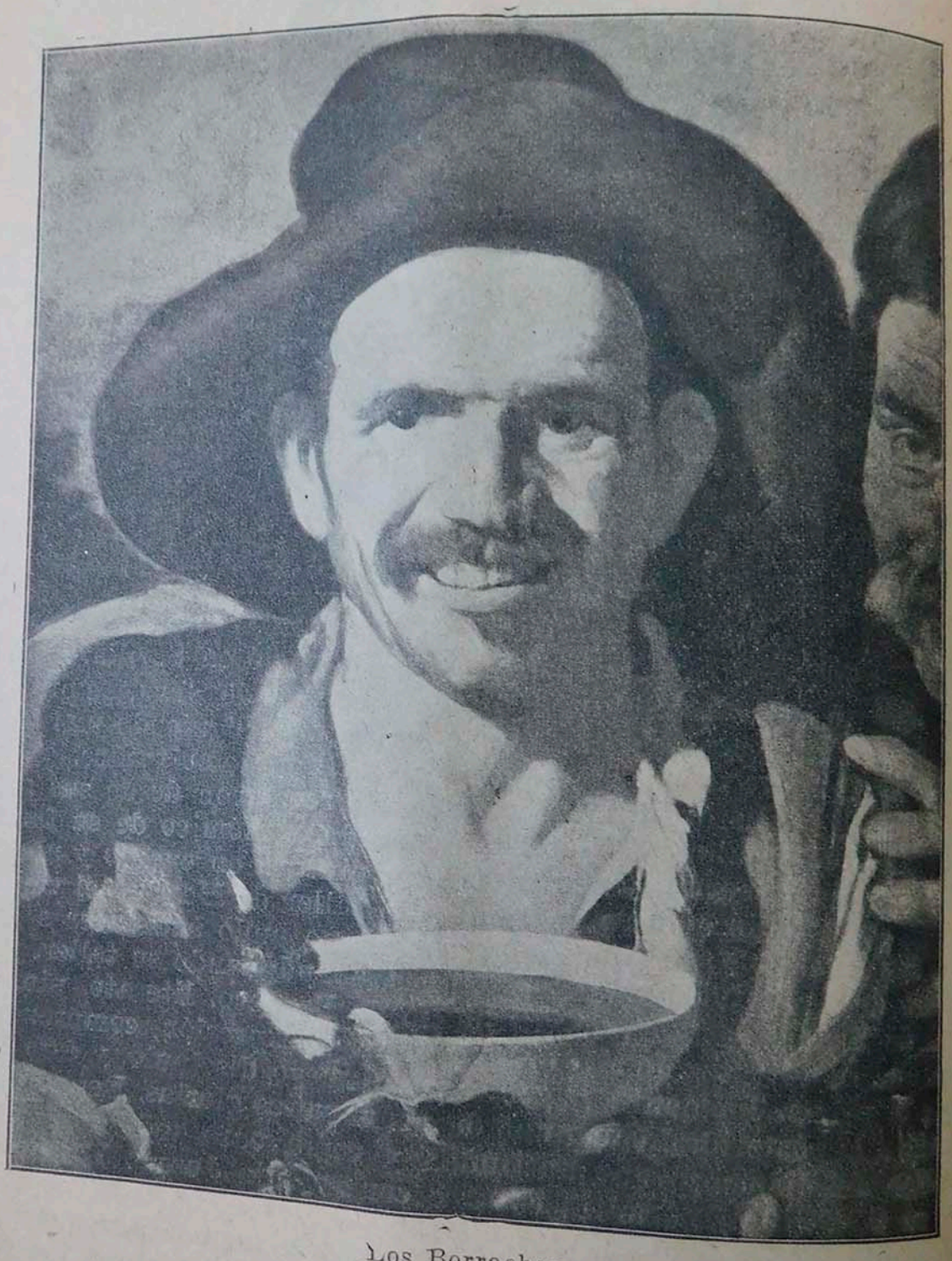
DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA

DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA nació en Sevilla el año de 1599. Fué hijo de Diego Rodríguez de Silva, de origen portugués, y de Jerónima Velázquez. Siguiendo una costumbre de su época, tomó el apellido de su madre.

Sus aptitudes pictóricas se revelaron desde sus primeros años: el floreciente estado económico de su familia le permitió dedicarse a la pintura en cuerpo y alma. Estudió en un principio en el taller de Herrera el viejo; pero este pintor, seco y de mal carácter, no pudo satisfacer a los anhelos del joven Velázquez. Este, pues, abandonando su taller, pasó al de Francisco Pacheco. El bueno de Pacheco, literato, pintor de pequeños retratos llenos de delicadeza y expresión, comprendió desde el primer momento el genio de su nuevo discípulo, y ésto ha pasado a la posteridad como una de sus mayores glorias. Dejólo desarrollar ampliamente sus aptitudes, y como para unificarle más con su espíritu, le permitió casarse con su hija Juana. Esto ocurrió el año 1618.

Velázquez era un hombre de asimilación tardía; pero, por lo mismo, aferraba sólidamente los nuevos conocimientos que iba adquiriendo. Su carrera consistió en ir venciendo los problemas pictóricos que se le presentaban, sin tener en cuenta a los demás pintores sino de un modo tardío y secundario. El primer problema

era el del dibujo; Velázquez pintó una serie de *bodegones* con toda minuciosidad, con todo escrúpulo; se dedica afanosamente a reproducir del natural lo que ve; todavía, acaso por influencia de es-



Los Borrachos

cuela, usa coloraciones demasiado sombrías, un claroscuro muy contrastado, reminiscencias seguramente de Italia a través de Zurbarán.

La realización de sus deseos se inicia con su viaje a Madrid; logra ser introducido en la Corte, y entonces comienza la serie de sus grandes triunfos. Pinta retratos para la Corte y algunos cuadros religiosos. La última obra de esta serie termina su primera manera, llamada Sevillana o Sombría: es el cuadro bastante conocido "Los Borrachos." Aquí Velázquez resuelve otro problema de su arte: consigue que sus figuras, perfectamente dibujadas, tengan espíritu, tengan expresión. Todavía es un poco sombrío como en su primera manera.

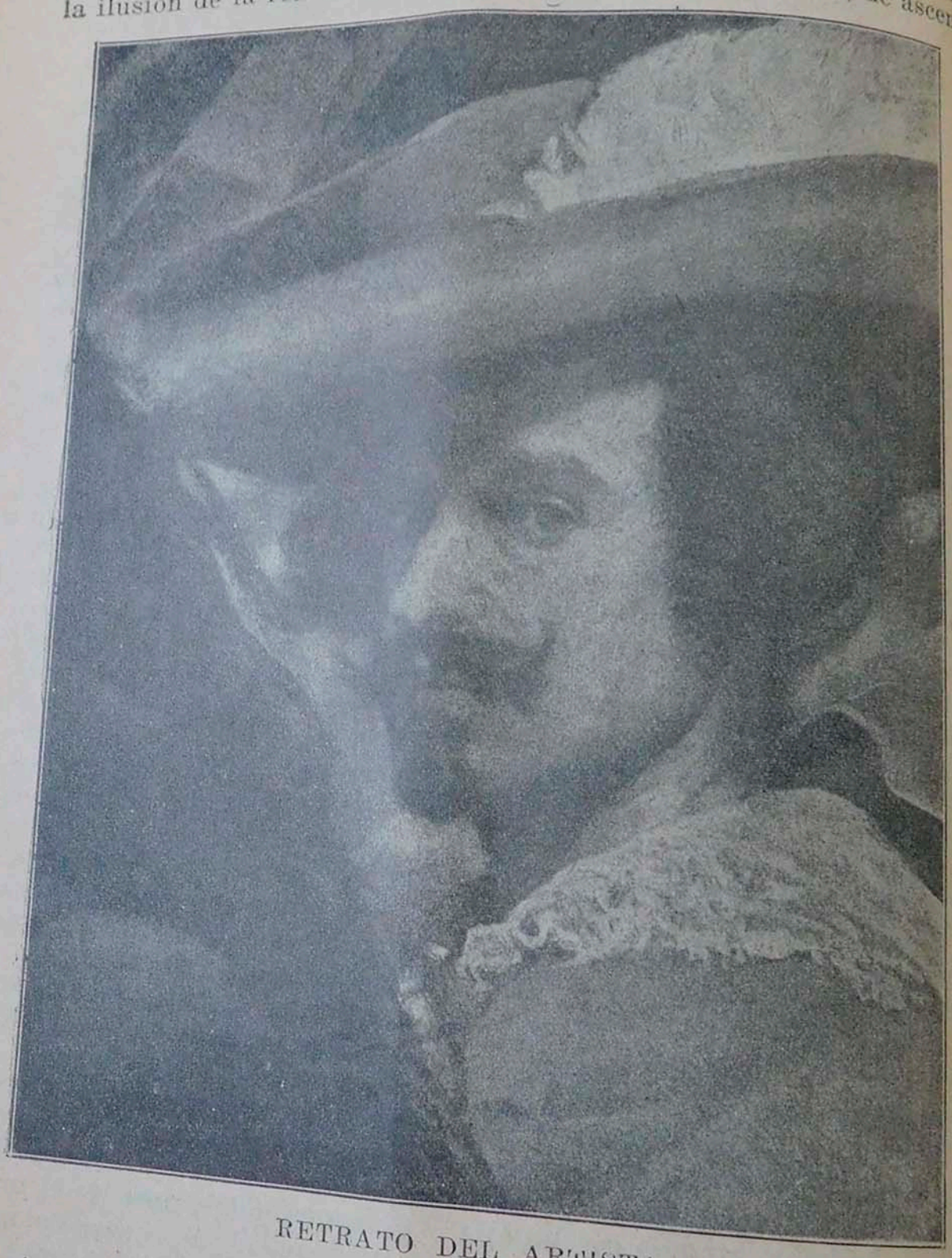
Por aquel entonces Velázquez conoció a Rubens, que había llegado a Madrid. La potencialidad del flamenco, su facilidad asombrosa, deben haber influído no poco en el sevillano. Seguramente Rubens lo indujo a que visitase el país del arte; en 1629 Velázquez va a Italia. En Roma pinta algunos cuadros en que empieza a resentirse la influencia de Italia, sin que por esto Velázquez renuncie a su personalidad. En Italia descubre los grandes coloristas venecianos. Se encuentra al Tintoretto, antes había tenido contacto con el Greco, y descubre nuevas perspectivas y nuevos elementos en el colorido.

Estas influencias aparecen en Velázquez posteriormente, a su regreso a España, ocurrido en 1631, y originan lo que se llama la segunda manera, caracterizada por sus entonaciones azules y plateadas. Continúa la magnífica serie de retratos y llega un momento en que, no satisfecho en pintarlos en interiores, los hace al aire libre, teniendo por fondo el admirable paisaje de la Casa de Campo y del Campo del Moro, que todavía se ven desde los balcones del patio del Palacio Real de Madrid; de entonces son los maravillosos retratos del príncipe Baltasar Carlos, de la reina Margarita de Austria, del conde-duque de Olivares y de Felipe IV. En algunos de ellos no todo es de Velázquez. Esta segunda manera termina con el cuadro conocido con el nombre de "Las Lanzas" y que representa la rendición de Breda. Sin disputa es la más notable pintura de asunto histórico. La dignidad con que están tratados los dos bandos, la irreprochable ejecución técnica y las bellezas puramente plásticas, hacen de este cuadro una obra maestra.

El año 1649 Velázquez sale nuevamente a Italia. Durante su permanencia en Roma pintó el maravilloso retrato de Inocencio X, verdadera sinfonía en rojos, lleno de realidad.

Su regreso a España corresponde a la tercera manera del pintor, llamada Abreviada, y en que realiza sus mayores creaciones. Fatigado acaso de pintar retratos cortesanos, busca variedad en la serie de bufones y tipos del hampa. Velázquez había resuelto el problema del dibujo, el de dar vida a su pintura, el de nuevas coloraciones, que daba origen al problema fundamental de la pintura: la luz. Este enigma, que sólo en tiempos muy posteriores había de descifrar la llamada escuela "impresionista," se presentó claramente

a Velázquez y fué resuelto admirablemente por él. Como si eso no fuera bastante, se remonta más, y trata de darnos, y lo consigue, la ilusión de la realidad en sus cuadros. Espíritu realista, de ascen-



RETRATO DEL ARTISTA

dencia española al fin, nunca representará sino lo que realmente sus ojos ven; pero consigue darnos una reproducción tan exacta de la naturaleza, que parece cosa de encantamiento o de fantasía. La

tercera manera concluye en dos cuadros admirables, que son el compendio del arte de Velázquez: "Las Hilanderas" y "Las Meninas." Estas dos obras hacen a Velázquez, en punto a técnica, el más grande pintor que haya existido nunca. Representar, con unas cuantas pinceladas toscas, seres dotados de vida y dotados de espíritu que se mueven en un ambiente profundo que por momentos parece también dotado de espíritu, es la mayor proeza que cual-

CABEZA DE UNA DE LAS DAMAS DE HONOR, EN EL CUADRO "LAS MENINAS"

quier artista haya podido realizar. Se ha objetado a Velázquez que sólo pintaba hombres degenerados de la Corte y de la calle, príncipes deformes y bufones monstruosos; en esto Velázquez, adelantándose como en tantas cosas a su tiempo, no hizo sino crear, como postulado del arte, la independencia y la nobleza del arte mismo respecto a los objetos representados. Esto sólo hoy lo podemos comprender.

Conocimientos Útiles

HIGIENE DE LA BOCA

A LOS MAESTROS

POR SERVANDO LATORRE F.

A relación fisiológica que la vida establece entre nuestros órganos, pues cada uno contribuye, con su función, a completar o perfeccionar las funciones de los demás, tiene, como consecuencia, una relación patológica, y es esto tan notable en lo que respecta a la boca, que es ya verdad indiscutible que *nada afecta al organismo sin que repercuta en la boca, ni nada afecta a ésta sin que sufra el organismo,* expresión que constituye la síntesis de las segunda y tercera leyes de Lebedinsky.

Tal importancia tiene este conocimiento, que a medida que progresa la patología se adjudica más valor al reconocimiento de la boca como elemento de diagnóstico de las enfermedades generales, y que del atento examen de este órgano podría descubrirse mucho del porvenir patológico y fisiológico del individuo.

Se explica así el interés con que la medicina moderna concentra afanes hacia su estudio, y el celo con que médicos y dentistas recomiendan el cuidado de la boca como un factor importantísimo de salud y bienestar orgánicos.

Mucho se ha progresado en este sentido, y, a medida que se eleva el coeficiente de cultura general, se va dando al punto la importancia que merece; pero, desgraciadamente, lo hecho es poco en proporción a lo necesario, pues es incalculable el número de sujetos que concurren a las clínicas con la boca en completo abandono, y hasta que hacen alarde de no practicar jamás la higiene bucal.

Poco cuesta descubrir la causa de este mal, que no es otro que la ignorancia en que viven con respecto al rol que juega la boca en nuestro organismo. No conciben, por ejemplo, qué consecuencias traerá a sus pulmones la falta de higiene bucal; qué peligros constituyen para sus aparatos circulatorio, digestivo, etc., los raigones infectados, verdaderos *nidos de microbios;* qué desarreglos anatómicos, fisiológicos y psíquicos determinará la mala masticación, etc.

Divulgarlo, enseñarlo, pues, es hacer obra buena, y es la Escuela campo tan fecundo para todo lo que queremos que se arraigue en la mentalidad del pueblo, el factor más eficiente en esta obra de mejoramiento social.

Y esta síntesis de higiene bucal, dedicada exclusivamente a los maestros, es mi modesta contribución a la empresa, que, tengo esperanzas, será muy pronto una preocupación de los que manejan la vida del Estado.

NECESIDAD DE HIGIENIZAR LA BOCA

A). Para todo el que ha hojeado un texto de fisiología o higiene, no puede ser desconocida la aserción científica que denuncia a la boca como un excelente campo de cultivo microbiano, encontrando en ella los microorganismos tan propicio ambiente para su existencia, que los bacteriólogos han dado en llamarle el "paraíso de los microbios."

Y es que todo conspira en ella hacia este fin. Su anatomía, que ofrece condiciones especiales para la retención (vestíbulo, espacios interdentarios, irregularidades de las caras oclusales de los dientes, orificios glandulares, etc.); su fisiología, que la presenta constantemente húmeda y cálida; su condición de órgano integrante de la porción ingestiva del aparato digestivo, ejecutor de la función masticatoria, obligada, por ésto, a recibir todos los alimentos tal como vienen de fuera, la repercusión que sufre ante desequilibrios funcionales más o menos lejanos (alteración funcional de las glándulas salivares, etc.); la influencia que sobre su buen estado de higiene y de salud tienen dolencias como la tuberculosis, sífilis, difteria, fiebres eruptivas, afecciones pulmonares y del aparato digestivo, etc.; la facilidad de ofrecer para los aerobios abundancia de oxígeno y eficaz protección contra este elemento a los anaerobios, y, en fin, la circunstancia de mantenerse en una semiobscuridad tan favorable a la vida microbiana, facilitada aún en sumo grado por la natural descamación epitelial y los residuos alimenticios.

Se explica así que la flora microbiana bucal sea de una riqueza extraordinaria, habiendo el doctor Raynal reconocido hasta 108 (ciento ocho) especies, de las cuales considera de permanencia constante unas 64 (entre ellas las 30 de Miller, cuya acción combinada produce la caries dental), y comprobando que son huéspedes habituales de la boca microorganismos tan peligrosos como el bacilo de la tuberculosis (Koch), el de la difteria (Loeffer), del tifus (Ebert), el de la grippe, etc.

Todos estos elementos dejan en la boca sus productos de desasimilación: gases como el hidrógeno sulfurado, carburos de hidrógeno, y ácidos como el butírico, láctico (a los que se les atri-

buye el reblandecimiento del esmalte), valeriánico, fórmico, etcétera, capaces todos ellos de determinar trastornos patológicos, ya atacando las partes duras de los dientes, haciéndolos más vulnerables a la acción microbiana, ya irritando la mucosa provocando estados congestivos y sus naturales complicaciones.

Y ante este conocimiento ya surge la necesidad de hacer higiene de la boca para eliminar, destruyendo o barriendo de la cavidad oral los microorganismos, descontando así numerosas probabilidades de diversas enfermedades, determinadas por éstos o sus productos.

B). Cierto es que el organismo dispone de defensas naturales, ejercidas en la boca *por la saliva*, con su acción mecánica y su poder quimiotáxico positivo, atribuyéndosele también una acción antiséptica (Sanarelli, Lermoyez), ya sea por el sulfocianuro de potasio, ya por su frecuente riqueza en leucocitos; por el *aparato linfo ganglionar bucal y parabucal, y los movimientos propios de la boca*.

Estos elementos ejercen una valiosísima resistencia a la acción microbiana, neutralizándola a menudo, estableciendo un equilibrio que Lebedinsky llamó *equilibrio biológico del medio bucal*, explicándose así cómo la permanencia en la boca de especies microbianas eminentemente patógenas, no ocasionan en el individuo que los llevan trastornos en relación a su virulencia.

Pero es necesario no olvidar que el radio de acción del aparato ganglionar, de los tres mencionados el principal por su eficaz y a menudo decisiva acción fagocitaria, no comprende sólo la boca, sino que es mucho más amplio, y si su fuerza defensiva está monopolizada por las exigencias de la boca, como sucede frecuentemente cuando no se observan prácticas de higiene bucal, es evidente que será en perjuicio de las otras regiones que están bajo la misma influencia definitiva, que se harán naturalmente más vulnerables.

Un ejemplo: la tuberculosis elige frecuentemente, como puerta de entrada, las amígdalas o la superficie nasofaríngea, que en estado normal el organismo, logran oponer al bacilo de Koch una resistencia feliz, pero distraído su poder defensivo por la lucha con los elementos microbianos bucales, no podrán ejercer toda la defensa de que son capaces, ofreciéndose más vulnerables a los bacilos que encuentran más probabilidades de éxito; es así como con frecuencia, por septicidad bucal, llega a invadir la tuberculosis, meningitis epidémica, grippe, escarlatina, sarampión, etc.

Más aún: fatigado el sistema defensivo por la lucha constante con la septicidad oral y solicitadas constantemente sus fuerzas en defensa de esta región, las dolencias de las regiones vecinas comprendidas bajo su radio de acción quedan libradas a la eficacia más o menos feliz de los recursos terapéuticos, que no será secun-

dados en toda su integridad y valor por la defensa orgánica, suficiente en muchos casos, y valiosísima siempre.

Ejemplo: las cosas en este estado, una inflamación de la superficie nasofaríngea podría llegar (lo que sería más difícil si la boca estuviera en buenas condiciones de higiene), al estado crónico con los desastrosos resultados inevitables: pérdida de la permeabilidad de la mucosa atacada, lo que haría disminuir la cantidad de aire que pasa a los pulmones, determinando, por lo tanto, una disminución de la capacidad vital de estos órganos; el paciente se ve obligado a respirar por la boca, lo que acarrea toda una serie de consecuencias desgraciadas para el organismo, etc., etc.

Es necesario, pues, *hacer higiene de la boca, para ayudar y conservar al sistema de defensa en toda su integridad funcional, llevando al máximo su poder defensivo, y reduciendo al mínimo las probabilidades de éxito para los microorganismos.*

C). No molestada la permanencia de los microorganismos en la boca, los órganos de defensa, solicitados constantemente, acaban por fatigarse; y si los microbios logran romper en su favor el equilibrio biológico, se inicia la acción por las partes más vulnerables, lo que es contestado de inmediato por el organismo con una intensificación de la acción fagocitaria, lo que requiere una mayor afluencia de sangre, determinando un principio de congestión en la mucosa gingival, que pronto se muestra con ese color rojo característico de las mucosas inflamadas, tornándose dolorosas y sangrantes.

Si abandonado el organismo en estas circunstancias a sus solos recursos, puede conseguir nuevamente el equilibrio; o el estado inflamatorio se prolonga y hasta puede llegar al período crónico con las naturales consecuencias: encías hipertróficas, sangrantes, dolorosas, descolladas, sarro, mal aliento, dientes flojos, alvéolos supurantes, etc.

En este estado, si obedeciendo a una causa debilitante (enfriamiento, fatiga, depresión moral, anemia, etc.) el organismo cede; o si por alguna circunstancia, que muy a menudo es la septicidad bucal, los microorganismos adquieren mayor virulencia preponderando en la lucha, la invasión se produce ya por la vía linfática, ya por la circulatoria, determinando los correspondientes estados anormales.

Pero además del peligro de infección, constante en las bocas descuidadas, por las vías linfáticas y sanguíneas, existe el peligro no menos grave de infección por vía digestiva. En efecto, al masticar necesariamente han de mezclarse a los alimentos gran cantidad de microbios, además de sus toxinas, y restos alimenticios en putrefacción que, al ingerirse con el bolo alimenticio, pueden determinar afecciones del estómago y singularmente de los intestinos, ya

por acción directa de los microorganismos, ya favoreciendo la putrefacción de sustancias digeridas incompletamente.

D). Enuncia Lebedinsky en una de sus leyes: *"el equilibrio biológico del medio bucal está en relación con el equilibrio general de nuestra economía. Si la balanza del equilibrio general cae de un lado, el equilibrio bucal se resentirá de ello, y esta ausencia de equilibrio se manifestará por diversas lesiones de la cavidad bucal y sus anexos,"* lo que vertido en otras palabras equivale a decir: *los estados patológicos generales repercuten en la boca con lesiones más o menos importantes.*

Desde luego, en las afecciones generales se comprende que todo organismo se resiente de debilidad más o menos notable, encontrándose debilitadas las defensas, y, por lo tanto, las de la boca, lo que además de presentar un terreno mal defendido a los microbios, exalta la virulencia de éstos, que pueden entonces romper en su favor el equilibrio biológico del medio bucal, produciendo las variadas lesiones que caracterizan sus actividades.

Es lo que acontece en el desarrollo de numerosas afecciones, ya infecciosas (sífilis, tuberculosis, tifus, fiebres eruptivas, difterias, etcétera), ya diatésicas (artritismo, escrófula), ya en los estados fisiológicos naturales (menstruación, preñez, crecimiento, etc.), ya en ciertas intoxicaciones (hidrargirismo, fosforismo, etc.), ya, en fin, en todas las alteraciones de la salud que de una u otra manera debiliten el organismo.

La saliva, tan idónea en la lucha contra el polimicrobismo bucal, es alterada en el curso de numerosas dolencias hasta hacerse incapaz para cumplir su misión de defensa, sea perdiendo su poder quimiotáxico positivo, o su alcalinidad, o por llegar a la boca en cantidad exigua, como sucede en las fiebres, favoreciendo la vida microbiana y exaltando su virulencia.

Y terminando con esta parte del asunto, es indiscutible que la depresión orgánica, sea cual fuere la causa, repercute en la boca (como en todos los órganos, pues si están fisiológicamente subordinados, lo estarán también patológicamente), alterando o favoreciendo la alteración de su estado de salud, debilitando sus tejidos y disminuyendo la resistencia de los tejidos dentarios. Merece especial mención la influencia que en el estado de salud de la boca en la mujer ejerce el estado gravídico, y que el vulgo expone en la conocida frase: "cada hijo cuesta un diente." Es que la mujer en este estado tiene sus dientes singularmente expuestos, como consecuencia de la desmineralización de su organismo exigida por la formación del nuevo sér, lo que determina un descenso en el coeficiente de resistencia en los dientes mantenidos por la riqueza en sales de calcio de sus tejidos duros.

Pero, y según afirma Miller, los estados patológicos no hacen más que preparar el terreno, y las lesiones (aun las de carácter es-

pecífico, según Galippe) son obra del polimicrobismo bucal, resultando entonces evidente la necesidad de vigilar especialmente la boca durante las enfermedades, y *practicar higiene bucal como medida profiláctica ante la repercusión que las alteraciones del estado de salud general tienen en la boca.*

Dos exponentes tiene la septicidad bucal, que la delatan de una manera singularmente llamativa: *el aliento fétido y los dientes sarrosos.*

La fetidez del aliento, que en algunas personas llega a un grado verdaderamente temible, haciendo insoportable su conversación, es producida por la putrefacción de los restos alimenticios y residuos epiteliales, retenidos en las cavidades de las caries y demás lugares de retención, y es constante y característico en los que tienen caries de tercer grado avanzado (pulpa y parte de los filetes dentarios putrefactos) y de cuarto (pulpa y filetes totalmente putrefactos) en las bocas muy sarrosas y en los piorreicos.

El sarro, *tártaro salival,* verdaderas colonias microbianas protegidas por depósitos calcáreos, se produce por precipitación de las sales de calcio de la saliva, siendo esta precipitación favorecida por el mal estado de salud, por la falta de actividad de los dientes y *también por malas prácticas de higiene bucal y la falta de ésta.*

Verdadero foco de infección mantenido en la boca, no sólo dificulta la limpieza, sino que anula los resultados de ésta, manteniendo la boca en constante septicidad, favoreciendo las manifestaciones de caries, determinando inflamaciones gingivales (encías hipertrofiadas y sangrantes), debilitando la implantación de los dientes (dientes flojos), y provocando finalmente la temible poliatritis expulsiva (piorrea), que tantas desdentadas hace.

Y recordando que con el uso de dentífricos adecuados (y de aquí la necesidad de que el dentista recete los dentífricos después del examen de la boca y del medio bucal) puede evitarse la producción del tártaro salival, surge la evidencia de que *es necesaria la higiene de la boca para evitar el mal aliento y malograr la precipitación de las sales calcáreas de la saliva.*

F). Además, una boca descuidada, que por el mal estado de sus dientes (caries, "surmenage" de un lado por impotencia funcional del otro; pulpitis; periodonditis; dientes rotos, móviles, etcétera), o de su mucosa (gingivitis, estomatitis, leucoplacia, etcétera), o por lesiones más profundas (flemones, fístulas, piorrea, etcétera), no está en condiciones de llenar su cometido en la medida que requiere la función digestiva, con el natural perjuicio del organismo, al punto que se considera indiscutible que todo individuo que tenga la boca en esas condiciones, *es más o menos dispéptico.*

La explicación es sencilla: en malas condiciones el aparato masticatorio, la masticación se efectúa con más dificultad, incompleta casi siempre, y el bolo alimenticio pasará a la faringe mal

elaborado, recibiéndolo el estómago en condiciones que para digerirlo exigirá un trabajo más intenso que el normal. La falta de trituración del alimento no permite terminar la digestión bucal, desde que la saliva no tiene tiempo de hacer obrar sus diastasas con la eficacia necesaria, malográndose así una cantidad de azúcar, y las correspondientes calorías. La digestión estomacal, que tiene que ser ayudada por la bucal, no puede, mal hecha ésta, dar todo el provecho de que es capaz, y es así como en las bocas descuidadas retardan y hacen más difíciles las digestiones, obstaculizando y haciendo más pesado el trabajo del estómago, lo que necesariamente ha de reportarle fatiga, acelerando su natural agotamiento.

Y la falta de higiene bucal, que imposibilitando la completa masticación entorpece la función digestiva, lo que ha de repercutir en la anatomía del aparato, hará también sentir su influencia en la nutrición, pues es lógico que la mala digestión malogre la asimilación, y, yendo aún más lejos, afectará al individuo en su misma entidad moral, pues conocida es la influencia de las malas digestiones sobre el carácter. Y a poco que se ahonde en este terreno, se llega a descubrir una cantidad insospechable de consecuencias, todas contrarias al organismo, que no sólo afectarán al paciente con perturbaciones fisiológicas, sino que, por ley de subordinación también anatómicas y psíquicas, que, al afectar al individuo, afectarán a la colectividad (1).

Se deduce entonces la necesidad de practicar higiene bucal para conseguir de la función digestiva el máximo de beneficio, asegurando las otras funciones que le están subordinadas.

G). Pero de todas las enfermedades que la septicidad bucal acarrea al organismo, es indudable que merece especial mención, puesto que de ella depende en muchos casos que las otras se produzcan, y, por sus consecuencias, la llamada *caries dental.*

La importancia que la Medicina moderna asigna a las caries es tanta que en Alemania y Estados Unidos de Norteamérica se les considera como una plaga social, como la sífilis, la tuberculosis y el alcoholismo, preocupándose ya sus instituciones de combatirla de acuerdo con este criterio, siendo de desear que este concepto se haga universal y que los Gobiernos se preocupen, con la atención debida, de este problema fundamental para la salud del pueblo.

Los peligros de una boca con dientes afectados de caries son innumerables; baste decir que todo el organismo está constantemente amenazado.

La caries, desde luego, ofrece en su cavidad un cómodo albergue a los microbios, cuya existencia está perfectamente asegurada

---

(1) Merece recordarse a este respecto la opinión del anatomista que atribuía a una dispepsia de Napoleón, como consecuencia de una mala dentadura, la causa de la guerra francoprusiana.

por los restos alimenticios y de la descamación epitelial, retenidos y protegidos eficazmente, ofreciendo así un propicio campo de acción; pero, y lo que es aún más grave, en las llamadas caries de tercero y cuarto grado, en que la perforación de los tejidos duros pone a la pulpa dentaria o a los tejidos más internos en comunicación con el medio bucal, ofreciendo una puerta de entrada mal defendida, y siempre abierta a las infecciones.

Y así la caries, que ya proporciona al paciente las molestias características de esta dolencia (dolor, insomnio, mal aliento, impotencia para la masticación, neuralgia, debilitamiento, decaimiento moral, etc.), no tardará en traerle las consecuencias de las complicaciones que son frecuentes (gingivitis, estomatitis, fluxión, flemones, fístulas, piorrea, necrosis del maxilar, tic doloroso de la cara, quistes radiculares, adenitis, trismus, dolencias del oído, de la vista, de la piel, etc.), favoreciendo la acción de los microorganismos bucales y facilitando la invasión de peligrosas enfermedades *singularmente la tuberculosis*.

Ahora bien, de que la falta de higiene bucal trae como consecuencia manifestaciones de caries, ya no es posible dudar, desde que a pesar de las diversas incógnitas que preocupan aun a los investigadores, y que éstos lleguen a distintas conclusiones siguiendo las teorías diversas que atribuyen a distintas causas un papel preponderante en la patogenia de las caries, es unánime y se considera indiscutible el concepto de que es principalísimo el rol microbiano, es decir, que *sin bacterias no hay caries*, de donde se deduce que la higiene de la boca la evitaría casi siempre.

La higiene de la boca es necesaria, pues, para evitar la caries, evitando así las molestias que ésta ha de producir, las complicaciones que le hacen cortejo y malogrando la invasión siempre en acecho, de la tuberculosis y otras dolencias graves.

COMO DEBE HACERSE LA HIGIENE DE LA BOCA

Desde luego debe ponerse la boca en condiciones, eliminando todos los factores de septicidad; se curarán, pues, las caries; se efectuará la avulsión de los dientes incurables; se eliminará el sarro, y se tratará de corregir las anomalías dentarias.

Eliminando estos factores negativos, será fácil y agradable conseguir asepsia oral, mediante los elementos de que actualmente se dispone: el cepillo para dientes, los hilos y los dentífricos (cremas, elíxires y polvos), a los que es necesario dedicar unas palabras, dada lo mal conocidas que son las condiciones que deben reunir.

Empecemos por el cepillo para dientes: en el comercio se expenden variadísimos tipos, siendo por desgracia los más malos, como son los fabricados con cerdas iguales, cortadas transversal-

mente y presentando en conjunto sus extremos libres una superficie plana, tipo impropio y que debe desecharse. Igualmente deben rechazarse los cepillos de goma, perjudiciales para las encías, e incapaces de ejercer una fricción enérgica.

El cepillo para dientes debe ser de cerdas de una dureza mediana, más bien duras, pues las cerdas suaves no ejercen sobre la encía la fricción necesaria, ni arrastran los detritus de los espacios interdentarios. Estas cerdas deben estar colocadas en grupos bien aislados, para favorecer su higienización, y cortadas en ángulo, para que puedan penetrar en los espacios interdentarios (fig. A), y dispuestas en tal forma que la parte activa presente, en conjunto, una superficie curva, de fácil adaptación a la arcada dentaria.

Los hilos deben ser de seda, siendo excelentes los que con este fin se expenden en las casas dentales.

En cuanto a los dentífricos deben ser recomendados por el

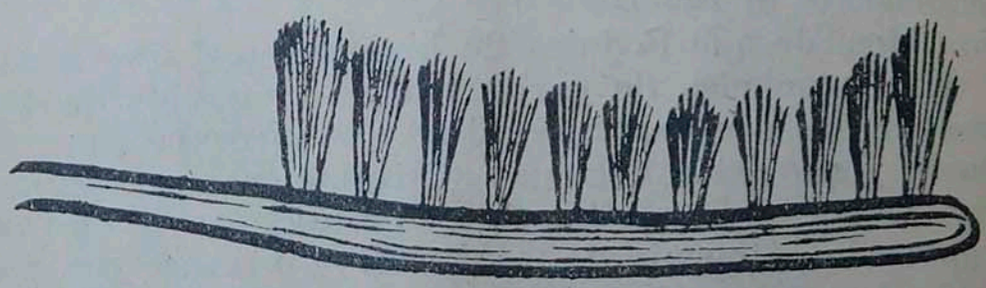


Fig. A

dentista, y el consumidor debe desconfiar de los polvos, pastas y elíxires que se expenden en el comercio, aceptados por los profanos, que se sugestionan muchas veces por éxitos aparentes, éxitos en que está precisamente su mala condición, pues es conseguido con substancias, singularmente ácidas, que obrando químicamente sobre el esmalte, le atacan haciéndolo más vulnerable, o mediante cuerpos duros (pómez, lirio porfirizado, carbón, etc.), o insolubles (quina), que desgastan el esmalte haciéndole estrías y aun lo eliminan (dientes amarillos), y depositándose bajo el reborde gingival, pueden, obrando como cuerpos extraños, determinar inflamaciones de la mucosa.

Conocidos los elementos con que actualmente se hace higiene oral, debe interesar la manera de usarlos, pues, para que rindan los beneficios, es necesario saber utilizarlos y cuándo se han de utilizar.

La mayoría del público hace uso del cepillo imprimiéndole un movimiento de atrás adelante, a lo largo de la arcada, es decir, en dirección del eje transversal de los dientes, y es precisamente la

peor manera de usarlo, pues las cerdas imprimen a las lengüetas gingivales un movimiento de vaivén, irritándolas, y rompiendo la adherencia de la encía alrededor de los dientes. Además, como consecuencia del roce, se producirá necesariamente desgaste (notable cuando se usan polvos o pastas con pómez, carbón, etc.), que formarán estrías a lo ancho del diente, siendo entonces mucho más visibles.

El cepillo, cargado con los polvos o cremas recetados, debe frotarse de arriba abajo en los dientes superiores (a, b, fig. B) y de abajo arriba (c, b, fig. B) en los dientes inferiores, y luego juntando los dientes por sus bordes cortantes, se frota toda la arcada, imprimiendo al cepillo un movimiento giratorio (m x, fig. B).

Una vez limpias las caras vestibulares de los dientes, se pro-

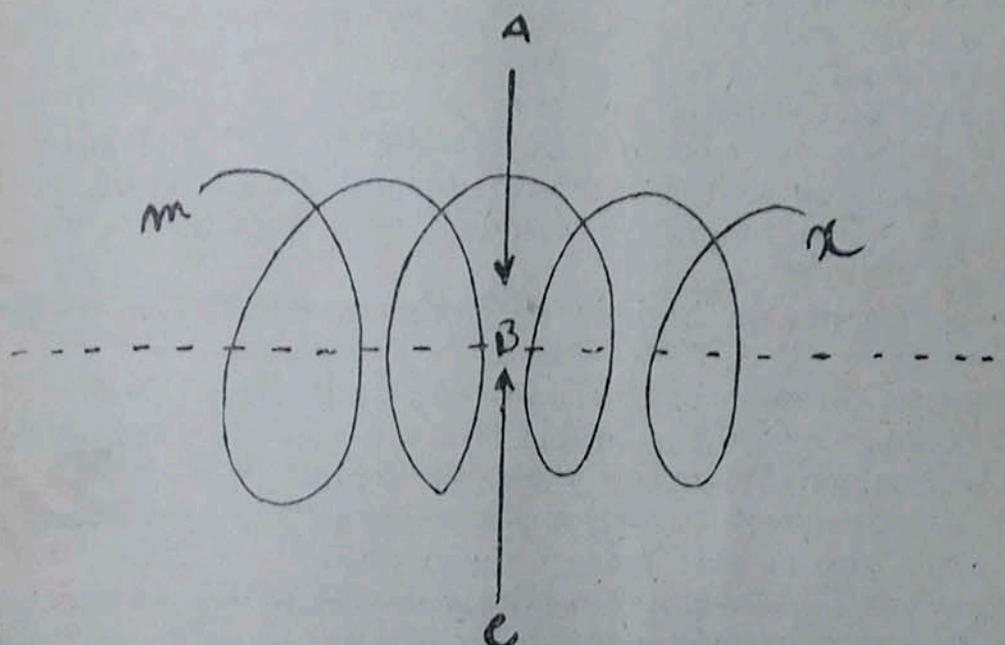


Fig. B.

cede a la limpieza de las caras linguales, para lo cual se aprovechan los primeros manojos del cepillo (a, fig. A), efectuando los mismos movimientos, y luego a las caras oclusales o masticantes, que se friccionarán de adelante atrás y viceversa.

El friccionamiento se hará extensivo a las encías; pero como esto resulta muchas veces molesto, se puede efectuar un masaje digital, friccionando convenientemente con el dedo desnudo, lo que activará la circulación de la sangre alrededor de los cuellos, vigorizando la encía y estimulando las defensas.

Terminada esta operación se enjuagará la boca abundantemente con agua, a la que se adicionará el elíxir indicado por el dentista.

La limpieza con el cepillo debe hacerse después de cada comida (infinitamente mejor que por la mañana, como hacen tantos), y

ayudada por el uso de los hilos, deslizándolos entre los dientes para desembarazar de restos alimenticios las caras proximales, hilos que se sustituyen con ventaja a los mondadientes, casi siempre antihigiénicos y siempre peligrosos.

Estas prácticas higiénicas deben ser completadas con enjuagues abundantes al levantarse por la mañana, con agua tibia, aromatizada con un elíxir de una alcalinidad capaz de neutralizar los ácidos que se hubieran formado en el medio bucal durante la noche, creyendo recomendable una solución de perborato de soda, que al descomponerse en la saliva desprende oxígeno, poderoso antiséptico, y se transforma en borato de soda, que da al medio la alcalinidad necesaria y tiene, además, una acción astringente, lo que favorece la adhesión de la encía a los dientes.

Estos lavados se repiten al acostarse.

Pero a pesar de estos cuidados, y como consecuencia de la precipitación de las sales de la saliva, podrían formarse en los dientes depósitos de sarro que es necesario hacer desaparecer, lo que debe efectuar el dentista, y como la formación de estos depósitos se produce a veces muy lentamente, sin que el sujeto se dé cuenta, es conveniente que se haga, por lo menos cada seis meses, un examen de la boca.

De suerte que la higiene de la boca, puesta en condiciones, requiere:

1.° Al levantarse: gargarismos con agua tibia alcalina.

2.° Después de cada comida: fricción con el cepillo y dentífricos prescritos por el dentista y masaje digital.

3.° Al acostarse: gargarismos con agua tibia alcalina.

4.° Cada seis meses: examen de la boca.

De más está decir que el cepillo y demás útiles de higienización bucal deben ser rigurosamente individuales, pues de otro modo se convertirían en agentes de infección.

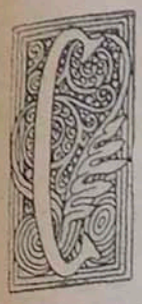
Para evitar esto debe cuidarse también de su asepsia, conservándolos después de su uso en una solución antiséptica, previo lavado en agua clara, para eliminar los detritus bucales que hubiera traído, siendo muy práctico mantenerlo en un recipiente con este fin exclusivo, conteniendo una solución de formol, timol, cloruro de sodio u otro antiséptico parecido.

Las mismas precauciones habrá que tomar con los aparatos protésicos, que puedan retirarse de la boca, los que deben ser retirados al acostarse y depositados en un recipiente dedicado a este fin, conteniendo una solución alcalina y antiséptica, a fin de neutralizar la acción ácida de los depósitos que pudieran formarse. Antes de colocar nuevamente el aparato debe sometérsele a un cepillado riguroso, lo mismo que después de cada comida.

Si el aparato fuera metálico podrá hervirse; pero nunca se hará esto con los de caucho, pues corren peligro de deformarse.

LOS LOGARITMOS PARA LOS NIÑOS

I



UANDO seais ya jóvenes, cuando estéis en algún colegio, estudiaréis qué son "logaritmos;" ahora yo quiero despertar en vosotros un interés por esto que os parecerá un juego, pero que es nada menos que uno de los capítulos más importantes de la ciencia matemática.

Escribid la serie natural de los números comenzando por cero; así: 1, 2, 3, 4, 5, etc., hasta donde querráis; luego, a la par del cero, escribid un uno (1) y seguid escribiendo, a la par de los otros números, el duplo del último número escrito, hasta completar. Ahora bien: la primera columna está formada por los logaritmos de la segunda; por ejemplo el logaritmo de 32 es 5; el de 16,384 es 14; el de 8 es 3; el de 2,048 es 11, etc. Ahora vais a divertiros con esos números; pero antes escribid sobre los primeros una "L" y sobre los otros una "N;" la "L" quiere decir "logaritmo," y la "N" "números."

L	N
0	1
1	2
2	4
3	8
4	16
5	32
6	64
7	128
8	256
9	512
10	1,024
11	2,048
12	4,096
13	8,192
14	16,384
15	32,768
16	65,536
17	131,072
18	262,144
19	524,288
20	1.048,576

Decidme qué os gustaría más hacer: ¿una multiplicación o una suma? De seguro me diréis una suma por ser más fácil; pues con esos números que habéis escrito allí veréis cuán sencillo es hacer una multiplicación con sólo números de la columna "N:" no necesitáis saber la tabla de multiplicar, sino simplemente sumar; eso es todo; si, por ejemplo, queréis multiplicar 65,536 por 8, no tenéis más que tomar los logaritmos de esos dos números que son, respectivamente, 16 y 3 (ved la columna de números), sumarlos y el resultado 19 a qué número corresponde: inmediatamente el cuadro os dice que a 524,288; pues este número es el que resulta multiplicando a 65,536 por 8; hagamos la multiplicación:

65,536
8

524,288

¿Estáis convencidos de la sencillez y facilidad con que hemos hecho esa multiplicación? Ved otro ejemplo: ¿Cuál es el producto de los cuatro números siguientes: 128, 16, 32 y 4? Buscad los logaritmos; son respectivamente: 7, 4, 5 y 2. ¿Qué suma dan esos cuatro logaritmos? Suman 18; entonces ¿cuál es el producto de los números 128, 16, 32 y 4? Es el número correspondiente al logaritmo 18, es decir, 262,144. Haced las operaciones en vuestros cuadernos y veréis que está bien.

Apostaría que os ha gustado el sencillo modo de multiplicar; pues os voy a enseñar a dividir así, sencillamente, y de seguro os gustará aún más.

Para dividir hacemos lo contrario que para multiplicar. ¿Sabéis qué? Restar los logaritmos (el del divisor al del dividendo); la diferencia resultante es el logaritmo del cociente. Aclaremos esto con el siguiente ejemplo: dividir 32,768 entre 128; sin que yo os haya dicho nada, ya os veo buscando los logaritmos de los números ésos: son 15 y 7 respectivamente; no tenéis más que buscar el número correspondiente al logaritmo 8, pues 8 es la diferencia entre 15 y 7; vamos a la tabla y encontramos, a la par del logaritmo 8, el número 256, que os aseguro es el cociente que resulta de dividir a 32,768 entre 128. Hagamos la división y os convenceréis:

32,768	128
716	256
768	
000	

¿Ya veis que no estábamos equivocados? Pero no os alarméis: hay algo aún más curioso que hacer con los logaritmos y que ya muy pronto os enseñaré.

II

Es todo esto tan curioso que no quiero que os quedéis sin saberlo. Ya os conté cómo se multiplica rápidamente y con qué sencillez se hacen divisiones con ayuda de los logaritmos; ahora veréis con cuánta facilidad elevamos una cantidad al cuadrado, al cubo o a cualquier potencia que vosotros queráis.

Buscad en la columna N un número entre los primeros; ya lo buscasteis: es el número 512; ahora yo quiero que lo elevéis al cua-

drado; pues haced lo siguiente: tomad el logaritmo de 512, que la tabla os dice es 9; multiplicad este logaritmo por 2 (porque es cuadrado o "segunda" potencia lo que calculamos); lo que os da 18; este es el logaritmo del número que resulta elevando al cuadrado a 512; la tabla nos hacer ver entonces que el cuadrado de 512 es 262,144; ahora elevad a la quinta potencia el número 8: no tenéis nada más que hacer lo siguiente:

Buscar el logaritmo de 8... que es... 3 y multiplicarlo por el exponente 5, lo que da 15 (=3×5); busquemos el número correspondiente al logaritmo 15, que es 32,768 y ya está.

Ahora veamos quizá lo que más os va a agradar: es la extracción de la raíz cuadrada, de la raíz cúbica o de cualesquiera otras mediante los logaritmos. Esto sí os va a asombrar más que lo que hemos visto; aprended la regla que dice así: "para extraer la raíz cuadrada de un número, dividid su logaritmo por 2 y buscad luego el número correspondiente a este logaritmo, que será la raíz pedida; si en vez de raíz cuadrada fuese cúbica, cuarta, quinta, etc., en vez de dividir por 2 el logaritmo del número, debéis dividirlo por 3, 4, 5, etc., respectivamente.

Extraed, por ejemplo, la raíz cúbica de 262,144; su logaritmo es 18; dividiéndolo por 3 (es raíz cúbica) nos resulta 6 y el número correspondiente al logaritmo 6 es 64; luego 64 es la raíz cúbica de 262,144; elevad 64 al cubo y veréis que no nos hemos equivocado.

Ahora os voy a dar, con más claridad, la regla para extraer cualquiera raíz, así sea la cuadrada como la séptima, la cúbica como la milésima. Ante todo, vosotros debéis saber que una raíz de un número (cualquier raíz) es otro número que, multiplicado por sí mismo cierto número de veces (tantas como indique el índice de la raíz o también su nombre, v. gr., séptima, trece, novena, 9 veces; la cuadrada y la cúbica podrían llamarse segunda y tercera y sus índices son 2 y 3, respectivamente), produce el número primitivo; por ejemplo: la raíz quinta de 32 es un número que, multiplicado cinco veces por sí mismo, da por producto final 32; ese número es 2 porque

$$2\times2\times2\times2\times2=32$$

el 2 está a la derecha del signo=, 5 veces como factor; por eso decimos que la raíz quinta de 32 es 2; la raíz octava de 65,536 es 4, porque

$$4\times4\times4\times4\times4\times4\times4\times4=65,536$$

Ved que hemos tomado a 4 ocho veces como factor para producir 65,536. Pues la regla, dicha con palabras, sería: para extraer una raíz de un número tomamos el logaritmo de dicho número, lo divi-

dimos por el número de veces que esta raíz tiene que multiplicarse por sí misma para obtener dicho número, y al cociente resultante, que es el logaritmo de la raíz, le buscamos el número correspondiente, que será la raíz pedida. Un ejemplo nos va a servir de mucho ahora: ¿cuál es la raíz sexta de 4,096? Procedamos así:

Logaritmo de 4,096=12

$$12 \div 6 = 2$$

$$2 = \text{logaritmo de } \sqrt[6]{4{,}096}$$

Número correspondiente al logaritmo 2=4

$$4 = \sqrt[6]{4{,}096}$$

En efecto,

$$4 \times 4 \times 4 \times 4 \times 4 \times 4 = 4{,}096$$

Basta; cuando estéis en algún colegio, volveréis a ver estas cosillas con más extensión que antes; sin embargo, algo me queda aún por deciros.

(Del "Repertorio Americano," de Costa Rica.)

EL ARTE DE TRADUCIR

POR LUDWIG LEWISOHN.

A es tiempo de que el arte de traducir tenga un puesto propio entre las otras artes. Como el arte del actor o del músico, éste es un arte de interpretación, más difícil que cualquiera de estos dos, porque en la versión se debe interpretar el original en un medio que no ha concebido nunca el autor. Requiere, para que sea feliz, una exhaustante destreza imaginativa, pues el texto original debe ser comprendido por completo en todos sus matices; requiere un poder y una seguridad sobre la lengua del traductor tan grande como la del pianista sobre el piano, o como la del actor sobre las inflexiones de su voz y la variedad de gestos. Su objeto, también, es idéntico al de estas dos artes hermanas de interpretación: darle una clara voz a la belleza, que de otro modo sería sorda y casi muda. Porque aun para los "amateurs" inteligentes del arte, un poema sutil e intrincado, en una lengua extranjera, es para ellos tan exánime como una página de Beethoven que no se ha escuchado nunca.

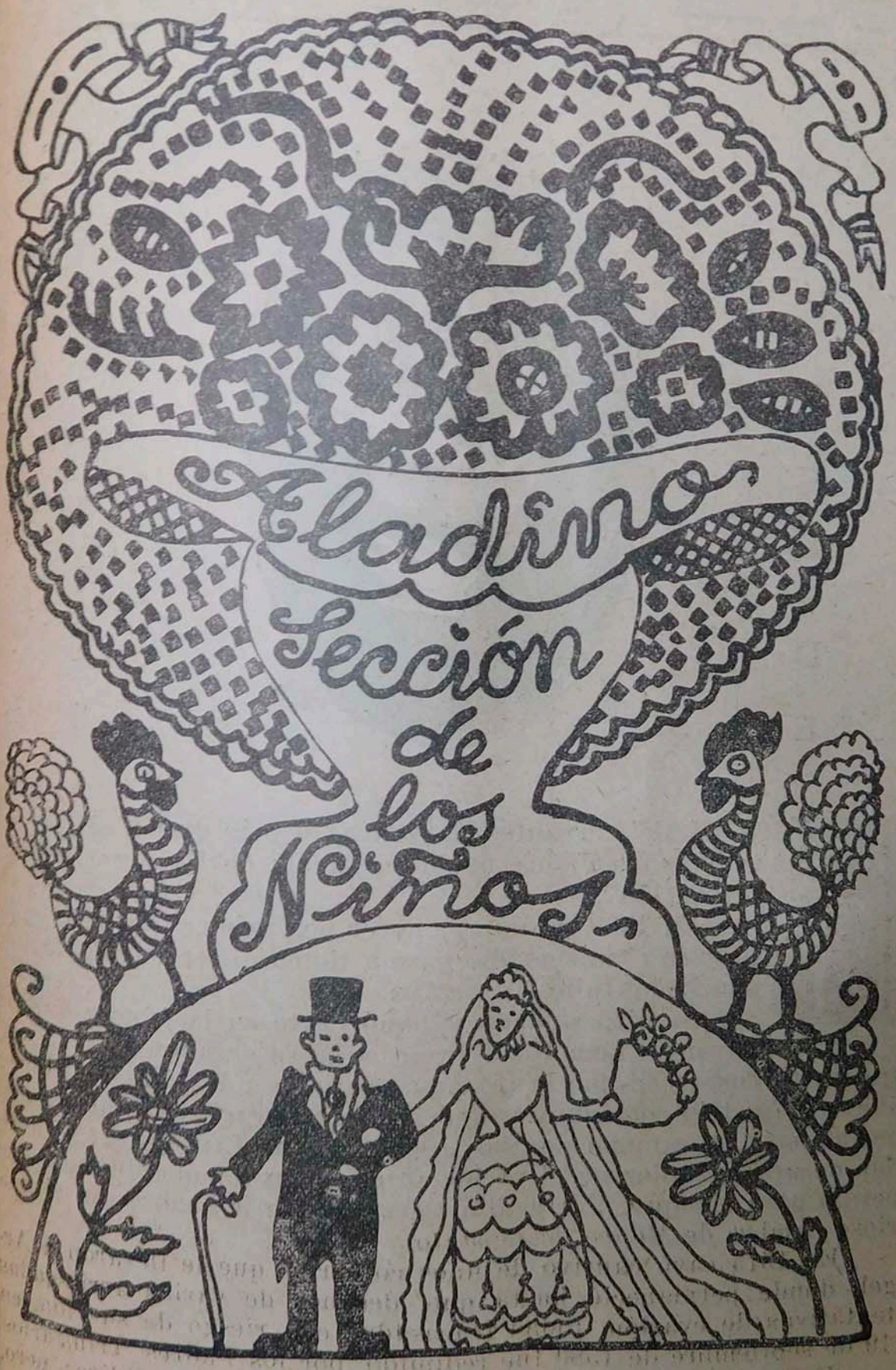
¿Cuál debe ser, pues, el objeto del traductor poético? Antes que todo, el producir un hermoso poema. Si no se realiza esto, se habrá logrado hacer una buena información para los estudiantes de lenguas; pero, en cuanto al arte, se habrá cometido una absoluta ineptitud. Si se lleva a cabo un hermoso poema, mucho puede ser perdonado, aunque un bello poema no es siempre una bella versión. Para llegar a eso se necesita que guarde ciertas relaciones con el original. Para comenzar debe ser fiel, no pedante; pero sí esencialmente fiel, no sólo conservando el contenido general del poema, sino los diversos matices de su interpretación. Debe haber el menor número de alteraciones terminantes, adiciones y omisiones posibles. Los valores de las dos lenguas deben ser, naturalmente, tomados en cuenta. Un idioma debe no sólo copiar al otro sino interpretarlo. Es mejor, sin embargo, arriesgar una ligera obscuridad, que el tiempo y los nuevos panoramas artísticos podrán descubrir, que substituirla por una significación fácil.

La segunda relación que el poema traducido debe guardar con el original, es la dificilísima cuestión de la forma. La naturaleza de la lengua modificará, naturalmente, el problema del tra-

ductor. Si se trata de lenguas que tienen un valor prosódico cas
idéntico, dos lenguas germánicas cualesquiera, por ejemplo, el
traductor debe conservar escrupulosamente la música y las ca
dencias exactas del original. Si se traduce de una lengua que
tiene una prosodia completamente diferente, tal como el francés
del inglés, deben de interpretarse las formas originales por otras
análogas. En cuanto a la cadencia lírica, el objeto debe ser, natu
ralmente, el de conservar la misma música, transferir ésta y se
guir sus modulaciones de línea a línea y de estrofa en estrofa.

Pero éstas son sólo las propiedades exteriores. Lo que carac
teriza a un poeta, sobre todo, es la manera como emplea su instru
mento léxico, su preciso y único método de dar forma al lenguaj
tanto al vocablo como al ritmo para expresar su sentido de l
vida. Y es aquí donde el traductor encuentra la parte más difíc
de su trabajo, pues debe procurar, por imposible que parezc
amoldar su lenguaje a la forma en que lo hace el poeta traducid
El poema que se traduce debe quedar, en una palabra, tal y com
el poeta original lo hubiera escrito, si la lengua del traduct
fuera la suya.

Tradujo Rafael Lozano.


Aladino
Sección
de
los
Niños

EL PRINCIPE DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS

MIGUEL DE CERVANTES

MIGUEL de Cervantes Saavedra, el más grande de los novelistas españoles, nació en Alcalá de Henares, en octubre de 1547.

En 1569 se dió a conocer por primera vez como poeta, y en el mismo año pasó a Roma al servicio del legado pontificio Julio Acquaviva.

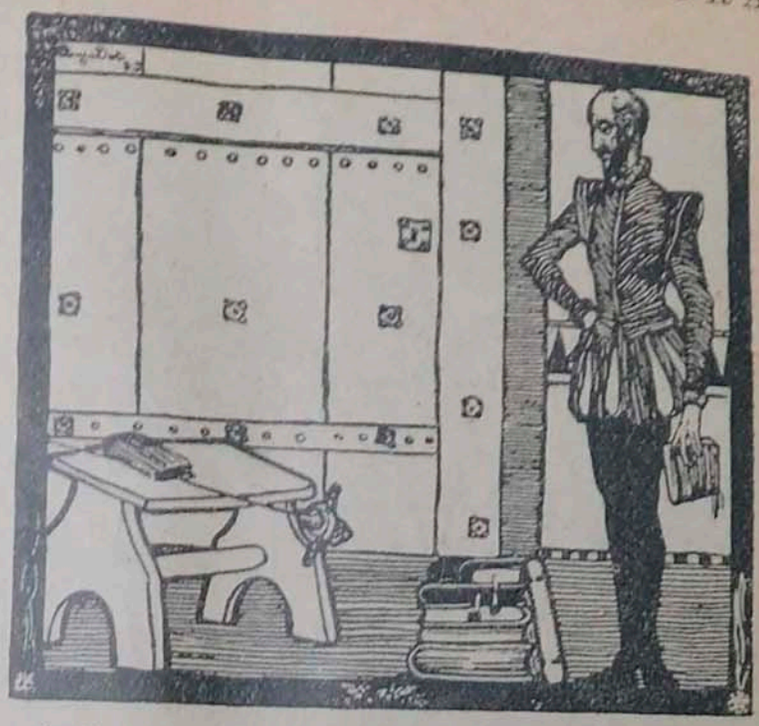
Se hizo soldado y tomó parte en la famosa batalla naval de Lepanto, librada en 7 de octubre de 1574 contra los turcos, en la que la armada cristiana a las órdenes de don Juan de Austria consiguió un glorioso triunfo sobre las armas mahometanas. En esta memorable acción recibió Cervantes tres heridas de arcabuz: dos en el pecho y una en la mano izquierda, que perdió para siempre. Por esto a Cervantes se le conoce con el glorioso nombre de *Manco de Lepanto*.

En 1575 cayó cautivo de unos corsarios que le llevaron a Argel, donde permaneció hasta que, después de varias arriesgadas tentativas de evasión, todas fracasadas con riesgo de su vida, en 19 de septiembre de 1580 fué redimido por los Padres Trinitarios.

De vuelta a la patria desempeñó algún cargo público; pero,

perseguido por envidiosos y detractores, fué procesado y sufrió una larga prisión, de la que al fin salió cuando su inocencia fué reconocida. Durante el resto de sus años Cervantes recorrió la mayor parte de España, y fué a morir cristianamente en Madrid el día 23 de abril de 1616.

La vida de Cervantes fué una continuada serie de vicisitudes, en las cuales la adversidad predomina sobre los sucesos venturosos. La fortuna fué constantemente esquiva para con el gran novelista.



Quijano, el bueno, el caballero de la Triste Figura, Don Quijote de la Mancha, el único.

Cervantes cultivó la poesía y el teatro; pero con sus famosas aventuras de *"Don Quijote de la Mancha"* conquistó gloria inmortal.

El *"Quijote"* es uno de los libros más portentosos de la literatura universal. Ha sido traducido a todos los idiomas del mundo civilizado, y sus dos figuras principales vivirán mientras el mundo aliente.

Sancho Panza, el socarrón, escudero muy humano, del más alto idealista del orbe...

Don Quijote es la personificación del hombre idealista que da en lastimosas locuras y llega al trance de tomar las cosas muy diferentes de lo que son en realidad; su afán caballeresco le hace ver, como aventuras extraordinarias, los pasos vulgares de la vida cotidiana, y aunque de cada aventura sale quebran-

El retablo de Maese Pablo, una de las más bellas escenas de "Don Quijote."

tado y molido, no acierta a comprender que su desgracia está precisamente en su locura. Toma los molinos de viento por gigantes; los rebaños de mansas ovejas, por ejércitos formidables, y las zafias labradoras, que hieden a ajos, por princesas encantadas.

Por esto, cuando alguien pretende arreglar los conflictos y vencer dificultades con actos de valor que tal vez no vienen a cuento, pero que demuestran gran alteza de miras, se dice de él que es un *quijote;* y a la manía de emprender grandes aventuras sin contar con medios suficientes para intentarlos con éxito probable, se llama *quijotismo.*

El escudero Sancho Panza es todo lo contrario de su amo y se señala por su sentido práctico y su socarronería.

Don Quijote es alto, enjuto de carnes, usa largos bigotes, tiene la nariz aguileña y no se le concibe sin la lanza y el escudo y montado en su caballo Rocinante, tan flaco como su amo.

Sancho Panza es bajo de estatura, rechoncho, mofletudo, avispado, de pocas letras, pero de muy larga intención; es imposible imaginarle sin la bota de vino y sin que lleve en sus raídas alforjas unas cebollas, queso y mendrugos de pan, ya esté durmiendo, ya vaya

La duquesa que hospedó a don Quijote y le dió motivo de las más originales aventuras.

lanzando regüeldos a horcajadas sobre su rucio de enormes orejas.

Don Quijote es generoso, sobrio, limpio en las palabras y alto en los pensamientos; Sancho es egoísta, glotón, turbio en el hablar y no poco taimado en las intenciones.

La enfermedad de don Quijote es exceso de fantasía y de idealismo; el mal de Sancho Panza está en que sólo cree en lo que ve y toca y en una sobra de cazurrería.

Personaje de las "Novelas Ejemplares:" La ilustre fregona.

De las personas que antes de hacer un bien al prójimo se tientan la ropa y procuran huir de los lances apurados, dejando que los demás acometan las empresas mientras ellas se tumban a la sombra, comiendo tranquilamente, se dice que son unos Sancho Panzas.

Personajes de las "Novelas Ejemplares" La tía fingida.

Además de estos dos tipos inmortales, Cervantes, en sus *"Novelas Ejemplares,"* ha dejado otras figuras cuya vida y fama serán también eternas, como la de la *Gitanilla* y las de *Rinconete* y *Cortadillo* y *Monipodio*, que son retratos magistrales de tipos de la España del siglo XVI, que tienen también algo de Quijotes y de Sancho Panzas a la vez.

COMO PERDIO EL BRAZO CERVANTES

Personaje de las "Novelas Ejemplares:"
Leonina de El amante liberal

"En 1570 alióse España con Venecia y con el Papa para combatir a los turcos. La idea de la guerra contra tan cruel enemigo hizo latir de alborozo el bravo corazón de Cervantes, quien se alistó en el ejército que al efecto se organizaba. Las escuadras aliadas y la turca se acometieron el 7 de octubre de 1571, frente a la pequeña ciudad de Lepanto, situada en la costa Norte del Golfo de Corinto, y cuyo nombre se ha hecho famoso en la Historia por haberse reñido en sus aguas, dicho día, una de las más importantes batallas navales del mundo, en la cual intervino Cervantes.

El día de la batalla amaneció nuestro héroe con fiebre, y le dijeron que no podría combatir; pero juzgando indigno permanecer inactivo mientras los otros luchaban, exclamó: "En cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido hasta hoy a Su Majestad, he servido como buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas."

Conociendo su valor y su celo, le dejaron hacer su voluntad; y como recompensa a su levantado espíritu, a pesar de no ser más que soldado raso, fué colocado, en unión de otros

Personajes de las "Novelas Ejemplares:"
Las dos doncellas.

doce, en uno de los puestos de mayor peligro, en el costado de la galera que probablemente iba a ser atacada por el enemigo. En efecto la lucha fué allí terrible, y Cervantes combatió como un león, realizando verdaderas proezas, alentado, sin duda, por la idea de que, con cada golpe que descargaba sobre los aborrecidos turcos, libraba de sus ignominiosas cadenas a uno de aquellos infelices esclavos cristianos que veía en las galeras enemigas. Fué gravemente herido, mas siguió peleando con heroicidad, a pesar de que una bala le había destrozado la mano y brazo izquierdos, y otras dos le habían herido en el pecho. He aquí sus propias palabras: "Blandía con una mano la espada, y de la otra manaba a borbotones la sangre. Mi pecho se hallaba desgarrado por una profunda herida y tenía la mano izquierda destrozada; pero era tan inmensa la soberana alegría que inundaba mi alma, que ni siquiera sentía mis heridas." Y con gran donaire añade, aludiendo a su brazo mutilado: "Perdí el uso y movimiento del izquierdo, para mayor gloria del derecho."

Personajes de las "Novelas Ejemplares:" Rinconete y Cortadillo.

Personaje de las "Novelas Ejemplares:" La Gitanilla.

Mas sus esfuerzos no resultaron estériles. El poder naval de los turcos fué aquel día aniquilado."

De "EL LIBRO DE VACACIONES"
(Editorial Muntañola, S. A. Barcelona)

EL LORO PELADO

POR HORACIO QUIROGA.
(Argentino.)

HABIA una vez una bandada de loros que vivían en el monte. De mañana temprano iban a comer maíz, y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien.

Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren las mazorcas, las cuales después se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer guisados, los peones los cazaban a tiros.

Un día, un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa para los hijos del patrón, y los chicos lo curaron, porque no tenía más que un ala rota. El loro se curó muy bien, y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto, y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que tomaban el té en la casa, el loro entraba también en el comedor, y se subía con el pico y las patas por el mantel a comer pan mojado en leche. Tenía locura por el té con leche.

Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: "¡Buen día, lorito....!" "¡Rica, la papa!...." "¡Papa para Pedrito!...." Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden, con gran facilidad, malas palabras.

Cuando llovía, Pedrito se encrespaba y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía, volaba entonces, gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también, como las personas ricas, su "five o'clock tea."

Ahora bien, en medio de esta felicidad sucedió que una tarde

de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal, y Pedrito se puso a volar gritando:

—"¡Qué lindo día, lorito!.... rica, papa!.... ¡la pata, Pedrito!...." Y volaba lejos, hasta que vio debajo de él, muy abajo, un río, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.

Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

—¿Qué será?—se dijo el loro—"Rica papa!...." "¿qué será eso?...." "¡Buen día, Pedrito!...."

El loro hablaba siempre así, como todos los loros, mezclando las palabras sin ton ni són, y a veces costaba entenderlo. Y como era muy curioso, fué bajando de rama en rama, hasta acercarse. Entonces vio que aquellas dos luces verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente.

Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día, que no tuvo ningún miedo.

—¡Buen día, tigre!—le dijo.—"La pata, Pedrito!...."

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene, le respondió:

—¡Bu-en dí-a!

—¡Buen día, tigre!— repitió el loro.—"Rica, papa!..." "¡rica, papa!.... rica, papa!...."

Y decía tantas veces "¡rica, papa!" porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por esto lo convidó al tigre.

—¡Rico, té con leche!—le dijo.—¡Buen día, Pedrito!... ¿Quieres tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él; y además, como tenía a su vez hambre, se quiso comer al pájaro hablador. Así es que le contestó:

—¡Bue-no! ¡Acérca-te un po-co, que soy sor-do!

El tigre no era sordo; lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

—¡Rica, papa, en casa!—repitió, gritando cuanto podía.

—¡Más cer-ca! ¡No oi-go!—respondió el tigre con su ronca voz.

El loro se acercó un poco más, y dijo:

—¡Rico, té con leche!

—¡Más cer-ca toda-vía!—repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aún más, y en ese momento el tigre dio un terrible salto, tan alto como una casa, y alcanzó con la punta de las uñas a Pedrito. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las

plumas del lomo, y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

—¡Toma!—rugió el tigre.—Anda a tomar té con leche....

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fue volando. Pero no podía volar bien porque le faltaba la cola, que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban se alejaban asustados de aquel bicho raro.

Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo de la cocinera. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo que pueda darse, todo pelado, todo rabón, y temblando de frío. ¿Cómo iba a presentarse en el comedor, con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto y que era como una cueva, y se escondió en el fondo, tiritando de frío y de vergüenza.

Pero, entretanto, en el comedor todos extrañaban su ausencia.

—¿Dónde estará Pedrito?—decían. Y llamaban:—¡Pedrito! ¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada, mudo y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto, y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro, y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer, y subía enseguida. De madrugada descendía de nuevo, muy ligero, e iba a mirarse en el espejo de la cocinera, siempre muy triste porque las plumas tardaban mucho en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia, sentada a la mesa a la hora del té, vio entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose, como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir de gusto cuando lo vieron, bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito!—le decían.—¡Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes tiene el lorito!

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche. Pero lo que es hablar, ni una sola palabra.

Por esto, el dueño de la casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fue volando a pararse en su hombro, charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que le había pasado: su encuentro con el tigre, y lo demás; y concluía cada cuento, cantando:

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡Ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió el viaje junto con Pedrito. Convinieron en que cuando Pedrito viera al tigre lo distraería charlando, para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vio de repente debajo del árbol dos luces verdes fijas en él: eran los ojos del tigre.

Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!.... ¡rica, papa!.... ¡rico té con leche!.... ¿quieres té con leche?....

El tigre, enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía, y de sus ojos brotaron dos rayos de ira cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acércate más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a otra rama más próxima, siempre charlando:

—¡Rico, pan con leche!.... ¡Está al pie de este árbol!....

Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Con quién estás hablando?—bramó. ¿A quién le has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie!—gritó el loro.—¡Buen día, Pedrito!.... ¡La pata, lorito!

Y seguía charlando y saltando de rama en rama, y acercándose. Pero él había dicho: Está al pie del árbol para avisarle al hombre, que se iba arrimando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Y llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más, porque si no caía en la boca del tigre, y entonces gritó:

—¡Rica, papa!.... ¡Atención!

—¡Más cer-ca aún!—rugió el tigre, agachándose para saltar.

—¡Rico, té con leche!.... ¡Cuidado, va a saltar!

Y el tigre saltó, en efecto. Dio un enorme salto, que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha al aire. Pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines del tamaño de un garbanzo cada

uno, entraron, como un rayo, en el corazón del tigre, que, lanzando un bramido, que hizo temblar el monte entero, cayó muerto.

Pero el loro ¡qué gritos de alegría daba! Estaba loco de contento porque se había vengado—¡y bien vengado!—del feísimo animal que le había sacado las plumas.

El hombre estaba también muy contento, porque matar a un tigre es cosa difícil, y además tenía la piel para la estufa del comedor.

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol, y todos lo felicitaron por la hazaña que había hecho.

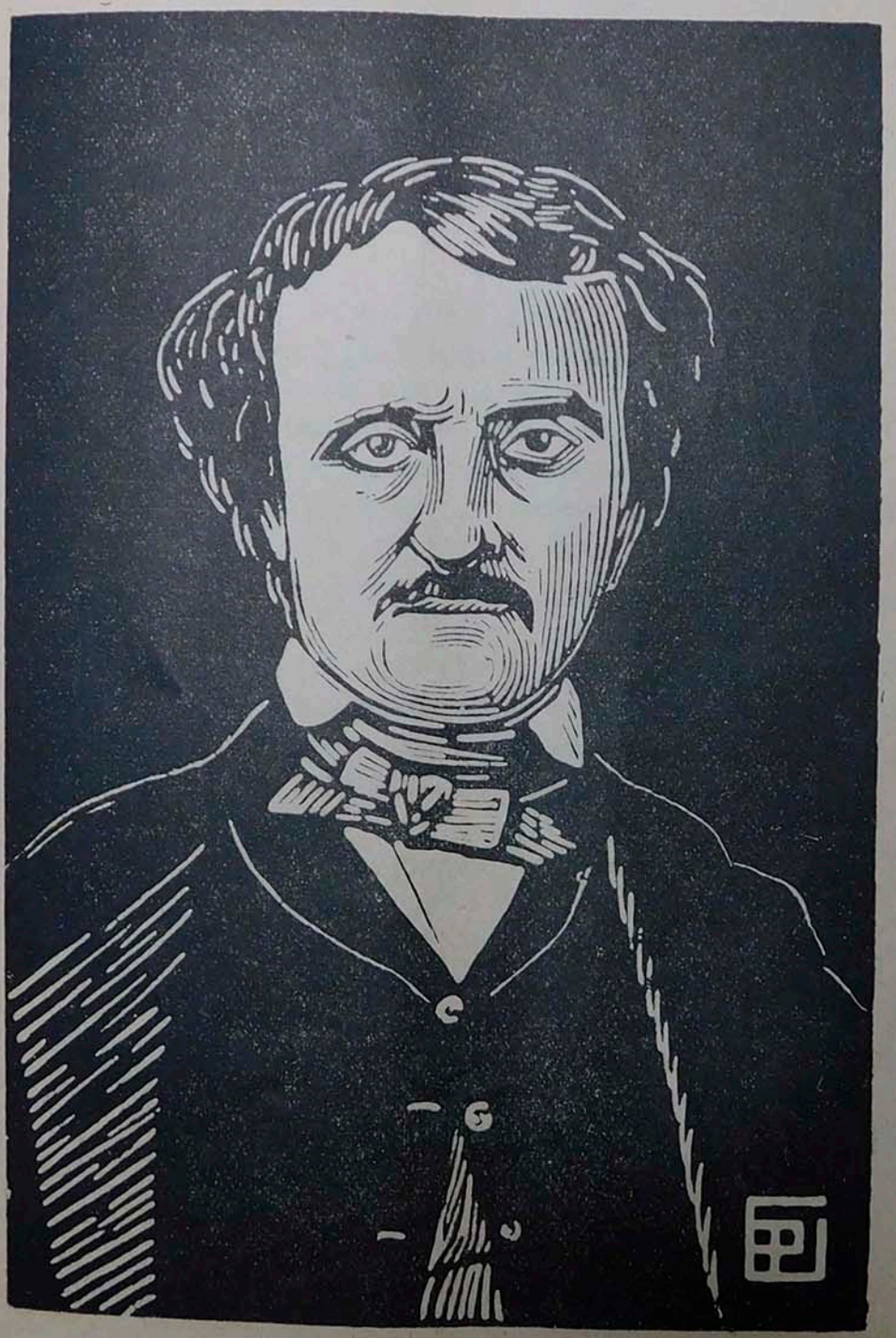
Vivieron en adelante muy contentos. Pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando entraba en el comedor para tomar el té, se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida adelante de la estafa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—Rica, papa!....—le decía.—¿Quieres té con leche?.... ¡La papa para el tigre!....

Y todos se morían de risa. Y Pedrito también

Poesía

POEMAS DE EDGAR ALLAN POE



EDGAR ALLAN POE

(Grabado en madera, de A. P. Gallien.)

Edgar Allan Poe nació en Boston en 1809. Fué poeta, periodista y novelista; prefirió en sus escritos los asuntos extravagantes y fantásticos. Su obra no fué muy extensa debido a las intemperancias de su vida; pero, a pesar de todo, se le considera como uno de los poetas más originales y más fuertes de cuantos han existido Murió en Baltimore en 1849. Publicamos cuatro composiciones suyas, vertidas a nuestro idioma por Rafael Lozano.

ELDORADO

ORGULLOSO, todo acero,
va el galante caballero;
bajo el sol y entre la sombra ha cabalgado;
para ahuyentar la aflicción,
va cantando una canción
y en la busca de Eldorado.

Mas, al fin, ha envejecido
el caballero atrevido;
la tristeza, con su sombra, lo ha anegado:
En ninguna parte ha visto
ese país inconquisto
cuyo nombre es Eldorado.

Y como la resistencia
se le va con la existencia,
le ha preguntado a una Sombra que ha encontrado:
"Sombra, detente," le dijo,
"¿puedes decirme de fijo
dónde se encuentra Eldorado?"

"Más allá de la Montaña
que, en la luna, se ve, huraña;
en el Valle que de sombra está poblado,
ahí, Caballero Andante,"
dijo la Sombra al instante,
"tú encontrarás Eldorado."

EL CUERVO

CIERTA obscura medianoche, mientras iba releyendo
una ambigua historia antigua de un viejísimo librajo,
cabeceaba cual badajo, cuando mi atención atrajo
un toquido muy en bajo, muy en bajo y en crescendo,
como de una mano incierta que llamara apenas, yerta;
que llamara apenas, yerta, a mi puerta. "Es, quizás,
algún visitante," dije, "que llamando está a la puerta;
eso es todo, y nada más."

¡Ay!, me acuerdo claramente que el Invierno ya había entrado;
que cada leño abrasado reflejaba su pavesa,
cual fantasma—en su fineza—por el suelo iluminado;
que anhelaba el día llegado por dar fin a mi tristeza,
y que, en vano, encontrar quise un consuelo hasta la aurora
—en el libro aquel de otrora—por la que fué tan fugaz,
por la virgen que los ángeles llaman con fervor Lenora,
cuyo nombre ya no es más.

Cada muerto ruido incierto de una roja colgadura
me llenaba de pavura, me llenaba de un fantástico
terror, de un efecto drástico; y, con el alma insegura,
vanamente, me decía, con grave tono sarcástico;
con grave tono sarcástico me decía con instancia:
"Es un loco visitante que a llamar viene, quizás;
es que un visitante toca a la puerta de la estancia,
eso es todo, y nada más."

Cuando mi alma cobró aliento, no dudando ya un momento,
"Señor," prorrumpí, "o Señora, mil perdones os demando;
mas estaba cabeceando y, con el ruido del viento,
no escuché que ya hace tiempo, dulcemente, estáis llamando;
dulcemente, estáis llamando; llamando con mano incierta;
tan incierta, tan incierta, que no puedo escuchar más."
Y, diciendo así, y haciendo, abrí de golpe la puerta:
Las tinieblas.... ¡nada más!

Escrutando las tinieblas, me quedé con grande miedo:
Ni una voz, ni algún remedo que de vida diese seña;
soñaba absorto, en mil cosas, como nadie, acaso, sueña;
y sólo escuchaba lueña, lueña, una palabra, quedo,

que era un suspiro, un remedo; una palabra: LENORA;
una palabra canora, que yo decía pertinaz:
y el eco, grave y locuaz, me contestaba: LENORA;
eso sólo, y nada más.

Ya en mi cuarto, me latía el corazón con violencia,
escuché, con más frecuencia, toquidos en la ventana.
"De seguro," dije, "es alguien que llama con insistencia."
Poseído, entonces, por la curiosidad malsana,
"la cosa," murmuré, "es llana; debo explorar el misterio
que me preocupa ya en serio: Corazón, cobra la paz,
—todo es ilusión fugaz—la cosa no es tan en serio:
Es el viento, y nada más."

Abría apenas el cerrojo, cuando irrumpió, con patojo
batir de alas, flojo y cojo, grave cuervo milenario,
quien, sin pararse al acaso, ni hacer caso de mi enojo,
fué a posarse, por su antojo, con grave gesto estatuario,
cual de un gran señor o dama, sobre un busto de Minerva
que ornamenta la cornisa lisa de mi puerta, al ras;
fué a posarse sobre el busto, sin susto, el ave proterva;
fué, posóse.... y nada más.

El ave cambió, de pronto, mi seriedad en sonrisa
con su actitud grave, a guisa de imperturbable decoro.
"Aunque tu cresta," le dije, "sea mocha, pelada y lisa,
tu figura me hace gracia, cuervo de una edad que ignoro,
pues me has mostrado tu audacia. Dime, fantástico cuervo,
dentro del reino plutónico—de do vienes y a do irás—
¿cómo te llamas, errante pájaro vil y protervo?"
Dijo el cuervo: "Nunca Más."

Me quedé maravillado de escuchar una respuesta;
de que un ave tan grotesca respondiera tan sencilla;
porque aunque era misterioso lo que dijo, eso no resta
que las palabras de un ave causen siempre maravilla;
sobre todo que es muy raro que, no importa qué criatura,
oiga así decir a un pájaro, y se llame, por demás,
—como el que se halla en el busto de mi cuarto, en la moldura
de la puerta—"Nunca Más."

Mas el cuervo continuaba sobre el busto siempre erguido.
Sólo esas palabras dijo. Toda el alma pondría en ellas,
que no volvió a decir nada. Ni una pluma había movido,
ni había dado otro sonido que las palabras aquellas.

Dije, para consolarme: "Mis amigos me han dejado;
todos se van a la aurora; también se irá ESTE, quizás,
como se va mi esperanza cuando el nuevo día ha aclarado...."
Dijo el ave: "Nunca más."

Sorprendido por lo tuna de la respuesta oportuna,
"ésto," me dije, "es alguna cosa que el cuervo ha aprendido
de quien hasta hoy lo ha tenido, y en cuya mala fortuna
ha sido, para su duelo, ritornelo repetido;
repetido ritornelo, para consuelo en su duelo;
este refrán angustioso, que un dolor guarda quizás;
este refrán de su duelo, donde encontrará consuelo
repitiendo: "Nunca más."

El ave grave impelía mi pensar a la ironía,
y rodé un acolchonado sillón aterciopelado
hasta el busto en que, posado, el cuervo aquel me veía;
y, una vez arrellanado en el sillón, con cuidado,
—mi ironía era guía—me puse a ver el odioso
pájaro vil y ominoso, que no me abandona más,
repitiendo, sin reposo, desastroso y orgulloso,
su gangoso "nunca más."

Me quedé, así, meditando; mas callando, ante la calma,
lo que aquella frase ensalma con misterioso pendiente,
mientras los ojos del cuervo me devoraban el alma
con el acervo protervo de su roja luz candente.
Me quedé, así, trastornado, en el sillón, reclinado;
bajo la luz de la lámpara que derramaba su paz;
en aquel sillón forrado donde se había sentado
ELLA, ¡la que ya no es más!

Parecióme el aire, entonces, más denso aún que la sombra,
cual si fuese perfumado por invisible incensario
que agitasen los arcángeles, de puntillas en la alfombra,
trasformándose la pieza en exquisito santuario.
"Desdichado sér," gritéme, "si los ángales ahora
vienen, pues Dios ha querido darte el olvido y la paz,
detente, bebe el nepente para olvidar a Lenora...."
Dijo el cuervo: "Nunca más."

"Sér infame," dije, "¿qué eres?: ¿Diablo? ¿Duende? ¿Tal vez ave?
¿Luzbel mismo te ha mandado? ¿A estas playas has llegado
por un mal viento arrojado? ¿Diablo o duende? ¿Quién lo sabe?
Pero, puesto que has llegado a este desierto hechizado,

a esta mansión habitada por el Horror, dí, te imploro:
¿hay un bálsamo en Galad (1) que pueda curar, quizás;
que pueda curar, quizás, el profundo mal que lloro?
Dijo el cuervo: "Nunca más."

"Sér infame," grité, "¿qué eres?: ¿Diablo? ¿Duende? ¿Tal vez ave?
¿Luzbel mismo te ha mandado? ¿A estas playas has llegado
por un mal viento arrojado? ¿Diablo o duende? ¿Quién lo sabe?
Mas por el azul del cielo, por el Dios que nos ha creado
sin distinción," invoquélo, "díle a mi ánima que llora
que, cuando suene su hora, podrá juntarse, quizás,
con aquella a quien ahora llaman en Aedenn (2) Lenora."
Dijo el cuervo: "Nunca más."

"Que esa frase sea la seña, pájaro de mal agüero,"
dije, en pie, "de despedida. Tu presencia aquí me abruma.
Vuelve a la noche plutónica, que deshace el aguacero,
y no dejes en mi pieza ni una sola negra pluma.
Deja mi quietud intacta. Liberta el busto en la puerta.
Quita el pico que has clavado en mi corazón, tenaz.
Que no contemple un instante más tu figura en la puerta."
Dijo el cuervo: "Nunca más."

Y, sin levantarse, el cuervo fijo ha estado hasta la fecha,
sobre el busto de Minerva que ornamenta la moldura
de mi puerta. Y con sus ojos rojos, de demonio, acecha,
mas fingiendo que dormita, tras su negra catadura.
Y la luz que sobre él cae, por el suelo expande, trunca
su mortuoria sombra negra, siempre inmóvil y tenaz,
donde mi alma queda fija sobre el suelo, sin que nunca
pueda alzarse, ¡nunca más!

---

(1) GALAD, una forma de GALAAD. Esta es una región en los bancos del Jordán. La frase es una alusión a Jeremías que dice: "¿No hay algún bálsamo en Galaad?" VII-22.

(2) AEDENN es una transliteración de AIDENN, palabra que Poe creó tomándola de la árabe ADN, que quiere decir EDEN, el paraíso celeste.

ANNABEL LEE

Hace muchos, muchos años
y junto al mar, conocí
a una radiante doncella, a la que le podéis dar
el nombre de Annabel Lee
Y esta doncella vivía sin otro gran pensamiento
que el pensamiento de amarme y ser amada por mí.

Eramos sólo dos niños,
junto al bello mar turquí;
mas nuestro amor era grande, como no lo ha sido nunca,
mi amor y el de Annabel Lee.
Nuestro amor era tan grande, que los ángeles del cielo
sintieron profunda envidia, envidia de ella y de mí.

Y, por ésto, ya hace mucho,
allá, junto al mar turquí,
sopló un viento de una nube, un viento frío, matando
a mi bella Annabel Lee.
Y vinieron sus parientes para darle sepultura,
lejos de mí, en un sepulcro, cabe el bello mar turquí.

Fué la envidia de los ángeles
que odiaban a ella y a mí.
Sólo esa fué la razón—como todo el mundo sabe,
allá, junto al mar turquí—
de que soplara aquel viento de la nube, entre la noche,
que ha congelado y matado a mi bella Annabel Lee.

Mas nuestro amor era inmenso,
el amor de ella y de mí.
Nuestro amor era más grande que el amor de todo el mundo,
allá, junto al mar turquí.
Y, ni Demonios marinos, ni Serafines del cielo,
podrán separar mi alma del alma de Annabel Lee.

Y nunca brilla la luna
sin que sueñe a Annabel Lee,
ni los astros se levantan sin que vea los ojos claros
de mi bella Annabel Lee.
Y así, durante la noche, junto a mi amada adorada,
me quedo, cabe el sepulcro de mi bella Annabel Lee,
me quedo, cabe el sepulcro que está junto al mar turquí.

A HELENA

Helena, tu beldad
es para mí una barca de otra edad
que, en el mar perfumado,
boga sin novedad
y conduce al viajero fatigado
a su propia ciudad.

Cuando la lucha contra el mar arrecia,
en tu cabello que el jacinto aroma
y en tu aire antiguo que en tu rostro asoma,
todo mi ser aprecia
la gloria que fué Grecia
y el gran poder que disfrutara Roma.

Y, en tu brillante nicho en medallón,
cómo una estatua estás, ante el Arcano,
con la lámpara de ágata en la mano
que tu brazo levanta:
¡Psiquis venida a mí de la región
que es Tierra Santa!

(Versiones de RAFAEL LOZANO.)

LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA.

TRADUCCIONES DIRECTAS.

Homero	La Iliada	2 Vols., tela inglesa	Precio	$ 2.00
„	La Odisea	1 „ „ „	„	„ 1.00
Esquilo	Tragedias	1 „ „ „	„	„ 1.00
Eurípides	Tragedias	1 „ „ „	„	„ 1.00
Dante	Divina Comedia	1 „ „ „	„	„ 1.00
Platón	Diálogos	2 „ „ „	„	„ 2.00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS.

ESCLAVITUD VERBAL

Entre las varias formas de esclavitud moral que todavía pesan sobre estos pueblos, está la de la palabra.

¡Triste servidumbre la del conceptualismo verbal! ¡Infelices los que padecen de ella! Creen, como el Mefistófeles de Goethe, que hay algo detrás de las palabras, y toda su vida se pasan pensando, discutiendo palabras, produciendo palabras, sintiendo palabras, girando sobre palabras, progresando con palabras.

Para tales espíritus, la palabra es todo; la regla nominalista, el fin supremo. La idea, la substancia espiritual, la vida, escapan a su intelecto verbalista, y no son nada o casi nada para ellos.

No perciben la movilidad y mudanza de la Vida, no conciben la evolución transformadora y creadora, ni sienten las palpitaciones del alma universal, porque la palabra, la corteza, la veste, es todo, tanto más valiosa cuanto más vieja, respetada y repetida.

¡Pobres almas esclavas! En idioma, son onanistas mentales, como los llamó Pompeyo Gener; en ciencias, chinescos calcadores de la tradición y del texto; en arte, présbitas; en filosofía, rumiantes.

Biológicamente no son hombres, sino marionetas.

¿Quiere decir esto que debe menospreciarse la palabra?

Nunca. Pero la palabra sin la idea es diamante cubierto de sombras: sin vida, sin alma: es luz fría, como dijera Guyau.

Para que el vocablo deslumbre y palpite, para que sea verbo, necesita luz de pensamiento y fuego de alma.

Es triste saber que mientras en Norteamérica, parte de Europa y en países hermanos del Plata, los intelectuales se han emancipado ya del conceptualismo verbal, nosotros aún somos esclavos de la palabra, de la norma nominalista, del texto....

JUAN RAMON URIARTE.

EPIGRAMISMO

No desgastes tu mente en hacer chascarrillos, sátiras, epigramas, ni por pasatiempo siquiera.

No ridiculices a los hombres, ni te burles de sus actos por absurdos que sean.

No te rías de las cosas de la vida.

Los humoristas, principalmente los mordaces, hacen sufrir y, por tanto, son desgraciados. Deprimir la vida de otro es una forma atenuada de homicidio, como enseña Payot.

Los espíritus burlescos sólo tienen ingenio. Carecen de talento, que es la actitud constructiva por excelencia. Sólo saben criticar en forma negativa, disolvente.

Es un sofisma creer que la crítica espinosa, por sutil y aromada que sea, corrige y contribuye al progreso. Sólo la sugestión educadora, en la escuela y el hogar, modifica y mejora, corrige y enaltece.

En cambio, es verdad transparente que la crítica de tal naturaleza ha apagado llamas de inspiración genial, roto voluntades para la forja de nuevos destinos humanos, envenenando corazones y arrastrando al vicio inteligencias creadoras.

Para ascender a las altas y serenas cumbres del pensamiento, para bañar el alma en los espacios del ideal, para alcanzar la Belleza, hay que despojarse de ese espíritu de crítica punzante.

El hombre superior toma la vida en serio. Sonríe a veces, dulcemente, casi siempre melancólicamente. A veces su pluma lleva sutilísima ironía, pero jamás veneno.

Criticar es simpatizar. Sin simpatía no puede haber comprensión. Guyau, como en todo, es maestro, en sus libros de eterna frescura, de esta clase de crítica.

La crítica de los defectos está al alcance de todos, hasta de los ignorantes. La otra, la filosófica, no. Es patrimonio de los espíritus selectos.

Cúidate del epigramismo, que es vicio que fomenta los odios y acaba por lacerar a quien lo ejerce. Que tu misión sea dilatar y mejorar la Vida, no comprimirla ni acortarla.

JUAN RAMON URIARTE.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana. Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. México, D. F.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de muy gran pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 3 o Apartado Postal 105 bis. México D. F.

CANJE

Se solicita canje.—Exchange solicited.—On prie de bien vouloir établir l'echange.—Um Tauschexemplare wird ersucht.